

MAILLA Y EL COCODRILO BLANCO



NORMA R. YOUNGBERG

Naila y el Cocodrilo blanco

por Norma R. Youngberg

Título del original: *Nyla and The White Crocodile*, Pacific Press Publishing-Association 1978.

Dirección editorial: Ester Silva de Primucci
Traducción: Karen Albalá de Nestares
Diseño del interior: Verónica Leaniz
Diseño e ilustración de la tapa: Sandra Kevorkian

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Segunda edición New Life
MMXI – 7,7M

Es propiedad. © Pacific Press Publ. Association (1978).
© New Life (2008).
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-950-769-197-3

Youngberg, Norma R.
Naila y el cocodrilo blanco / Norma R. Youngberg / Dirigido por Ester Silva de Primucci / Ilustrado por Sandra Kevorkian - 2ª ed. - Florida : New Life, 2011.
159 p. ; 21 x 14 cm.

Traducido por: Karen Albalá de Nestares

ISBN 978-950-769-197-3

1. Testimonios de fe. I. Ester Silva de Primucci, dir. II. Albalá de Nestares, Karen, trad. II. Kevorkian, Sandra, ilus. IV. Título.

CDD 248.5

Se terminó de imprimir el 24 de enero de 2011 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida *la reproducción total* o parcial de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

-104850-PL

Í n d i c e

- 1** La maldición del cocodrilo blanco.. 5
- 2** Una ofrenda para el cocodrilo.....17
- 3** La ofrenda de arroz.....29
- 4** Preparativos para la fiesta.....42
- 5** Nunca hubo otra fiesta igual.....55
- 6** Un herido en la fiesta.....69
- 7** Bajo el peso de la fatalidad.....82
- 8** El árbol de los espíritus
de fuego.....95
- 9** Un profundo misterio develado.....108
- 10** Un descubrimiento horroroso
en el cañaveral.....120
- 11** Asesinato frustrado.....133
- 12** Final feliz.....147

La maldición del cocodrilo blanco

De pie junto a la baranda de la galería que rodeaba la gran casa, Naila contemplaba el río. Todos los habitantes de la aldea *dayak* se habían reunido en concejo, estremecidos de temor, como las apretadas hojas de un árbol al paso del viento.

De repente, a la luz de la luna apreció aquella pálida forma que cruzaba la corriente. El agua apenas se movía, pues estaba subiendo la marea. El río Tatau parecía, bajo la luna naciente, un lago de montaña.

–¡Aaaaah! –exclamaron en un gemido angustioso todos los aldeanos reunidos junto a la baranda de madera–. ¡Allí vuelve otra vez!

Naila sintió que se le revolvía el estómago. El pálido reptil regresaba una vez más. En la aldea, todos habían pensado que nunca más volverían a ver algo semejante. Naila no podía quitar sus ojos de la forma lisa y brillante de la extraña criatura

que se acercaba más y más con cada latido de su corazón. El monstruo se venía deslizando precisamente por el arroyo que corría al pie de la Casa Grande, del mismo modo en que lo había hecho las dos noches anteriores.

¿Qué podía buscar semejante cocodrilo en esa pequeña corriente? El arroyo era apenas lo suficientemente ancho como para que pudiera darse vuelta en él, y el agua estaba barrosa y sucia por causa de los desperdicios que se arrojaban y de los cerdos de la aldea que se revolcaban en su lecho. ¿Qué atractivo podría haber allí para cualquier cocodrilo? ¿Y quién había visto jamás uno de un color tan claro? Todos los cocodrilos del río eran oscuros, casi como el fango que bordeaba los arroyos de la selva; pero este era de color leonado, casi blanco. Ninguno de los habitantes del lugar lo había visto antes de las últimas dos noches.

Naila sabía que el río Tatau era ancho y que tenía muchos kilómetros de longitud, pero nadie había mencionado jamás algo acerca de un cocodrilo como ese en todas las poblaciones próximas al río. ¿Cómo pudo haber entrado en él? ¿Dónde se habría ocultado todo ese tiempo? ¿Cómo podría haber crecido hasta alcanzar un tamaño tan grande, sin que la gente lo hubiera visto? Sin duda, debía de tener bastante edad.

El cocodrilo había alcanzado la boca del arroyo y, con un gracioso movimiento de su cola, se deslizó por el canal de esa corriente menor, deteniéndose

LA MALDICIÓN DEL COCODRILO BLANCO

en su lecho como si hubiera arribado a un refugio familiar, a un lugar en el que se sintiera como en su casa.

–El Gigante Blanco ha venido otra vez –anunció a su pueblo el jefe Ladaj; y su voz, aunque recia, tembló un poco.

Todos los habitantes de la aldea ya sabían que había llegado su visitante, y respondieron:

–Sí, sí. ¿Qué vamos a hacer?

–Debemos reunirnos en concejo y decidir –anunció el Jefe–. Malik, vas a necesitar tus sortilegios más poderosos. Trae todos tus amuletos.

Malik, el hechicero, corrió hacia su habitación situada en la Casa Grande, en tanto que las mujeres encendían lámparas de aceite de coco y las colocaban en el piso de la galería interior. Luego, los hombres se ubicaron en círculo, mientras que las mujeres y los niños se sentaban detrás de ellos en las profundas sombras que se extendían más allá del anillo de luz.

Naila, hija única del Jefe, se sentó con su madre y con Djili, su hermano menor, y observó al hechicero cuando regresó con su canasta de amuletos. La niña prestó atención a cada palabra que pronunciaron los hombres.

–Jefe Ladaj –comenzó el hechicero–. En nuestra aldea hay una maldición. No es una criatura común la que ha venido estas tres noches a nuestro arroyo: debe de ser un espíritu que ha tomado la forma de un cocodrilo; y descubriremos por qué razón vie-

ne aquí y qué castigo quiere traer sobre nosotros.

Uno tras otro, los hombres hablaron de las malas obras que se habían cometido en la aldea de Ladaj. Casi cada uno podía recordar algo malo que hubieran hecho sus vecinos, y unos pocos confesaron que habían tenido sueños feos y que no habían hecho nada para contrarrestar su efecto. Debían haber descolgado los racimos de cabezas que colgaban frente a las puertas de la Casa Grande; debían haberlas alimentado y haberles dirigido palabras agradables. Pero el arroz escaseaba ese año, y parecía que no alcanzaría para alimentar siquiera a los vivos.

Mientras proseguía la conversación, el brujo desparramó sus amuletos en medio del círculo y se preparó para echar suertes a fin de descubrir cuál de las familias de la aldea era la culpable de esa terrible amenaza del cocodrilo blanco. Malik sacudió su racimo de semillas y huesos pulidos; agitó el cráneo de un mono y un pequeño cocodrilo seco, que eran sus talismanes preferidos, mientras todo el tiempo murmuraba conjuros dirigidos a los espíritus, rogándoles que indicaran qué familia del pueblo de Ladaj era la responsable.

Finalmente enunció una orden a uno de los hombres, que descendió corriendo la escalera de troncos tallados que unía la galería con el suelo. El cacareo de gallinas asustadas perturbó por unos momentos la tranquilidad de aquella noche solemne. Luego, el hombre volvió saltando a la galería con

LA MALDICIÓN DEL COCODRILO BLANCO

un gallo de largas patas que luchaba por librarse.

Mientras seguía agitando los amuletos y suplicando –casi exigiendo– a los espíritus, el hechicero revoleó el gallo por el aire, y con un rápido y diestro movimiento tomó el cuchillo que llevaba en la cintura y le cortó la cabeza. Luego, lo abrió y le examinó el hígado, en tanto que todos los hombres se arremolinaban a su alrededor.

Por fin, agitó sus manos ensangrentadas sobre el aterrado grupo y dijo:

–¡Los espíritus han hablado! Los anuncios son claros. La familia de Ladaj, el Jefe, es la que ha hecho el mal. Es la culpable de las visitas del cocodrilo blanco. Habrá problemas. ¡Habrá dolor! ¡Habrá aflicción!

Las palabras finales del hechicero casi se perdieron entre el estallido de lamentos de las mujeres. El jefe inclinó su cabeza, conmovido más allá de toda descripción. Quedó en silencio durante largo rato, mientras que el grupo se tranquilizaba y se sentaba, expectante. Las lámparas de aceite brillaban y humeaban. La selva, que comenzaba poco más allá del amplio frente de la gran casa, parecía agazaparse en la densa oscuridad como si esperara lanzarse de inmediato sobre ellos. La pálida luz lunar bañaba todo objeto con un resplandor mortecino. En el aire tibio de la noche, se oían los zumbidos de innumerales insectos; pero nadie pensaba en otra cosa que no fuera la enorme figura del espíritu cocodrilo que yacía precisamente en el arroyo que corría junto a la aldea.

Nadie puso en tela de juicio la palabra o la decisión del brujo. Los encantamientos que empleaba eran aquellos en los cuales la gente de la aldea había confiado durante generaciones, durante tanto tiempo como cualquiera de los nativos pudiera recordar. El padre de Malik había sido hechicero antes que él, y los amuletos habían pasado de padre a hijo. La madre de Malik vivía aún, y era figura prominente en la adoración de los espíritus.

Naila sintió que un temor agónico surgía en su interior, y cuando el brazo de su madre la rodeó, la jovencita ocultó el rostro en su hombro y sollozó quedamente. ¿Qué mal podrían haber cometido sus padres? En todo el mundo no había nadie a quien Naila amara más que a su padre. Lo contempló, vestido con su nuevo taparrabo rojo, con su espeso cabello negro entretejido en un largo lazo en la parte posterior de su cabeza, en tanto que sobre sus ojos pendían los mechones de un largo flequillo. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y el cuerpo doblado como si llevara una carga demasiado pesada para sostener. Al cabo de unos momentos, el Jefe irguió la cabeza y habló.

—Pueblo mío. Los amuletos y encantamientos han descubierto la verdad. Ciertamente es mi familia la que ha traído este gran peligro sobre nuestra aldea. Todos ustedes recuerdan que el antiguo jefe, mi padre, hace muchos años robó a una muchacha *kayán*, las gentes que viven río arriba. Los hombres de mi padre consiguieron muchas cabezas en aque-

lla acción, pero mi padre salvó a aquella muchacha porque era muy hermosa. La trajo a nuestra aldea, y cuando creció la dio como esposa a Itop, el jactancioso. Itop la maltrató y la descuidó. Una mañana, la hallamos muerta en el arroyo que corre junto a nuestra aldea.

Al Jefe le tembló la voz; entonces, Malik continuó la historia.

–Así es; y ese mismo día murió nuestro anterior jefe. Lo recuerdo muy bien. Y también ese mismo día nació Naila, la hija de Ladaj.

Un murmullo de asombro y pesar se extendió por todo el grupo, y algunas de las mujeres comenzaron a balancearse hacia atrás y hacia delante, y a gemir como lo hacían siempre que estaban afligidas por los enfermos o por los muertos.

Naila oyó su nombre y se enderezó. Un negro velo de terror parecía apartarla de todos los que se hallaban en la galería. Había nacido el mismo día en que se produjo ese hecho terrible. ¿Qué podía significar eso? Prestó atención a las siguientes palabras del brujo.

–Ahora, les comunicaré lo que han dicho los encantamientos.

Los ojos de Malik, pequeños y muy juntos, relumbraron cuando contempló a la compañía. Naila estaba segura de que la estaba buscando a ella. Se agachó aún más entre las sombras.

–Los encantamientos han declarado que el espíritu de la muchacha *kayán* vive en ese cocodrilo

blanco. Ha vuelto al lugar donde murió. ¡Y ha vuelto para castigar!

-Y si todos permanecemos lejos del arroyo, ¿qué puede hacernos el cocodrilo? -inquirió ingenuamente uno de los hombres.

-¡Tonto! -le replicó Malik-. ¡Ese cocodrilo es un espíritu! Tiene poder para traer enfermedad a la aldea, para destruir los cultivos de arroz y para producir toda clase de mala suerte. No se queda siempre en el arroyo. ¡Quién sabe lo que hace cuando se va por el río!

Cada *dayak* que se hallaba en la galería parecía hundirse más y más en el desánimo.

Por fin, Ladaj, el jefe, retomó la palabra:

-¿Qué podemos hacer para apartar esa maldición de aquí? ¿No puedes hacer algún encantamiento poderoso y echar de aquí al cocodrilo?

-Tú también te olvidas de que ese cocodrilo es un espíritu -se burló Malik-. El Jefe tendrá que hacer un gran sacrificio. Puesto que la hija del Jefe nació el mismo día en que murió la joven *kayán*, indudablemente la maldición recae sobre ella -el rostro del brujo pareció iluminarse ante su descubrimiento-. Sí, podemos darlo por seguro. La maldición está dirigida contra la hija del Jefe.

De la garganta de Naila quiso brotar un grito, pero ella lo contuvo tapándose la boca con una mano. ¿Qué quería decir Malik?

Ladaj se puso firmemente de pie. Naila jamás había oído su voz tan dura o tan áspera como en

ese momento.

–Debo pensarlo; debo pensarlo. Mañana, cuando el sol llegue a lo más alto, nos reuniremos aquí, en este lugar, para decidir qué debe hacerse para encontrar un encantamiento contra el Gigante Blanco.

Se detuvo un momento y echó su mirada penetrante sobre Malik, el brujo.

–¡Vete! Yo, tu jefe, te ordeno que te vayas enseguida a tu habitación.

Uno por uno, los aldeanos se escabulleron hacia las habitaciones que integraban la gran casa, pero Ladaj se quedó solo, allí donde lo dejaron con su *kris* entre las manos. Era un arma larga, aguda y de doble filo que siempre llevaba en una vaina pendiente de su cintura. Balanceaba su *kris* con la mano mientras deslizaba cautelosamente sus dedos sobre el filo.

Naila se levantó suavemente y quedó de pie a su lado, en un tenso silencio. Ladaj la condujo hasta la baranda de la galería. La luna estaba alta en el cielo, y su luz espectral se extendía sobre la selva, el río y el arroyuelo que corría junto a la casa. La pequeña corriente no se hallaba a más de diez pasos de la escalera de troncos que unía el piso de la galería con la tierra en la parte posterior de la casa. La forma blanca y larga del espíritu cocodrilo relucía, húmeda, a la luz de la luna.

Naila sabía en qué estaba pensando su padre.

–¡No, no, padre mío! ¿Cuándo un hombre solo se ha atrevido a salir de noche para dar muerte a un

cocodrilo como ese? No, no debes pensar en eso. Este cocodrilo es un espíritu; tu *kris* seguramente no podrá hacernā da contra él.

Con un profundo suspiro, Ladaj, el jefe, metió su *kris* en la vaina.

–Tienes razón, hija mía. Debemos buscar otro modo, un modo mejor. No es nuestra costumbre matar a ningún cocodrilo a menos que primero se haya apoderado de alguien de nuestro pueblo. No sería bueno romper con la costumbre.

Entonces, mientras permanecían de pie observando, la enorme criatura se dio vuelta en el angosto lecho de la corriente y se deslizó airosamente hacia el río Tatau. Los rayos de luna recortaron su blanca figura. Padre e hija lo vieron claramente cuando se volvía una vez más en el curso del río y nadaba más allá de la aldea, hacia el centro del río, llevado por la corriente.

–¿Supones que tendrá su guarida como los demás cocodrilos? –preguntó Naila.

–¿Quién sabe? –gimió Ladaj–. ¿Quién sabe? Es un cocodrilo espíritu. No existe ninguna revelación de lo que pueda tener en ese río.

–Sobre mí pesa esa maldición, ¿no es verdad, padre? –preguntó Naila.

–Eso es lo que dijo Malik.

–¿Y qué quiere decir eso? –Naila sintió que la mano de su padre temblaba, aun cuando había estrechado la suya en un firme y cálido apretón–. ¿Significa que el cocodrilo ha venido a buscarme a mí?

LA MALDICIÓN DEL COCODRILO BLANCO

Ladaj posó la vista sobre su hija, y aun a la tenue luz de la luna Naila pudo ver la agonía que se reflejaba en el rostro de su padre.

—No te ocurrirá nada, hija mía. Mañana nos reuniremos en concejo y trazaremos planes. Debe de haber algún modo de alejar esta maldición. Quizás el cocodrilo no vuelva más.

Naila se dirigió a la habitación de sus padres, que era la primera de la gran casa y la más cercana al río. Se acostó sobre su estera, pero el sueño no llegaba. Prestó atención, esperando oír entrar a su padre; pero no se produjo ningún ruido, ninguna señal. Por fin, se dirigió hacia la puerta y escudriñó la oscuridad. Una elevada figura se paseaba a lo largo de la galería.

Naila sabía que su padre estaba pensando, planeando, tratando de descubrir algún modo de librar a la aldea de la amenaza que constituía el cocodrilo blanco, y de salvar a su hija de la maldición de la muchacha *kayán*. Consolada, Naila volvió a acostarse, y a una hora muy tardía quedó medio dormida.

Mientras dormía, soñó que estaba de pie en la ribera del arroyito y que tenía en sus manos una porción de arroz cocido. Ante ella, a la luz de la luna, yacía el gran cocodrilo, que dirigía su cabeza hacia la selva.

Naila, en su sueño, acercó la porción de arroz y la puso cerca de las grandes mandíbulas del cocodrilo.

Entonces, la enorme criatura se volvió hacia ella en el angosto lecho de la corriente. Sus ojos globo-

sos parecían escudriñar a Naila a través de las tinieblas, pero no demostraban hostilidad. Con un único movimiento el animal se tragó la porción de arroz y, entonces, girando sobre sí mismo, se escurrió nuevamente en el río.

La niña se despertó con un suspiro de alivio, y vio que el sol estaba asomando por la ventana.

Su padre y su madre ya habían abandonado las esteras de dormir, pero Djili aún dormía. Oyó que afuera las mujeres subían y bajaban por la escalera de troncos trayendo agua fresca para preparar el desayuno. Docenas de gallinas se arremolinaban bajo la casa, y todos los perros de la aldea ladraban como lo hacían siempre para dar la bienvenida al nuevo día.

En ese momento, Naila recordó todos los hechos ocurridos la noche anterior, y todo su gozo se desvaneció. Por primera vez en sus trece años de vida, estaba triste por la llegada de otro día.

En la gran casa de Ladaj había 21 puertas y alrededor de unas 100 personas vivían bajo el mismo techo. Naila había nacido allí y era la hija del Jefe, pero seguramente en esos momentos no debía de haber en su aldea o en cualquier otra una persona tan desdichada como ella, maldita desde el día de su nacimiento. Y nadie había pensado jamás en semejante cosa hasta el día en que apareció ese terrible reptil.

Una ofrenda para el cocodrilo

Naila, sentada en la plataforma abierta de su hogar selvático, estiraba tiras de bambú sobre el molde de una canasta destinada a aventar arroz. La niña trabajaba rápidamente, pues estaba preocupada, y sus pensamientos iban y venían como las cintas de bambú que estaba entretejiendo.

La inquietud producida por el cocodrilo blanco pendía, como una negra nube amenazante, sobre toda la aldea. Esa noche, los hombres habían celebrado una reunión secreta, a la que no se permitió asistir a nadie más. Después de la reunión, Naila había oído que su padre y Malik discutían. Podía recordar las palabras que había dicho el brujo. Aún las sentía suspendidas en el aire, como avispas dispuestas a picar: "Tu hija, Naila; ella es la que debe ir".

¿Qué quería decir Malik con eso? Ir... ¿adónde? ¿La llevarían lejos de su madre, de su padre y de su hermanito? ¿Acaso la venderían a los chinos? Naila no lo sabía; y cuanto más se angustiaba, tanto más rápidamente entretejía las tiras del bambú. Los lati-

dos de su corazón llegaban a sus oídos como el redoble de un tambor de señales. Pero entonces, se dio cuenta de que el sonido no provenía de su pecho, sino del río.

Corrió hacia la baranda más baja que rodeaba a la plataforma abierta de la galería y miró hacia el río. Debían de ser los golpes de los remos de una embarcación extraña contra la corriente. Aún no se la veía, pues la ocultaba una curva del río. Naila esperó hasta verla aparecer a poca distancia del embarcadero de troncos flotantes.

–¡Vengan! ¡Vengan! –exclamó Naila dirigiéndose a las mujeres que machacaban arroz y a los niños que jugaban junto a ellas–. ¡Es un bote, un bote desconocido; y en él viene un hombre solo que no viste como nosotros!

–Debe de ser un chino –dijo la madre de Naila, mientras observaba el bote haciendo sombra a los ojos con una mano sobre la frente–. Fíjate, es un bote chino, no cavado en un tronco como los nuestros, sino hecho con planchas fuertemente unidas. Mira, está pintado de blanco y los remos son rojos.

Todos lo observaban mientras se desviaba hacia la costa y atracaba en el mismo muelle de la aldea. La gente estaba entre atemorizada y curiosa. ¿Debían quedarse para mirar o debían salir corriendo? Esto último fue lo que hicieron.

Se escurrieron tras las canastas, las pilas de esteras y los montones de paja, pero de tal modo que pudieran observar al extranjero mientras se

dirigía hacia la Casa Grande. Naila, como hija del Jefe, y teniendo ya 13 años, se sentía más valiente que los demás aldeanos. Tenía más curiosidad que temor, de modo que se ocultó lo más cerca posible de la escalera de troncos que conducía hacia el muelle. Se agachó detrás de un enorme gusi, un cántaro que los *dayaks* empleaban con fines funerarios. Así es como Naila pudo divisar bien al joven recién llegado.

Llevaba en la cabeza un casco blanco para protegerse del sol, y vestía una camisa y pantalones cortos de color castaño claro. Sus pies y sus piernas estaban desnudos, como los de los *dayaks*, el pueblo de Naila. Su piel también era tostada, como la de ellos; parecía un *dayak* con ropas. Tenía una apariencia de lo más desacostumbrada y graciosa.

El rostro del joven parecía noble y amistoso, y Naila pudo entender las palabras que pronunció en alta voz:

-¡Haya paz en esta casa! He venido a visitar al jefe Ladaj y a su familia.

Viendo que nadie salía a recibirlo, el hombre sacó del bolsillo de sus pantalones un pequeño objeto y lo puso entre sus labios. Un sonido penetrante rompió el aire. A Naila le pareció que sonaba como la voz del cálao, un ave de pico largo en forma de cuerno, común en su tierra, solo que la superaba cien veces en poder. Fue algo aterrador para los *dayaks*.

Los que se habían ocultado en sitios cómodos

para observar al extraño, pensaron entonces que estaban expuestos a un peligro. Todo el mundo se precipitó, asustado, hacia las oscuras habitaciones interiores de la Casa Grande.

Entonces apareció Ladaj, el jefe, en la primera puerta. Enfrentó al joven con su agudo cuchillo de la selva, pero no pronunció una sola palabra.

Naila pudo notar que su padre era un poco más alto que el joven. Los pesados adornos de plata que pendían de los lóbulos de sus orejas le llegaban hasta los hombros. Pero el extranjero no llevaba ningún adorno en sus orejas; aunque estas tenían perforaciones que se habían cerrado parcialmente.

El Jefe parecía asustado y un poco sorprendido: seguramente ningún jefe de las aldeas vecinas había oído jamás un sonido tan penetrante como el que producía el visitante con el pequeño objeto que llevaba entre los labios.

-Te he traído un regalo -comenzó el extraño dando un paso hacia Ladaj-. Te he traído una voz que llamará a tu pueblo en cualquier momento. La podrán oír aunque estén lejos, río abajo.

Y una vez más puso el extraño objeto entre sus labios y produjo el mismo temible sonido. Luego, lo extendió al Jefe. Ladaj tomó el silbato, lo llevó hasta su boca y sopló con fuerza. La gente salió de las habitaciones de la gran casa y se precipitó hacia la escalera. Los hombres que habían estado remendando sus redes debajo y los que habían estado dormitando en sus habitaciones se levantaron de

un brinco para emprender la carrera hacia la selva o hacia el río, a fin de huir de ese raro y terrible sonido.

Por último salió Malik. Sus ojillos negros giraban de aquí para allá. Naila no sabía decir si estaba atemorizado, curioso o irritado; siempre era difícil descubrir en el rostro de Malik lo que sucedía en su mente.

En ese momento, el recién llegado volvió a hablar al Jefe.

–Me llamo Puyi. He venido para traerte buenas noticias acerca del Dios vivo, del Dios de los cielos. Yo soy su mensajero.

El Jefe puso nuevamente el silbato entre sus labios y sopló. Los aldeanos retrocedieron; el Jefe los observó complacido. Les hizo señas para que se reunieran en círculo sobre la galería descubierta. El sol se hallaba bajo, tocando las cumbres de las montañas del norte, y la galería era en ese momento el lugar más cómodo de toda la Casa.

Cuando todos los hombres se hubieron sentado en círculo y las mujeres y los niños ocuparon junto a ellos los rincones más oscuros, el Jefe les dirigió la palabra.

–Este joven, Puyi, ha venido a nuestra aldea para traernos un mensaje, y yo los he reunido para que lo escuchemos.

Puyi, que se había sentado junto al Jefe, se inclinó hacia adelante.

–Soy amigo de ustedes –dijo con voz alegre–. He

venido para vivir entre ustedes y para contarles de las buenas nuevas del Dios del cielo; el Dios vivo que hizo el río, los árboles, los animales, el sol, la luna, las estrellas y a todo el pueblo *dayak*.

-Tu Dios ¿ha hecho también a los cocodrilos?
-preguntó Malik.

-Sí, por supuesto. Ha hecho a los cocodrilos. Ha hecho todas las cosas y está siempre con nosotros, aunque no podamos verlo. Su presencia está aquí precisamente como esto...

En ese instante una fresca brisa vino del río y recorrió la galería. Era una presencia invisible. Todos los hombres que rodeaban a Puyi dejaron escapar un prologado "¡Aaah!"

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Naila y llegó hasta sus cabellos. La niña comprendió que ese joven maestro estaba empleando una magia poderosa.

La inesperada brisa pasó. Ladaj, el jefe, se adelantó y dijo:

-Tenemos un problema con los cocodrilos. Un gran problema.

Malik movió su mano con un gesto de impaciencia, y replicó.

-¿Qué puede saber este joven extraño acerca de nuestro problema con el cocodrilo? ¿Qué sabe? Quizá sea ésta la primera de las maldiciones que el cocodrilo blanco trae sobre nuestra aldea.

Acto seguido, escupió sobre el piso de bambú un poco de jugo de nuez de betel.

Ladaj miró severamente al hechicero.

–Quizá el Dios de este extranjero sea un mago más poderoso que tú. Quizá conozca algún modo de tratar a los cocodrilos que tú no conoces.

Malik no respondió, pero su rostro se ensombreció de ira.

–¿No quisieras contarme tu problema? –preguntó Puyi.

El jefe miró ceñudo a Malik, hizo otro rollo de nuez de betel y comenzó su historia acerca del misterioso cocodrilo blanco que durante tres noches había venido al arroyito que corría junto a la aldea. Luego contó la historia de la joven *kayán*.

–Como ves –terminó–, ciertamente una gran maldición pesa sobre nosotros. Ahora lo sabemos.

Malik se acercó un poco más al maestro. Sus pequeños ojos chispeaban y los labios abiertos dejaban ver unos agudos dientes amarillentos.

–Sí –dijo–. Una maldición pesa sobre todos nosotros y la familia del jefe es la culpable de esa maldición. El jefe sabe lo que debemos hacer.

El hechicero se puso de pie de un salto, miró a su alrededor y descubrió a Naila. La arrastró al centro del círculo aferrándola firmemente para que la viera el jefe.

–Esta es la joven a la que viene a buscar el cocodrilo blanco. Es la hija del jefe.

Naila se retorció entre las manos de Malik, y un grito subió por su garganta. Trató de retenerlo, pero no pudo. Entonces su madre se acercó, la arrancó

de las manos del brujo y la llevó nuevamente hacia las sombras, fuera del círculo.

En ese momento, el maestro dijo:

–¡Oh, no!, no se debe culpar a la niña. Ella no ha elegido el día de su nacimiento. No tiene la culpa de que su abuelo haya sido un hombre cruel.

–¿Ven? ¿Lo ven? –dijo Malik con el rostro ensombrecido de ira–. Este extranjero no puede hacer nada para ayudarnos. No nos dejemos engañar por su charla acerca de un Dios invisible. Pongamos fin a toda esta tontería enseguida.

Ladaj, el jefe, levantó su mano y calmó a la gente, pues algunos ya habían alzado sus voces en apoyo de Malik, diciendo:

–Estamos seguros de esta maldición, porque ha aparecido ese cocodrilo blanco. El espíritu de la muchacha *kayán* vive en el cocodrilo y por eso vuelve. Ningún otro cocodrilo ha entrado jamás en nuestro arroyo.

Entonces Puyi levantó la voz de modo que todos pudieron oírlo.

–Mi Dios es muy grande. Mi Dios es más grande que todos los cocodrilos y que todas las maldiciones del mundo. Está siempre con nosotros. Está aquí en este mismo momento, y no debemos tener miedo.

Después de estas palabras, el maestro comenzó a cantar en voz baja y dulce, pero de tal modo que todo *dayak* pudo comprender lo que decía su canto:

“Con el gran amor de Dios, estoy seguro, siem-

pre seguro. Nada me daña ni me asusta, estoy seguro, siempre seguro. Aunque se agiten el agua y el viento, estoy seguro, siempre seguro. Dios está conmigo en todas partes; estoy seguro, siempre seguro”.

Cuando el canto terminó, el jefe se puso de pie y todos los que se encontraban en la galería se incorporaron y se acercaron silenciosamente hasta la baranda para observar el río y ver si aparecía el cocodrilo. Naila estaba junto a su madre. Todavía se estremecía de temor, y le dolía la garganta por el esfuerzo que había hecho para contener sus gritos.

Un gran temor sobrecogió a todo el grupo, y un gemido de terror partió de todos como si fuera una sola voz. Abajo, en el río podían ver al enorme saurio que nadaba lentamente contra la corriente junto al embarcadero de troncos. Al alcanzar la boca del arroyo se deslizó grácilmente en sus aguas poco profundas y se aproximó a la Casa Grande. Sólo Puyi, el maestro, se había apoyado tranquilamente sobre la baranda y observaba todo con una tranquila atención.

–¡Miren! –señaló el Jefe en un tembloroso susurro–. ¡Vuelve otra vez!

Naila comprendió que su padre y los demás aldeanos miraban ahora al cocodrilo como si fuera la encarnación de la joven *kayán* y no un cocodrilo común.

–¡Qué color tan raro para un cocodrilo! –exclamó

Puyi—. Nunca antes vi uno con piel tan clara. Pero, ¿cómo saben que es peligroso? La mayoría de los cocodrilos no son dañinos.

Entonces, toda la furia reprimida durante los tres últimos días se inflamó y estalló en Malik. Chillaba, bramaba y bailaba con frenética agitación.

—¡Vete! —le ordenó al maestro—. ¡Vete ya! ¡Abandona esta aldea! ¡No queremos que hables más de tu magia! ¡El jefe Ladaj sabe lo que debe hacer! ¡Sólo tú lo estás demorando! ¡Vete!

Mientras Malik profería sus furiosas palabras empujaba al maestro hacia el borde de la plataforma donde se hallaba la escalera que conducía a la ribera del río.

Ladaj no hablaba. Como si soñara, quedó observando la gran forma blanca que descansaba en el arroyo.

El maestro miró bondadosamente a todo el grupo, pero no opuso resistencia a Malik. Dejó que lo empujara hasta el borde de la galería y bajó la escalera sin volverse. Desató su bote blanco y toda la aldea lo vio partir río arriba con firmes y rítmicos golpes de remos. Detrás del bote se extendió una brillante estela de agua que luego desapareció. Todos oyeron la voz del remero que se elevaba en un canto:

“Con el gran amor de Dios, estoy seguro, siempre seguro...”

Malik llamó a todos los hombres, para que se reunieran nuevamente en el círculo que habían

abandonado cuando fueron corriendo hasta la baranda para ver al cocodrilo.

–Ya sabes lo que debes hacer –le dijo el brujo al Jefe–. Debes enviar a tu hija para que haga las paces con el cocodrilo. No hay otra solución.

El terror estremeció a Naila. Apenas podía dar crédito a esas palabras. ¿Qué podían significar? ¿Debía ir ella sola a hacer frente al cocodrilo? ¿Qué sucedería en tal caso?

Naila miró a su padre. Se había acercado y se había sentado en el círculo de hombres, pero tenía la cabeza inclinada y sus ojos parecían no ver lo que sucedía a su alrededor. ¿Podía oír y comprender lo que estaba diciendo Malik? Los pensamientos de Naila, acosados por el temor, daban vueltas y más vueltas en su mente como un pequeño animal atrapado. Luego, una clara y dulce melodía se abrió paso entre sus ideas, clara como un rayo de luz. Eran las palabras del canto de Puyi:

“Con el gran amor de Dios, estoy seguro, siempre seguro...”

Naila recordó entonces su sueño. Sí, debía ir y ofrecer la ofrenda de paz al cocodrilo espíritu. Se levantó, corrió al lado de su padre, y le dijo:

–No tengas miedo. Yo iré y haré las paces con el cocodrilo. Iré ahora mismo.

–¡No, no! –dijo el Jefe tomándola de las manos–. No, hija mía. Tú misma te convertirás en ofrenda. Esa temible criatura ha venido para llevarte. No vayas. ¡Debe haber otra solución!

-¡Debo ir! -insistió Naila-. Yo soy la única que puede desviar la maldición.

Malik y algunos de los otros hombres arrancaron a la niña de las manos de su padre.

-¿Tú eres el jefe de la aldea y no quieres permitir que tu hija haga el sacrificio para proteger a tu pueblo? -dijo Malik sujetando al jefe con sus poderosos brazos.

-¿Cómo sabes tú que el maestro no podía haber-nos ayudado? ¿Por qué lo has echado? -dijo el Jefe en voz alta y airada pero no pudo librarse, pues sus amigos lo sujetaban firmemente.

Naila se deslizó hacia la cocina de su madre. En la oscuridad buscó a tientas la olla de arroz. Sí, había quedado arroz en ella. Naila lo recogió y formó un montoncito, tanto como le cupo en las dos manos. ¿Dónde podía hallarse su madre? Naila comprendió. Malik había preparado todo de tal modo que ni su padre ni su madre pudieran impedirle llegar hasta el cocodrilo con su ofrenda.

La ofrenda de arroz

Naila, obedeciendo mansamente las órdenes del hechicero, bajó por la escalera de la Casa Grande para cumplir con la ofrenda de arroz al cocodrilo blanco. Caminó lentamente hacia la ribera del arroyo.

A unos pocos pasos de distancia, pudo ver la enorme silueta del saurio en la corriente poco profunda. Tan solo la melodía del canto de Puyi, que aún resonaba en su mente, y el recuerdo del sueño que había tenido la noche anterior la sostuvieron en ese momento.

Naila levantó la vista hacia la galería de la Casa Grande, y vio que todos los pobladores de la aldea se habían reunido allí para observar la fatídica escena. La jovencita casi podía percibir cómo contenían el aliento en la agonía de la espera. Mientras sostenía la porción de arroz con ambas manos, obligaba a sus temblorosas piernas a seguir avanzando. La clara luz de la luna iluminaba suavemen-

te el dorso del cocodrilo en toda su extensión y se reflejaba sobre su escamosa superficie. El Gigante Blanco era de tamaño mucho mayor de lo que Naila había supuesto.

Mientras la niña esperaba, la monstruosa forma se volvió con un poderoso golpe de su cola y quedó atravesada en el lecho de la corriente. Se había puesto de frente a Naila. ¡Tener que mirar esas mandíbulas enormes y esos ojos salvajes era casi más de lo que la niña podía soportar! Suavemente depositó la ofrenda de arroz cerca de las malignas fauces del cocodrilo.

Los ojos globosos parecieron volverse hacia ella. Luego, con un solo movimiento, el animal se tragó la porción de arroz. Como si hubiera quedado satisfecho, giró hacia las bocas del arroyo para deslizarse luego en la corriente mayor del río Tatau. Con intencionada majestad, la poderosa criatura nadó en la superficie del río en dirección a la curva que se hallaba más allá de la aldea de Ladaj.

Por unos momentos Naila permaneció en el mismo lugar. Una sensación de alivio inundó todo su cuerpo, pues había ido con una ofrenda de paz, y el Gigante Blanco la había aceptado y se había ido. Ahora, quizá se acabaría el problema. ¿Qué más podría desear ya el cocodrilo?

Con pasos ligeros subió por la escalera de troncos, y sintió a su alrededor los brazos de su madre y también oyó la profunda voz de su padre que decía:

LA OFRENDA DE ARROZ

-Hija mía, eres una niña muy valiente.

-Fue porque me ayudó el canto -exclamó Naila-, el canto que nos trajo ese maestro extranjero. Yo recordé las palabras que dicen:

"Dios está conmigo en todas partes; estoy seguro, siempre seguro".

Entonces, Naila vio a Malik; tenía el rostro contraído de ira y de odio. En su interior, comprendió que el brujo no estaba satisfecho. Ninguna ofrenda para el cocodrilo sería del agrado de Malik, a menos que fuera la propia vida de Naila.

A pesar de las horribles miradas de Malik, Naila durmió bien aquella noche. Después de la intensa experiencia vivida en la ribera de la corriente, ya no temía más al cocodrilo blanco. Estaba segura de que la enorme bestia no era asesina, sino una de las tantas criaturas indiferentes que pasaban todos los días por el desembarcadero de la aldea: los cocodrilos comunes del río. El color especial de éste naturalmente llamó la atención de la gente e hizo que se le temiera, pero Naila estaba segura de que debajo de esa clara y escamosa cobertura no había otro ser diferente de todos los demás cocodrilos. Pero había un asunto que la preocupaba. ¿Qué haría ahora Malik? ¿Qué sucedería si el cocodrilo regresaba al atardecer? ¿La obligaría Malik a volver a hacer otra ofrenda? Estaba segura de que el hechicero se había disgustado porque la noche anterior, cuando le presentó la ofrenda de paz, no sufrió ningún daño.

Luego, sus pensamientos se centraron en Puyi, el joven maestro a quien el brujo había echado de la aldea. ¿Dónde se hallaría ahora? ¿Le habrían dado la bienvenida algunas aldeas situadas río arriba? Y si no, ¿a qué lugar podría haberse dirigido el maestro?

Naila corrió hacia la galería y vio a su madre machacando arroz.

–Mamá, ¿por qué Malik echó al maestro? A mí me resultó simpático y me agradó su canto.

–¿No has oído lo que dijo Malik? Nunca lo he visto tan enojado –le respondió la madre mirándola intensamente.

–Pero, ¿por qué, mamá? –preguntó Naila–. El maestro habló palabras buenas. Me conmovieron y me quitaron el miedo.

–Sí, también yo me sentí del mismo modo; pero como ves, allí mismo empieza el problema. Malik se dio cuenta de que el maestro estaba usando una magia muy poderosa. Estaba conquistando el corazón de la gente, y Malik se asustó.

–Entonces, ¿es verdad que hay un Dios al que no podemos ver? –preguntó Naila.

–Los hombres no saben. Tienen miedo –contestó la madre.

–¿Guardó mi padre esa cosa pequeña que hace un sonido tan agudo?

–La guardó –respondió la madre; y Naila creyó adivinar una preocupación en su voz.

–Mamá, ¿y si fuera cierto? –preguntó vacilando–. Si hay verdaderamente un Dios al que no podemos ver, entonces, quizás...

-No hables de eso. Yo también tengo miedo
-respondió la madre en un susurro mientras empujaba a la niña hasta la habitación que ocupaba en la Casa Grande.

-Tú no debes afligirte -le dijo-. Tu padre jamás permitirá que Malik te haga daño.

-Pero Malik no quiere al maestro. Fue él quien lo echó. Mi padre aprecia a Puyi. Pero Malik hizo que mi padre me dejara ir sola anoche para hacer la ofrenda al cocodrilo. ¿Acaso Malik es más poderoso?

Entonces, la madre tomó a su hija en sus brazos, y las dos lloraron silenciosamente en la penumbra de la habitación interior.

Por fin, Naila pudo dominarse.

-¿Por qué Malik me odia tanto? -preguntó.

Su madre quedó pensativa durante largo rato, y luego respondió:

-Pienso que el principal motivo es porque tu padre te ama muchísimo. Malik desearía que tu padre le diera a él el primer lugar en todas las cosas; está celoso de ti. Piensa que no está bien que un jefe ponga siempre a su hija en primer lugar.

-Pero Malik es el primero para su madre...

-Sí, lo sé; pero es un hombre, y ahí está la diferencia. Pienso que Malik cree que sobre ti pesa la maldición de la joven *kayán*.

Ambas se sentaron abrazadas, y quedaron así durante varios minutos. Finalmente, Naila volvió a hablar.

–¿Oíste que ese maestro dijo que su Dios es más fuerte que todos los cocodrilos y que todas las maldiciones del mundo? ¿No piensas que ese Dios es más fuerte que Malik?

–¡Espero que sí! Espero que sí. Espero que sea más poderoso que todos nosotros. ¡Oh, le daría cualquier cosa a ese Dios si él pudiera quebrar esta maldición!

Luego, la madre sonrió en medio de sus lágrimas, y continuó:

–Mira, hijita, el día es hermoso. Anda y juega con los otros chicos y olvídate de la maldición de la joven *kayán*. Puesto que has hecho la ofrenda de paz, es posible que el cocodrilo ya no vuelva más.

Acababa de salir el sol, y una suave frescura llenaba el aire. Naila prefería esas primeras horas matinales a las del resto del día; horas en que el sol no estaba aún muy alto y el río resplandecía, en tanto que los pájaros gorjeaban y los monos parlotaban entre los árboles. Todo parecía seguro y agradable. Casi se olvidó del problema que pendía sobre la aldea de Ladaj.

Corrió hasta la ribera del río junto con los demás niños. Del otro lado de las bocas poco profundas del arroyo, había un amplio banco de arena en el río. Los niños se pusieron a jugar al juego de la rama clavada. Uno la tomaba entre los dientes y se sumergía hasta el arenoso lecho del río, y allí la clavaba. Luego, los demás se zambullían y trataban de encontrarla. El que la hallaba volvía a clavarla a fin

de continuar el juego. Los gritos y las risas de los niños que se divertían sobre el banco de arena cercano a la aldea de Ladaj llenaban alegremente el aire.

Naila era tan rápida como cualquiera de los demás, y justamente acababa de salir con la ramita entre los dientes cuando un fuerte chasquido partió del río. Un animal enorme se vislumbró precisamente bajo la superficie, que se convulsionó en un remolino. Todos los niños saltaron del agua como rayos, y aterrorizados se precipitaron en confuso tropel por la escalera que conducía hasta la Casa Grande.

Ladaj, el jefe, corrió hacia ellos con la mano sobre su *kris*.

—¿Qué fue eso, papá? ¿Qué fue? —preguntó Naila asiéndose de la mano de su padre. Sin aliento y temblando de miedo, se aferró de él—. Estábamos jugando sobre el banco de arena como siempre, pero vino una cosa muy grande que rodaba y retumbaba.

Los niños, que estaban parados chorreando agua y temblando, unieron sus agudas voces para contar una confusa historia acerca de un enorme cocodrilo que había salido del agua en el banco de arena.

Ladaj contó a los niños, con el fin de asegurarse de que no se hubiera perdido ninguno. Luego, masticó su nuez de betel durante varios minutos. Toda la gente de la aldea se había reunido y rodeaba al grupo de niños temblorosos y locuaces. En el sim-

pático rostro del Jefe se observaba un aire de profundo interés.

Entonces fue cuando salió Malik. Naila lo observó. El rostro del hechicero revelaba una determinación inflexible. Se notaba que había tomado una resolución inapelable; Naila estaba segura de ello. El Jefe miró dos veces a Malik como si esperara que dijera algo, pero Malik no habló. Señaló hacia el banco de arena donde no hacía ni cinco minutos habían estado jugando los niños. ¡El banco de arena se hundió! De repente, la ribera del río, oprimida por las enredaderas, pareció surgir del agua profunda.

Todos los habitantes de la aldea se estremecieron de terror. Parecía como si el brujo hubiera borrado de la existencia el banco de arena al señalarlo con el dedo. Ninguna persona de la tribu de Ladaj dudó de que la maldición de la joven *kayán* había causado de algún modo esa desaparición: un acontecimiento semejante solo podía ser de mal augurio.

El Jefe y Malik llamaron a la gente y la reunieron bajo el alero que cubría la galería interna, pues el sol ahora quemaba despiadadamente.

–¡Habitantes de la aldea de Ladaj, préstense atención! –dijo Malik, quien fue el primero en hablar–. Todos ustedes han visto lo que sucedió esta mañana. ¿Puede dudar alguno de que no fue el espíritu cocodrilo el que hizo esto? ¿Puede dudar alguno de ustedes de que el Gigante Blanco no vino

para llevarse a alguno de los niños?

Naila sintió que los ojos del hechicero se clavaban en ella, y comprendió que nuevamente había ocasionado su disgusto al haberse librado del peligro. El día, que había comenzado con esperanza, acababa ahora en desesperación. Por la noche, el cocodrilo blanco volvería una vez más al arroyo y, ¿qué sucedería entonces?

El Jefe echó una mirada sobre su gente.

—En toda mi vida —comenzó—, he visto desaparecer un banco de arena solo una vez antes de esta ocasión.

—¿Fue por causa de una maldición? —preguntó uno de los aldeanos.

—Quizá; no podría decirlo. Arrastramos un pesado bote sobre el banco, pero este se desprendió como un estante que se separa de la pared de una habitación.

—No hay duda de que eso fue obra de los malos espíritus —sentenció Malik, que estaba sentado junto al Jefe rumiando su nuez de betel—. ¿Qué otra cosa pudo haber sido?

El Jefe pareció no oír a Malik y continuó hablando.

—Hicimos una gran fiesta en honor de los espíritus, y no nos ocurrió ninguna desgracia.

—¡Una fiesta! ¡Una fiesta! —repitieron algunas voces y transmitieron la palabra alrededor del círculo.

En esa palabra había esperanza, había una obra para realizar, algo que aguardar, una promesa para

aliviar sus espíritus.

–Sí –dijo el Jefe con una expresión más alegre mientras continuaba hablando–. Pienso que debemos hacer una gran fiesta, la mayor y la mejor fiesta que ningún jefe haya hecho jamás en este río. Quizás entonces el mal espíritu que habita en el cocodrilo blanco se vaya y nos deje en paz.

Los aldeanos abandonaron sus rostros ceñudos, y comenzaron a sonreír y a bromear.

Las fiestas que se hacían en la aldea eran pocas, y los momentos en que todos comían, bebían y se alegraban eran estimulantes. ¿Quién no iba a estar contento ante semejante perspectiva?

En las fiestas de los espíritus, se descolgaban las cabezas secas y ahumadas que pendían en racimos frente a cada puerta de la Casa Grande. Se las alimentaba con las mejores comidas y se las empapaba en vino de arroz. Una fiesta de éstas era una protección contra muchos problemas, sueños desagradables, malos augurios, accidentes, enfermedades y cosechas pobres; pues la gente creía que los malos espíritus eran los que dominaban todas esas desgracias.

El temor, que casi había paralizado a la gente de la aldea de Ladaj apenas una hora antes, se desvaneció ahora en la animada charla que surgió en torno de la fiesta. Hasta Malik parecía haber renunciado a su mal humor al unirse a los planes.

–¿Cuántos están dispuestos a dejar sus trabajos particulares para dedicar todo su tiempo a la pre-

paración de la fiesta? –preguntó el Jefe.

Nadie se negó. Todos estaban dispuestos, contentos y entusiasmados. Naila vio que el rostro de su padre lucía tan apacible como antes de la aparición del cocodrilo.

–Ustedes, muchachos –indicó el Jefe señalando a seis jóvenes que se hallaban fuera del círculo del concejo–, vayan río abajo y compren pollos; compren todos los que puedan. Será mejor que lleven tres botes. Regresen tan pronto como sea posible, y comuniquen la noticia de la fiesta en todo lugar adonde lleguen.

Malik miró a los ancianos que estaban sentados en los puestos de honor del grupo, y les ordenó:

–Ustedes deben tocar los tambores y dar a conocer por todo el río que el jefe de nuestra aldea prepara la mayor fiesta que se haya visto jamás en nuestros alrededores.

–Yo dirigiré el grupo de pesca –dijo Ladaj animadamente–. Iremos río arriba, a algún sitio adecuado para conseguir peces suficientes para la fiesta. Ustedes, las mujeres, preparen enseguida la raíz de tuba.

Animada por la conversación referente a la gran fiesta de los espíritus y ocupada con los preparativos, toda la gente se sentía mejor. Hasta Naila misma ayudó a su madre a juntar raíces de tuba, y a reunir las en su bote y prepararlas para la expedición que se iniciaría por la mañana. No había duda de que la pesca con dichas raíces iba a ser segura

si se invadía un nuevo brazo del río en el que no se hubiera empleado ese método durante varios años. La raíz de tuba produce una sustancia paralizante que atonta a los peces y permite pescarlos fácilmente.

La aldea por fin estaba ocupada en algo feliz. La gente corría de un lado al otro. Los hombres desataban sus canoas, y se iban río arriba y río abajo, hacia las aldeas vecinas, llevando la noticia. Los ancianos estaban atareados con los tambores, y el profundo sonido producido por sus firmes golpes vibraba en el aire cálido y tranquilo. En la Casa Grande se oía un vivo parloteo. Los golpes sordos en los morteros, en los que las mujeres machacaban arroz, y la risa de los niños se oían por todas partes. Naila casi había olvidado el motivo de toda esa actividad: la amenaza del cocodrilo blanco y la maldición de la joven *kayán*.

El sol todavía no se había puesto, pero sus últimos rayos caían al sesgo sobre los altos árboles de la selva. Tanto de la parte superior del río como de la inferior, se veía regresar a los botes cargados de raíces de tuba destinadas a la pesca del día siguiente. Naila estaba de pie sobre la galería, observándolos. Se preguntaba si alguno de los botes habría llegado bien lejos, río arriba, como para saber algo del maestro, de aquel joven, Puyi, a quien Malik había echado de la aldea.

Mientras observaba el movimiento que había en el río, ocurrió un accidente. Sucedió tan repentina-

mente, que ni siquiera la penetrante vista de la niña pudo distinguir cuál había sido la causa del problema. Una canoa se volcó en un abrir y cerrar de ojos. Los pasajeros, un hombre y una mujer, cayeron en la corriente y desaparecieron dando un gran grito. Naila conocía a ambos; vivían en la aldea de Ladaj y habían estado afuera, juntando raíces de tuba.

Con un escalofrío de horror, comprendió que el bote no se había volcado por sí solo. Un gran cocodrilo había visto el bote cuando este se acercaba y, calculando el tiempo de su acción por el rápido movimiento de la canoa, empinó su pesado cuerpo precisamente debajo de ella, dándola vuelta y echando en la corriente a sus indefensos ocupantes.

Preparativos para la fiesta

Mientras observaba, Naila vio que el hombre y la mujer arrojados fuera de su canoa luchaban desesperadamente para salir a la superficie del río. El cocodrilo había apresado a la mujer por uno de sus hombros y comenzó a hundirse en las aguas, pero el esposo se arrojó sobre la cabeza del animal y le hundió sus afilados pulgares en los ojos.

Pasó un minuto. El feroz cocodrilo aún sujetaba a su víctima, que pugnaba por librarse. Pasó otro minuto. Naila oyó los terribles alaridos que provenían de un lugar, y comprendió que eran los suyos propios. Clamaba en alta voz juntamente con varias mujeres que se habían reunido con ella en la galería.

Por toda la aldea de Ladaj la gente corría de aquí para allá. Los hombres, que habían estado remendando redes en la galería abierta, se precipitaron por la escalera de troncos y desataron sus canoas.

Con poderosos golpes de su cola el cocodrilo tra-

tó de desprenderse del hombre que se había afe-
rrado a su hocico, pero el aldeano estaba más allá
del alcance de esa arma mortal. Cada segundo que
pasaba, los pulgares del hombre se iban hundiendo
más profundamente en los ojos del monstruo. Nai-
la contemplaba la lucha desde la galería, que se
hallaba por lo menos a cinco metros de altura sobre
la costa y a unos nueve metros del agua; pero, a
pesar de su ventajosa posición, la jovencita sabía
que todos los hombres que se hallaban en los botes
podían presenciar la lucha casi tan bien como ella.

El sol se puso repentinamente, como sucede en
las zonas ecuatoriales, y todas las figuras que había
en el río adquirieron un tinte sobrenatural y dejaron
de percibirse con claridad.

Los hombres, que se habían lanzado en sus
canoas hacia el lugar de la lucha dando tremendos
alaridos, asustaron al cocodrilo, y este soltó a la
mujer después de sacudirla ferozmente. Su esposo
soltó a la vez la cabeza del monstruo y empujó el
cuerpo exánime de su mujer hasta uno de los botes
que estaban aguardando. Manos bondadosas la
subieron a bordo y trataron de restañar la sangre
que manaba de su hombro lacerado.

-¡Adoj! ¡Adoj! ¡Adoj! -las voces llorosas de las
mujeres lamentaban la tragedia y acompañaban el
ritmo de los remos en tanto que los botes regresa-
ban al embarcadero de Ladaj.

Todos los aldeanos estaban tan agobiados por la
excitación y el dolor, que nadie habló mucho. Los

lamentos y el llanto expresaban mucho mejor que las palabras la simpatía que todos sentían por la mujer herida y por su valiente esposo.

La mujer yacía pálida y quieta en los brazos de su marido, quien la subió por la escalera de troncos y la llevó hacia su habitación de la Casa Grande. Ya en ella, la acostó tiernamente sobre su estera de dormir. El hombro se estaba hinchando y sangraba menos. Malik salió corriendo a preparar un emplasto de hojas machacadas, que ajustó luego alrededor del hombro mordido.

El joven, cansado por la lucha mantenida con el cocodrilo asesino, se dejó caer sobre su estera al lado de su esposa. Todos trataron de amontonarse en la habitación, pero Ladaj, el jefe, los persuadió para que salieran y se sentaran en la galería. Ubicados allí, iniciaron un lamento rítmico que hizo aún más tétrica la oscuridad que iba cayendo. Esa noche a Naila le parecía oscurísima. La luna todavía no había salido, y la amenaza del mal que pendía en el aire hacía que esa hora fuera más tenebrosa que de costumbre.

El jefe Ladaj se sentó dentro de la habitación de la mujer herida; pero frente a la puerta, de modo que todos los que estaban afuera pudieran verlo. Masticó su nuez de betel y esperó.

Por fin, alzó su mano para acallar los lamentos, y habló.

-La maldición ha caído muy pronto... muy pronto.

Ladaj se balanceaba de un lado al otro, como lo

hacía siempre cuando estaba afligido o excitado. Su voz sonaba ronca y baja.

–¿Qué haremos ahora? Habla, Malik. ¿Qué dices tú?

Malik estaba preparando una cataplasma fresca para el hombro herido de la mujer. Miró a Ladaj con un brillo de furia en los ojos.

–El Jefe sabe a quién está buscando el cocodrilo; el Jefe sabe cuál es el remedio que hace falta –sentenció fastidiado.

Los ojos de Ladaj parecieron escudriñar a la gente que se había reunido hasta que, finalmente, su mirada se detuvo por unos momentos sobre su hija, y una expresión de agonía cruzó por su rostro.

–Pueblo mío, aún no hemos hecho la fiesta de los espíritus. Continuaremos con todos nuestros planes. Será la fiesta más grande que jamás hayan visto las aldeas de la zona. Quizás entonces el espíritu de la joven *kayán* quede satisfecho y se vaya.

Mientras hablaba, la voz de Ladaj se fue elevando y tomando un tono de autoridad.

–Todos continuaremos con las tareas que se nos han encomendado. Mañana, los jóvenes irán a comprar pollos y yo dirigiré la partida de pesca en el río. Las mujeres prepararán tortas de arroz. Malik se quedará aquí para cuidar de la mujer herida, y hará todos los encantamientos y sacrificios que deben realizarse antes de la fiesta.

Toda la compañía aprobó sus palabras. Ahora se sentían mejor. Hasta Malik se apresuró a cumplir

sus deberes como si tuviera autoridad y satisfacción ilimitadas.

Naila había tomado parte en todo el movimiento producido ese atardecer. Ahora se había sentado con su madre y su hermano menor, Djili. La conmoción que había en su interior le era casi imposible de soportar. Había una pregunta terrible que aún nadie había expresado; y Naila estaba esperándola. Finalmente, se produjo. Malik fue quien la hizo.

—¿De qué color era el cocodrilo que volcó tu bote? —preguntó al joven cuya esposa había sido mordida por el cocodrilo.

—No lo sé. No pensé más que en los ojos del cocodrilo y en sus agudos dientes que estaban desgarrando el hombro de mi esposa —repuso el hombre con voz cansada.

Malik, de pie en la puerta que daba a la habitación de la enferma, volvió a interrogar:

—¿Alguno vio de qué color era el cocodrilo?

Ninguno parecía estar seguro. El terrible accidente había ocurrido precisamente al anochecer, y solo la boca del cocodrilo estaba fuera del agua. ¿Qué podían decir? Entre los hombres, surgió una contienda. Algunos afirmaban que era el Gigante Blanco, pero otros estaban seguros de que no era así. Pero nadie dudaba de que esa nueva calamidad era consecuencia de la maldición de la muchacha *kayán*.

Aquella noche Naila estaba tan agitada y preocupada, que no podía conciliar el sueño. Acostada

sobre su estera prestaba atención a cualquier ruido extraño o a cualquier conversación hecha en voz baja. Los únicos sonidos que llegaban hasta ella eran los ladridos de los perros, el canto de los gallos, y el abrir y cerrar de la puerta que conducía hasta la habitación de la mujer herida. Sabía que su padre, junto con Malik y el esposo de la enferma, se iban a quedar en vela toda la noche.

Cuando llegó la mañana, se observó que la paciente no había empeorado. Toda la gente de la aldea quedó más tranquila. Ladaj y su familia se dieron una zambullida en el río, pues el baño matutino era algo sin lo cual ningún *dayak* podía sentirse cómodo. No se quedaron mucho tiempo en el agua, sin embargo, pues los esperaban actividades importantes.

–Ven, Naila. Ven, Djili. Vengan, saldremos enseguida –dijo Ladaj mientras recogía su largo cabello, lo enrollaba en un lazo largo y firme sobre la nuca, y se sacudía el agua que aún quedaba sobre su piel brillante.

Naila sacudió su largo cabello, lo enrolló y sujetó con una espina. Djili no hizo nada con el suyo; dejó que los mechones húmedos se desparramaran sobre su espalda desnuda. Ambos niños saltaron dentro del bote, en el que ya estaba sentada su madre con el remo guía entre las manos.

–¿Vamos a necesitar toda esta raíz de tuba para pescar? –preguntó Naila, señalando el gran bulto de raíces amontonadas en el centro de la canoa

mientras se acomodaba frente a sus padres.

–Necesitaremos más que éstas –respondió Ladaj, aferrando el remo con sus fuertes manos–. Fíjate: en cada bote hay un gran atado de raíces de tuba. Tenemos intención de sacar una buena cantidad de peces. Recuerda que esta fiesta va a ser la más grande y la mejor que se haya visto jamás en este río.

Naila observó los botes que los seguían. Todos estaban llenos de raíces de tuba y luchaban contra la rápida corriente.

A todos les pareció como si hubieran estado remando durante horas. La madre dio a los niños dos sombreros hechos de hojas de palmera, a fin de que protegieran sus ojos de los fuertes rayos del sol. El agua del río estaba fresca, y los niños hundían constantemente en ella sus manos. A veces, la sacaban para beberla.

Al mediodía, descansaron a la sombra de un árbol que sobresalía de la orilla y almorzaron sencillamente. Su comida estaba integrada por porciones de arroz envueltas en hojas de banana. Naila no sentía hambre. Durante unos momentos, jugó con su comida, luego la dejó caer en el agua y observó cómo se hundía más y más en las oscuras profundidades. Su padre la miró con preocupación. ¿Sabría, quizás, que la niña estaba pensando en el arroz con que había alimentado al cocodrilo?

Naila estaba apoyada sobre la borda del bote mirando el agua, cuando una gran lágrima se des-

lizó por su nariz y cayó en el río, pero no se atrevió a llorar en voz alta. Quizá las cosas se aclararían por fin, pensaba; quizás el cocodrilo blanco ya no volvería más al arroyo. No había venido la noche pasada. Quizás el espíritu de la joven *kayán* se apaciguaría con la fiesta y todos los habitantes de la aldea de Ladaj volverían a ser felices.

Mientras pasaban frente a la primera de las aldeas situada río arriba, Naila recordó a Puyi, el maestro. ¿Dónde se hallaría ahora? Estaba segura de que el joven no había pasado río abajo pues, si hubiera sido así, alguien lo habría visto. ¿Por qué los tambores de las aldeas callaban acerca de él? ¿Sería porque los aldeanos estaban avergonzados de su presencia y temían transmitir un mensaje semejante? Entonces, recordó una vez más las palabras del canto del maestro: "Dios está conmigo en todas partes; estoy seguro, siempre seguro".

Al anoecer, acamparon en la ribera del gran río. Los hombres hicieron un tosco reparo empleando hojas y ramas. Las mujeres encendieron fuego con sus pedernales, e hicieron una luminosa hoguera en la que cocinaron arroz. Todos estaban tan cansados, que durmieron bien a pesar de los mosquitos.

—Precisamente como yo pensaba —dijo Ladaj al día siguiente, cuando ya se había levantado el sol—; precisamente como yo pensaba, nos encontramos en la boca de la corriente en la que iremos a pescar. Reconozco ese gran árbol seco que aún está de pie

en la ribera opuesta.

Naila miró hacia el otro lado del río Tatau. En ese lugar, no parecía tener más que la mitad de la anchura que tenía frente a la aldea de Ladaj.

–Djili, Djili, despiértate, rápido –gritó Naila sacudiendo a su hermano–. Los hombres ya se van con la raíz de tuba. Despiértate, vamos.

Restregándose los somnolientos ojos, Djili se puso de pie y Naila lo empujó hacia el bote. Su madre y las demás mujeres habían esparcido las raíces sobre una gran roca chata cercana a las bocas de la pequeña corriente. Luego, comenzaron a golpearlas y a machacarlas con palos de madera dura o con piedras chatas. Las raíces machacadas produjeron un olor raro, y comenzó a brotar de ellas un jugo lechoso.

A medida que las mujeres echaban las raíces machacadas en un montón, uno de los hombres las juntaba y las arrojaba a las aguas del pequeño tributario. Los demás se dispersaron en sus botes a lo ancho del río, formando una cadena floja no lejos del lugar en el cual el arroyo desembocaba en el río mayor.

En cada canoa había un *dayak* apoyado en un arpón. Naila y Djili estaban de pie en su canoa, y esperaban con intenso interés. Djili sostenía su propio arpón y se inclinaba, ansioso, sobre el agua. Sus ojos negros relumbraban.

–¡Vienen, vienen! –gritó Naila; pero no se movió.

Río abajo, flotando en dirección de las Canoas,

venían peces de todos los tamaños. Algunos forcejeaban débilmente, pero los más parecían estar muertos, con sus blancos vientres vueltos hacia el sol matinal.

Los *dayaks* clavaban sus arpones aquí y allá sacando los peces más grandes y mejores. Djili arponeaba tantos como le era posible y los arrojaba dentro del bote. Naila llegó a animarse tanto, que comenzó a sacar los peces con las manos y a cortarlos con un afilado cuchillo. Sabía que los peces, en su mayoría, no estaban muertos, sino atontados por el jugo de tuba; en pocos minutos revivirían.

Cuando se terminaran de usar todas las raíces, entonces se habría acabado la población de peces, y ya no habría más pesca en ese arroyo durante un largo tiempo.

–¡Agarra ese grande! –gritaba alguno–. ¡Pesca esos dos que tienes a tu lado! ¡Aquí, aquí, ayúdenme! ¡Muévanse, muévanse!

Los gritos excitados continuaron durante una hora. Luego, con los brazos y las piernas cansados, los hombres se dejaron caer sobre la costa para descansar un poco.

Ladaj había cumplido su deseo: los botes estaban cargados de pescado. Durante años no se había realizado en el alto Tatau una pesca semejante. Seguramente eso era un buen augurio para la fiesta, que sin duda estaba destinada a ser la mayor de las jamás vistas en las aldeas del río. Parecía como si los espíritus ya estuvieran compla-

cidos. Naila sintió que su atribulado corazón quedaba aliviado. El peligro de la maldición de la joven *kayán* podría evitarse. La flotilla de canoas pescadoras hizo el viaje de regreso en la mitad del tiempo que había empleado para remontar el río, pues ahora tenía la corriente y la creciente a favor. Sucedió solo un hecho importante. En el embarcadero de troncos de la aldea de Sidang, Naila vio el bote blanco que pertenecía a Puyi, el maestro.

–¡Papá! ¡Mamá! –gritó–, el maestro está en la aldea de Sidang. Ahora debió de haberse quedado allí.

Ladaj, el jefe, echó una mirada al bote blanco y luego dirigió la vista hacia la galería alta de la Casa Grande del jefe Sidang.

–Sí; supongo que el viejo jefe Sidang permitió que el maestro se quedara. Sidang hizo un viaje a Singapur hace algunos años, y desde entonces ha sido diferente de los demás –comentó Ladaj.

–¿Por qué, papá? –preguntó Naila con los ojos fijos en el bote del maestro–. ¿Por qué el haber ido a Singapur lo hizo diferente?

–Oh, pienso que habrá visto a mucha gente, muchos extranjeros, y que por eso no les teme ahora como les tememos Malik y...

–Me hubiera gustado que Puyi se hubiera quedado en nuestra aldea –afirmó Naila.

–Sí, también a mí me hubiera gustado –respondió Ladaj mientras remaba fuertemente y enfilaba el bote por una curva que quitaba de la vista a la aldea de Sidang–. Sí, me hubiera gustado saber

más acerca de las enseñanzas de Puyi; pero Malik nos hubiera creado muchos problemas.

Naila se preguntaba por qué Malik siempre tenía que imponer su voluntad creando dificultades tan grandes, que nadie podía oponérsele. Le pareció que el día se ensombrecía de alguna manera, y ni siquiera le sirvieron de consuelo la buena pesca y los buenos augurios para la fiesta.

Alrededor de la media tarde, los pescadores se deslizaron por la curva más cercana a la aldea de Ladaj, y comenzaron a entonar un estridente clamor de victoria, mitad canto y mitad risa.

Los que habían quedado en la aldea demostraron su confianza en la expedición preparando gran cantidad de esteras de bambú. En ellas, se colocaban los peces y se les echaba poca sal, pues era escasa y, por lo tanto, muy valiosa. El pescado había estado al sol durante horas, pero no se hizo ningún esfuerzo por limpiarlo. ¿Acaso no se los había sacado del agua limpia del arroyo?

Naila se sorprendió al enterarse de que la mujer herida había mejorado. Había recobrado el conocimiento. Le dolía mucho el hombro, pero Malik le prometió que, con las compresas de hojas calmanantes que le había aplicado, en pocos días se iba a sentir mejor, aunque su brazo podría quedar estropeado para siempre.

A todos los aldeanos les parecía que los malos espíritus, tan activos durante la semana, ahora se habían retirado y que espíritus más bondadosos

intervenían en los problemas de la Casa Grande.

Ese anochecer, la madre de Naila explicó a la niña que se le iba a pedir que desempeñara un papel especial en la fiesta.

-Es un deseo de tu padre. Tú ya tienes 13 años, y para tu padre será un gran honor el que su hermosa hija sirva el vino en su puerta.

-¿Qué me pondré entonces, mamá? -preguntó Naila.

-Podrás usar todas mis joyas y mis anillos de bronce. Estoy segura de que te quedarán perfectamente bien y de que estarás bonita. Ya está todo decidido -aseveró la madre.

Esa noche, Naila trató de mantenerse despierta para pensar en la fiesta; pero el largo viaje hasta el arroyo y el trabajo de pescar habían resultado demasiado cansadores. Muy pronto, quedó sumida en un profundo sueño.

Nunca hubo otra fiesta igual

La mañana siguiente al viaje de pesca, Naila estaba de pie sobre la galería abierta mirando las tinajas llenas de vino de arroz colocadas junto a cada una de las 21 puertas de la Casa Grande. Las tinajas eran altas, casi tan altas como su hermanito Djili. El vino era bueno; Naila había visto cuando lo preparaban las mujeres. Cada tinaja había costado horas y horas de masticación de arroz crudo. Las mujeres se iban a quejar durante varios días por causa de sus mandíbulas doloridas.

Para la fiesta, ahora solo faltaban los pollos. Y ¿dónde podrían estar?

—Estos muchachos debieron de haberse ido más allá del fuerte. Quizás hasta hayan llegado a la aldea de Malay, en la desembocadura del río. ¿Cómo pueden tardar tanto? Faltan solo tres días para que comience la fiesta —se quejó Ladaj en alta voz.

El Jefe ordenó que se tocaran los tambores para

averiguar por ese medio alguna noticia en cuanto a los tres botes que habían partido de la aldea con el fin de comprar pollos para la gran fiesta. Otros tambores respondieron que los jóvenes casi estaban por llegar; que su viaje había tenido éxito y que los tres botes parecían estar colmados de pollos.

Las mujeres afilaron sus cuchillos y esperaron. Naila pensaba en los tambores y en las noticias que habían dado. ¿No eran acaso buenos anuncios? Todos los pobladores de las aldeas del río deseaban colaborar con la fiesta, pues de otro modo no habrían vendido sus pollos. Por supuesto, todo el mundo sabía que en fiestas futuras la aldea de Ladaj colaboraría con ellos vendiéndoles todos los pollos que necesitaran.

Los botes llegaron al anochecer. El ruidoso cacareo de los pollos anunció su llegada. Todos los *dayaks* corrieron hacia el embarcadero de troncos. Las tres canoas atracaron, cada una llena de pollos de largas patas. Todas las manos se prendieron de las canastas en las que estaban las aves y las arrastraron hasta la Casa Grande, donde se las dejó con su contenido hasta la mañana siguiente.

Cuando amaneció, Naila ya estaba lista para observar a las mujeres en la realización del preparativo final. Mataron los pollos uno por uno, y les arrancaron la mayor parte de las plumas. Luego, golpearon sus cuerpos entre dos pesadas piedras, hasta que la carne quedó reducida a trozos, que

echaron crudos dentro de las tinajas de vino de arroz.

-Mamá, ¿por qué no les sacas las entrañas?

-preguntó Djili.

-Muchachito tonto -dijo su madre con cariño-. ¿No sabes que el estómago de los *dayaks* nunca conserva en su interior ninguna cosa que se come en una fiesta? ¿Por qué nos habríamos de tomar tanto trabajo?

Mientras observaba los toques finales de los preparativos, Naila tenía su corazón lleno de gozo, y la alegría la hacía sentirse como si estuviera bailando alrededor de las atareadas mujeres y de las tinajas con vino de arroz. Al día siguiente, se iba a iniciar la fiesta y, adornada con las joyas de su madre, Naila iba a servir vino a la puerta de la habitación de su padre.

Junto a las tinajas de vino estaban las fuentes de bambú llenas del pescado, que habían sacado hacía cinco días y cuyo olor se esparcía por el aire. Hasta se lo podía percibir en medio del río, y nadie que pasara navegando por la corriente podía dejar de comprender qué clase de preparativos se estaban llevando a cabo para la fiesta de Ladaj.

A Naila se le hacía difícil esperar. El día tranquilo, las mujeres ocupadas, el resplandor de la luz solar sobre el río, el alimento y la bebida deliciosos que estaban aguardando, aumentaban su esperanza de que los augurios fueran buenos. Y lo más importante era que la mujer herida estaba mejorando y el

cocodrilo blanco no había regresado al arroyo desde aquella noche en que uno de sus congéneres volcó el bote en un intento de cenar con carne humana.

La niña durmió toda esa noche, y no se despertó hasta que el sol brilló en las alturas inundando el río con su luz.

Como si se tratara de otro día cualquiera, la primera tarea que había que hacer era la de tomar el baño matutino. Naila así lo hizo, y luego, renovada por el chapuzón, se acercó a su madre para que le acomodara en su esbelta cintura el cinturón hecho de muchos hilos de bronce, de los cuales pendían monedas de oro y de plata.

–Debes lucir hermosa en este día –le dijo la madre en tanto que se ocupaba en ajustar el cinturón–. Recuerda: eres la única hija del jefe Ladaj, y debes hacer honor a tu padre.

Luego, le colocó aros de bronce en las piernas, los brazaletes y, por fin, los pesados collares de antiguas y preciosas cuentas. Sobre la cabeza le ciñó una alta corona de orquídeas blancas. Se veía abrumada por tanto peso, pero se sentía orgullosa e importante.

–¿Estoy bien así? –preguntó volviéndose hacia su madre.

–Estás tan hermosa como el río cuando se pone el sol –interrumpió la voz del jefe Ladaj–. Ningún jefe en todas las aldeas del río tiene una hija tan bonita –prosiguió, palmeando la mejilla de Naila–.

Fíjate, ya están llegando las canoas –acabó, señalando por la puerta abierta en dirección del río.

Naila se dirigió hasta el fin de la galería de la Casa Grande, desde donde podía contemplarlo. Río arriba y río abajo se veía muchas canoas que venían para la fiesta. Pintados y emplumados con llamativo esplendor, los guerreros avanzaban hacia la aldea de Ladaj. Gritaban y cantaban. Hacían contorsiones con júbilo salvaje, pues esa fiesta debía ser la más grande de todas las realizadas en la región; una fiesta para los espíritus que era su deber más elevado honrar y su supremo placer asistir.

Naila ocupó su lugar junto al recipiente de vino situado al lado de la puerta de su padre. Esa puerta era la primera de la Casa Grande y la más cercana al río. La niña tenía en sus manos el cráneo de un gran mono, hábilmente trabajado en forma de copa, y en el que podía caber fácilmente medio litro de líquido. Lo hundió en la tinaja, y quedó esperando con la copa colmada entre las manos.

–¡Espíritus del río! –exclamó el jefe Sidang–. ¿Qué es lo que estamos viendo? Una hija verdaderamente muy bonita. Jefe Ladaj, confío en que tu vino sea tan agradable a los labios como tu hija lo es para la vista.

Naila se sonrojó de placer, mientras observaba a Sidang vaciando la copa.

Después de aceptar y beberse el vino, Sidang se arrodilló junto al recipiente. Mientras tanto, la

madre de Naila extraía de él trozos de pollo, que alcanzaba a su huésped juntamente con porciones de pescado bien pasado; que chorreaban el líquido en que estaban, y otras de arroz. Luego, el jefe Sidang se dirigió hacia la puerta de la siguiente habitación, donde otra hermosa niña lo esperaba con un coco lleno de vino, para repetir el ofrecimiento.

El vino fue el principal ingrediente de la fiesta. En cada una de las 21 puertas de la Casa Grande de Ladaj esperaba una de las mujeres de la aldea para brindar hospitalidad a los invitados; cada una trataba de abrumar a los visitantes con generosidad. Y ninguno de los huéspedes fue tan rudo como para rehusar el vino o la comida a pesar de que, después de haber pasado por unas pocas puertas, se viera obligado a asomarse por la baranda de la galería y devolver la carga que ya había echado en su estómago, a fin de poder seguir comiendo. Hacia el final de la hilera de puertas, la mayoría de los huéspedes no estaba ya en condiciones de llegar hasta la baranda... y algunos ni siquiera intentaron alcanzarla.

Naila permaneció en su puesto hasta haber servido a cien o más invitados; esa era su primera aparición en una fiesta, y quería cumplir cabalmente su deber. Era verdad que se habían realizado otras en el río y también en la aldea de Ladaj, pero solo los hombres podían comer y beber. A los niños no les estaba permitido hacerlo; las mujeres prepa-

raban el alimento y lo servían a los hombres, pero sin participar de él.

Ladaj cambió palabras corteses con sus invitados durante un rato, poniéndose muy orgulloso por la lluvia de elogios derramada sobre su bella hija. Pero; a medida que la fiesta avanzaba, Ladaj bebió más y más hasta que, como la mayoría de los invitados, quedó completamente embriagado.

Algunos de los hombres querían pelear, otros estaban alegres y muchos se hallaban simplemente inconscientes. El jefe Ladaj había encomendado a unos pocos de los hombres menos importantes de su aldea que mantuvieran el orden. Les estaba prohibido beber, bajo amenaza de severo castigo por parte de los espíritus en cuyo honor se celebraba la fiesta.

Malik había instruido a esos hombres para que bajaran los racimos de cabezas que pendían de las vigas del techo de la galería y que las alimentaran con pescado, pollo y tortas de arroz; cosa que hicieron con reverente atención. Y, mientras alimentaban las cabezas y echaban vino entre sus dientes, les dirigían muchas palabras amables a fin de que los espíritus de las personas a quienes habían pertenecido quedaran contentos y no enviaran sueños desagradables a los aldeanos o les hicieran algún otro mal.

Esas cabezas se habían reunido en años pasados. Hubo épocas en las que cada guerrero de las aldeas *dayaks* tenía varias en su haber; cuya cons-

tancia se dejaba sentada en las melladuras de sus *kris*. Luego, los amos británicos desaprobaron la caza de cabezas; había que realizarla en secreto y con peligros desconocidos en tiempos `pasados. Todos creían que, a menos que fueran bien tratadas, las cabezas podían causar una cantidad de problemas en la aldea. Malos augurios acechaban la senda de todo aquel que menospreciara a las cabezas y a sus espíritus.

Pero el jefe Ladaj fue generoso. Había provisto espléndidamente para las cabezas. Mientras Naila miraba cómo las alimentaban, pensaba que ningún espíritu tendría motivos para quedar disconforme.

Tan pronto como un hombre quedaba completamente beodo o se ponía demasiado impaciente con deseos de pelear, los "policías" de la aldea, destacados por Ladaj, lo acostaban sobre el piso de la galería con las manos amarradas en la espalda, le ataban los pies, y así lo dejaban hasta que retornara a la sobriedad. Inmovilizados de este modo, los jefes de las aldeas del río y todos los hombres importantes del alto Tatau yacían en la galería de la casa de Ladaj como cerdos atados para el mercado.

Espantada por el ruido repentino, Naila levantó la vista de la hilera de los grandes hombres caídos y corrió hasta el extremo más lejano de la galería. Allí, el joven y poderoso Sawa estaba luchando con uno de los postes que sostenían el techo: lo golpeaba con las manos, lo embestía con su cabeza y lo maldecía con todas las malas palabras existentes

en el lenguaje *dayak*. Llenaba el aire con sus gritos y maldiciones, y la policía de la aldea nada podía hacer con él.

Naila no podía decir si Sawa resbaló en el sucio piso de bambú o si se arrojó intencionalmente con violencia. Lo cierto es que el joven jefe cayó pesadamente exhalando un profundo gemido. Su pie había atravesado el entarimado de bambú.

Los policías lo sacaron a tirones del agujero, pero Naila pudo ver que Sawa tenía la mano herida; parecía habérsela quebrado a la altura de la muñeca. Los huesos asomaban en medio de la carne, y la sangre manaba de esa fea herida.

—¿Qué vamos a hacer? —se preguntaban los hombres aterrados—. ¿Qué vamos a hacer?

El jefe Ladaj yacía impotente sobre el piso de la galería; Malik roncaba junto a uno de los cántaros de vino; el jefe Sidang gimoteaba, y vociferando acababa de ser atado y acostado por algunos hombres. No había nadie que pudiera ayudar, nadie que pudiera dar una respuesta.

Una de las mujeres trajo algunas hojas tiernas de banano y las ajustó alrededor de la mano herida a fin de detener la hemorragia, y luego se dejó al joven jefe Sawa para que se despabilara lo mejor que pudiera.

Naila, adornada aún con sus vistosas joyas festivas, quedó contemplando a los jefes y a los demás hombres importantes que yacían impotentes en el estupor de la ebriedad, esparcidos tanto en la gale-

ría interior como en la exterior de la Casa Grande de Ladaj.

Miró a Malik. El hechicero había estado roncando en pesado sueño desde el mediodía, y Ladaj, su padre, estaba atado así como todos los otros hombres que se habían puesto demasiado violentos como para obedecer a los guardianes.

La niña apartó la vista de ese triste espectáculo; la fiesta había terminado. El hedor del vino derramado, del pescado putrefacto y otros malos olores contaminaban el aire. Dos cántaros de vino que se habían quebrado derramaban su contenido por el piso de la galería interna.

Naila corrió hacia la escalera de troncos que conducía hacia la ribera del río y al embarcadero. Había comenzado a bajarla, cuando se volvió y se dirigió a su madre.

–Por favor, mamá, quítame estas cosas. ¡Estoy tan cansada! –pidió con fastidio.

La madre desciñó los pesados adornos de bronce y los colocó en una caja que dejó al final de la estera, donde habitualmente dormía. Ninguna de las dos habló. Ambas sabían lo que había sucedido y, ¿qué se podía decir de ello?

Con un delicioso sentimiento de alivio, Naila corrió en dirección al río; pero estaba preocupada. La gran fiesta de los espíritus había terminado, y no había producido deleite. ¿Se culparía a su padre por el accidente? El jefe Sawa era muy amado por la gente de su aldea. Era joven y hermoso, y su fami-

lia lo idolatraba; seguramente se iban a enojar por causa de su mano herida. ¿Quién había visto jamás a un jefe con una mano totalmente quebrada como aquella? ¿Podría volver a colocarse en su posición primitiva? ¿Cómo podría Sawa volver a llevar una lanza o a remar? ¿Quién había visto jamás que un jefe no pudiera manejar una lanza o dirigir una canoa? Cuando todos los hombres reaccionaran, ¿no dirían que la culpa era de Ladaj? Dirían que no había destacado guardianes suficientes, o que el piso de su casa estaba en malas condiciones.

Naila permanecía temblorosa en la ribera del río. Eso era nada más que mala suerte; mala suerte. Los espíritus todavía estaban irritados, y la fiesta no había servido para nada en absoluto. Dirigió la vista hacia la rápida corriente. Notó que había crecido, y eso era señal de que en algún lugar había llovido mucho.

Entonces vio el bote; el botecito que pertenecía a Puyi, el maestro. Venía bajando la corriente con su único remo, meciéndose sobre las agitadas aguas, deslizándose sobre ellas como un ave. Naila recordaba cómo había echado Malik de su aldea al joven maestro sólo unos pocos días antes. ¿Regresaría Puyi? ¿Se atrevería a venir siendo que el brujo se lo había prohibido?

El bote enfiló hacia el embarcadero de Ladaj. Con cuidado, avanzó entre las demás canoas que se mecían atadas. Puyi ató su bote blanco y saltó sobre el muelle de troncos flotantes.

La niña no huyó como la primera vez que el maestro llegó a su aldea. Esperó, y lo observó mientras ataba su bote, pero no dijo nada. Miró el rostro del recién llegado y vio que le sonreía. Luego, el joven le habló en su propio idioma.

–Eres la hija del Jefe, ¿verdad?

Naila asintió moviendo la cabeza, y se sintió inundada por una ola de vergüenza al recordar de qué modo la había arrastrado Malik ante el maestro y había contado a gritos la historia de la maldición de la muchacha *kayán*.

–¿Están de fiesta hoy por aquí? –preguntó Puyi, mirando todas las canoas adornadas atadas al embarcadero.

Naila asintió nuevamente.

–¿Está tu padre en casa? –volvió a preguntar Puyi.

–Sí –respondió la niña en voz baja.

–Llévame ante su presencia. Mi Dios me ha enviado un mensaje que me indica que tu padre me necesita.

Naila se sintió como si la hubiera alcanzado un rayo. Comprendía bien las palabras del maestro; pero, ¿cómo podía saber él que su padre necesitaba ayuda, que todos ellos la necesitaban, que había ocurrido un terrible accidente y que nadie sabía cómo afrontarlo?

–¿Te llamaron los tambores? –preguntó, pues no podía imaginar otro medio por el que un mensaje tal pudiera haber llegado a la aldea de Sidang, don-

de estaba viviendo Puyi; aunque sabía que nadie había tocado ningún tambor. Igualmente no habría servido de nada, pues todos los jefes estaban reunidos en la aldea de Ladaj.

El joven maestro sonrió nuevamente.

–Me llamaron los tambores de Dios que sonaban aquí –dijo poniéndose las manos sobre la cabeza–. La palabra de Dios puede viajar más rápidamente que la luz. Pero, ven, llévame hasta tu padre.

Una vez en la galería de la Casa Grande, el maestro contempló los cuerpos inconscientes del jefe Ladaj y de todos los demás jefes y hombres importantes del río Tatau. Naila descubrió sorpresa y compasión en su mirada. El maestro se volvió hacia ella.

–¿Está aquí tu madre? –preguntó.

Sin hablar, Naila lo condujo hasta la puerta de su habitación y llamó a su madre, quien apareció sacudiéndose el agua que tenía en las manos. Explicó que precisamente se hallaba lavando arroz para la cena.

–¿Hay algún problema por aquí? –inquirió Puyi.

–Sí, hay un problema –respondió la madre mirándolo con una expresión interrogativa–. ¿Cómo lo sabes?

–¡Lo sabía, lo sabía! Me sentí movido a venir. Dime qué es lo que anda mal –respondió el joven con una sonrisa amistosa.

La madre de Naila lo condujo hasta el lugar donde yacía atado el joven jefe Sawa.

Con una expresión de asombro y piedad, Puyi se arrodilló junto a él. Rompió la venda de hojas de banano y sacó de su bolsillo un trozo de tela blanco y limpio, que sujetó alrededor del brazo del herido. La sangre comenzó a manar nuevamente de la muñeca quebrada.

-Tráeme una varita -le pidió a Naila.

La niña salió corriendo y regresó trayendo un trocito de bambú.

-Esa es buena -aprobó el maestro.

Colocó la varita dentro del extremo libre del lazo y lo retorció hasta que la sangre dejó de fluir. Entonces, examinó la muñeca. Con tierno cuidado comenzó a enderezarla, y la colocó junto al cuerpo de Sawa en la misma posición en que se hallaba su otro brazo.

Un herido en la fiesta

Naila, asombrada y temerosa, permanecía de pie observando cómo el maestro vendaba la muñeca quebrada del jefe Sawa. Estaba maravillada por el cuidado y la destreza con que había atendido la herida, y temerosa debido a que ese maestro había venido a su aldea llamado por los "tambores de Dios". Cada vez que pensaba en el Dios invisible, que podía llamar a la gente de esa manera y que sabía todo lo referente a cada persona, un estremecimiento de temor recorría su espina dorsal. ¡Cuán grande debía ser un Dios como ese!

—Quédate aquí, cuídalo —encargó Puyi a la madre—. No le permitas moverse. Sostén su mano de este modo hasta que yo vuelva.

Puyi descendió hacia el río por la escalera de troncos, y regresó enseguida con un paquete lleno de cosas extrañas que había sacado de su bote.

Naila vio un rollo de tela blanca, suave como el *capoc*, frascos, potes y latas que contenían, según explicó Puyi, diversas clases de medicamentos.

Ni Naila ni su madre, ni ninguno de los aldeanos que se habían arremolinado, habían visto nunca nada semejante a esos medicamentos. ¡Todo pare-cía tan limpio! Puyi desplegó otro trozo de tela blanca y lo untó con el remedio. Cuando terminó de curar la mano de Sawa, la entablilló con listones de bambú acolchados, que sujetó con una venda de tela blanca y limpia. Entonces desató lentamente el torniquete que había ligado anteriormente alrede-dor del brazo herido. Después de volver a poner en el paquete todas sus medicinas, Puyi se sentó al lado de Sawa, y allí quedó durante largo rato sin decir nada.

Todos los habitantes de la aldea que no habían participado en la fiesta retornaron a sus tareas. Comenzaron a limpiar la casa y a preparar alimen-tos para la cena. La madre de Naila se fue a termi-nar de cocinar, pero la niña permaneció sentada con Puyi. Poco a poco, se fue calimando. Compren-día que el misionero le había evitado a su padre un gran bochorno y un gran problema; y con una medicina tan poderosa, seguramente la mano de Sawa quedaría sana y salva.

Todavía seguía pensando en la forma en que había venido Puyi. "Los tambores de Dios", había dicho. "Los tambores de Dios" lo habían llamado a

la aldea de Ladaj. Dios estaba enterado de esa fiesta. Podía ver a todos esos jefes que yacían ebrios sobre el piso. Estaba informado respecto de Sawa. Asimismo, Dios debía de saber acerca del cocodrilo y de la maldición de la joven *kayán*.

Naila miró a Puyi, e inmediatamente recordó algo. Quería pedirle que cantara nuevamente aquel himno que había entonado en su primera visita a la gran casa; ese himno que comenzaba: "Con el poderoso amor de Dios, estoy seguro siempre seguro".

Por supuesto que no dijo nada, pero la meditación en ese himno y en su significado iluminaron su interior, y Naila se sintió animada de gozo, admiración y alivio. También recordó algo más que había dicho Puyi: "Dios es más poderoso que todos los cocodrilos y que todas las maldiciones del mundo".

Se acercaba la noche. El sol se puso en un horizonte cubierto de nubes negras, y el maestro aún seguía sentado al lado del joven Sawa. Prestaba atención a su respiración, en tanto que sostenía su mano sana y observaba a menudo la que estaba herida; pero no fluía sangre a través de la venda.

Pasaron las horas, y Puyi parecía descansar. Naila pensó que había dormido un poco, sentado allí en el piso de bambú. Finalmente, su madre la llamó y Naila fue a acostarse sobre su estera. Todo marchaba bien. Dios había venido a la aldea de Ladaj. "Estoy seguro, siempre seguro".

En cierto momento de la noche, Naila se desper-

tó. La habían inquietado las pesadas gotas de lluvia que golpeaban contra el techo. Debajo de la gran casa ladraba un perro. Afuera, el viento gemía, y en sus oídos ascendía y bramaba el oleaje del río revuelto.

“¿Cómo volverían los jefes a sus hogares ahora?”, se preguntaba. Tendrían que quedarse algunos días, ¡y cuánto arroz se necesitaría para alimentar a tantas visitas! Entonces, Naila recordó a Puyi, el maestro. ¿Estaría sentado afuera aún, en el piso de la galería y junto al jefe herido? Se levantó de un salto y corrió a ver.

Un viento impetuoso arrojaba cortinas de agua sobre la galería externa. Alguien había arrastrado a los visitantes alcoholizados hasta el resguardo de la galería interior o hasta las habitaciones de la gran casa. El joven jefe Sawa dormía precisamente en la misma habitación de la familia de Naila. Puyi, el maestro, no estaba allí.

Entonces, Naila se dio cuenta de que estaba amaneciendo. La gran tormenta había dado un tinte oscuro a todas las casas. Corrió hacia el interior, y vio que su madre estaba haciendo fuego en el horno de barro que se hallaba en un extremo de la habitación.

–Oh, mamá, ¿se fue el maestro? –preguntó.

–Sí, hija. Se fue hace unos momentos.

Naila se quedó de pie en la puerta de su habitación, observando el río enfurecido. Restos de embarcaciones y objetos flotantes se agitaban y

danzaban en el agua barrosa. Árboles caídos cabalgaban sobre la superficie de la corriente, chocaban y se confundían uno con otro en los remolinos, como gigantes en batalla por la supremacía de la creciente.

—¿Cómo pudo irse, mamá? Nadie podría ir a ningún lado con el río en estas condiciones.

—Él se fue. Dijo que un hombre enfermo lo necesitaba en la aldea de Sidang, y que él no tenía miedo —respondió la madre.

“No”, se dijo Naila a sí misma. “Puyi no tenía miedo de nada”. No temía a cocodrilo ni a la maldición de la joven *kayán*, ni a la tormenta ni al río crecido. Y no había tenido miedo de volver a la aldea de Ladaj cuando lo llamaron los “tambores de Dios”, a pesar de que Malik lo había echado y le había ordenado que no regresara jamás.

A despecho del día nublado, de la abundante lluvia y del río rugiente, Naila sentía bullir de gozo su corazón, y conocía el motivo: las palabras del canto de Puyi estaban cobrando realidad para ella también.

“Dios está conmigo en todas partes; estoy seguro, siempre seguro”.

A medida que transcurría la mañana, algunos de los grandes hombres de las aldeas vecinas se despabilaron lo suficiente como para notar que el río había crecido y decidir que pasarían el resto del día descansando. Masticaron sus bocados de nuez de betel, y comieron el arroz preparado por las mujeres.

El jefe Ladaj se repuso bastante como para echar

a su alrededor una lánguida mirada, y lo primero que vio fue la venda muy blanca que cubría la muñeca del joven jefe Sawa.

–¿Qué es esto? –preguntó a los demás hombres acucillados bajo el reparo de la galería interior–. ¿Qué sucedió? ¿Quién hirió a Sawa?

Nadie podía responder. El Jefe tomó a Malik y lo sacudió. El hechicero despertó furioso. Se sentó, miró a Ladaj, luego a la tormenta, y entonces a los dignatarios de miserable apariencia que estaban sentados mascando nuez de betel.

–¿Quién me sacudió? –gruñó, mirando ceñudo a todos.

–Yo te sacudí. Mira eso, y dinos qué significa –dijo el jefe Ladaj señalando la venda blanca que cubría la muñeca de Sawa.

Malik se arrastró hasta el lugar donde Sawa se hallaba durmiendo aún, y se arrodilló a su lado. Levantó la mano vendada del joven jefe, que dio un brinco con un alarido de furia. Con su mano sana dio a Malik un golpe tan violento, que este cayó sobre el piso de la galería. Sawa miró su mano y su muñeca, y comenzó a quejarse y a balancearse de adelante hacia atrás presa de gran angustia.

–Dinos qué te ha ocurrido –le dijo el jefe Ladaj–. ¿Cómo te has herido?

Sawa no podía contarles nada, no recordaba nada. Ninguno de los jefes ni de los hombres principales de las aldeas podía recordar nada de lo sucedido desde el día anterior. Finalmente, Ladaj

llamó a su esposa y a los hombres que había destacado como "policías". También ellos habían estado descansando, pues la obligación de dominar a un grupo tal de hombres embriagados había sido difícil y cansadora.

–Dígannos qué significa esto –inquirió Ladaj.

Los interrogados contaron al jefe de qué modo se había quebrado Sawa la mano y cómo se había herido de tal manera. Señalaron el lugar en el que estaba roto el piso, junto al gran poste que sostenía el techo. Describieron la grave herida, y mostraron al Jefe las manchas de sangre que había aún en algunos sitios.

–¿Quién de ustedes envolvió su muñeca herida y la entablilló de este modo con bambú? –preguntó Ladaj.

Entonces, su esposa tomó la palabra.

–Fue Puyi, el maestro, que estuvo aquí el otro día; aquél a quien Malik echó –dijo mirando severamente al hechicero–. Llegó inmediatamente después de que Sawa se hubo herido. Lo llamaron los tambores de su Dios, y él supo que alguien estaba lastimado en esta aldea.

Naila notó que el rostro del brujo volvía a la vida lleno de ira. Malik ahora estaba completamente despierto, y la cólera le hacía temblar la voz.

–¡Cómo se atrevió ese maestro a regresar aquí y hacer su magia en esta aldea!

Nuevamente se dirigió hacia el sitio en el que Sawa estaba sentado quejándose, y trató de aferrar

su mano herida. Pero Sawa gritó y luchó con tanta fuerza, que Malik no pudo hacer nada. Entonces, trató de persuadirlo con sus palabras.

–Esta es una magia peligrosa –argumentó al joven jefe–. Serás maldito por cada uno de los malos espíritus de este río si permites que ese trapo blanco permanezca alrededor de tu brazo. Deja que te lo quite.

–¡No, no, no! –exclamó Sawa poniéndose de pie y castigando nuevamente a Malik, hasta que el hechicero entró en su habitación cerrando la puerta de un golpe.

El día comenzó a declinar temprano, pues aún seguía lloviendo. El arroyo había crecido, y sus aguas cubrían los bancos bajos y los barrancos de sus costas. La superficie de la corriente subía y bajaba con la avenida de las aguas; grandes árboles y trozos de edificación pasaban dando vueltas juntamente con canoas estropeadas, arrancadas de sus amarras en el embarcadero de alguna aldea situada río arriba.

Nadie deseaba regresar a su hogar esa noche; nadie esperaba tampoco que las visitas se aventuraran a salir con semejante tiempo. Hasta Sawa, que vivía en la ribera opuesta del río, casi frente a la aldea de Ladaj, miraba las aguas revueltas y meneaba la cabeza, nada dispuesto a arriesgarse. Esa noche, todos se quedaron a dormir en la gran casa.

Naila se preguntaba si el cocodrilo blanco habría

vuelto o no al arroyo; pero, cuando se dirigió a ver, la tormenta se descargó con tal furia que no pudo ver nada con claridad, excepto las aguas crecidas y la cortina de lluvia.

Cuando su madre la llamó para que fuera a dormir, Naila le preguntó:

—¿Qué te parece que hará ahora Malik? Estaba muy enojado.

—Sí. Odia a ese maestro, y no alcanzo a vislumbrar el motivo; porque, si él no hubiera venido, Sawa podría haber muerto desangrado y toda la culpa habría recaído sobre nosotros —fue la respuesta de la madre.

Llegada la mañana, dejó de llover. La brillante luz del sol se derramaba, generosa, sobre el río que, revuelto aún, pasaba rugiendo por las aldeas y arrancaba con su fuerza absorbente todo lo que a su paso había suelto en las riberas. Sin embargo, el día estaba despejado y agradable, por lo que los jefes y los guerreros se fueron yendo uno por uno. En su viaje, se mantenían pegados a las orillas para sacar provecho de toda contracorriente, y seguían cuidadosamente su rumbo. Los habitantes de la gran casa de Ladaj permanecieron en su elevada galería contemplando la partida con cierto alivio, pues los depósitos de arroz de la aldea se habían desabastecido considerablemente los dos días anteriores.

El último en partir fue el jefe Sawa. Puesto que para llegar a su casa no podía deslizarse pegado a

la ribera del río sino que debía cruzarlo en toda su amplitud, se quedó esperando hasta que las aguas comenzaron a bajar. Algunos de los hombres importantes de su aldea condujeron su bote. Sawa todavía sostenía cuidadosamente su mano. No la iba a palpar ni permitiría que lo hiciera otro. No le había dirigido a Ladaj ninguna palabra agradable. Prestó atención a todo lo que se había dicho de él, pero sin decir nada. Continuó observando su mano y su muñeca heridas, como si no pudiera creer que ese miembro vendado, entablillado y doloroso le perteneciera.

Los hombres de la aldea de Ladaj y algunas de las mujeres se hallaban en el embarcadero de troncos viendo irse a Sawa y a sus hombres. Naila podía percibir el disgusto que afectaba a toda la compañía. Miró el río agitado. El rápido crepúsculo oscureció el ya nublado cielo, que indicaba el avance de otra tormenta. En la superficie de las ondulantes aguas, Naila vio algo: una gigantesca forma del espíritu cocodrilo!; esa criatura que todos ellos esperaban que hubiera desaparecido para siempre. Ahora se acercaba a plena vista de todos. Se deslizó por el arroyo crecido y allí se quedó, como si estuviera contento de hallarse nuevamente en casa.

Todos los aldeanos reunidos en el embarcadero de Ladaj exhalaban un gran suspiro.

—¡Ya ven! —exclamó Malik en voz alta e iracunda—; ya ven, todas nuestras fiestas, todas nuestras

ofrendas y toda nuestra magia acaban en nada debido a la hechicería que ese maestro trae a nuestra aldea.

Todos treparon lentamente hasta la gran casa por la escalera de troncos, desanimados y silenciosos. Y comenzó a llover otra vez.

La lluvia dejó de caer solo al atardecer del día siguiente, y el sol volvió a iluminar el poderoso río que ahora se hallaba en plena creciente. Varios aldeanos se dirigieron al embarcadero, para comprobar si sus botes estaban amarrados firmemente. Naila estaba apoyada en la baranda de la galería, y vio el tronco al mismo tiempo que ellos.

Se trataba de un enorme árbol caído y llevado por la corriente, con sus retorcidas raíces al aire. El tronco fue arrastrado por un enorme remolino que se formó precisamente frente al embarcadero de Ladaj. Ese remolino existía aun cuando las aguas estuvieran bajas, pero en épocas de creciente se convertía en una vorágine de fuerza arrolladora.

Todos los troncos del embarcadero flotante de Ladaj habían sido atrapados por el *ulock* (así denominan los *dayaks* al remolino), y giraban bastante cerca de la orilla como para que los hombres pudieran enlazarlos y arrastrarlos hasta allí. Pero, para emprender la lucha contra el gran tronco que flotaba en el río inundado, hacía falta los mejores cerebros y todas las fuerzas de la población entera. Si se dejaba que el tronco continuara girando, podría acercarse más y más, y romper las amarras del

embarcadero.

Por otra parte, una vez apresado y dominado, ese enorme tronco constituiría una valiosa adición al embarcadero. Había buenas razones para que todos los hombres de Ladaj se precipitaran hacia sus botes y abordaran la presa flotante.

Los hombres ascendieron de prisa la escalera y descendieron trayendo los remos que guardaban en las habitaciones interiores. Corrieron hasta sus botes en tanto que las mujeres bajaban hasta el embarcadero con pértigas en sus manos.

Cuando el tronco giraba peligrosamente cerca del embarcadero, las mujeres lo empujaban con sus varas y lo enviaban al centro del remolino. Naila bajó con su propia vara, contenta de poder hacer su parte junto con las mujeres mayores a fin de proteger el embarcadero, hasta que los hombres pudieran dominar ese tronco gigante.

La excitación iba en aumento. El tronco, contrariamente a toda razón, desafiaba los esfuerzos que se hacían para enlazarlo y arrastrarlo hacia la costa. Toda vez que parecía que los hombres de Ladaj habían conseguido dominarlo, se desprendía de ellos y continuaba dando vueltas en majestuoso viaje. Por fin pareció girar hacia el medio de la corriente. Pocos minutos más, y estaría demasiado lejos como para poder enlazarlo.

En ese momento, Ladaj llamó a Naila.

–Ven, hija. Te necesito.

Ladaj condujo su bote hasta el embarcadero para

UN HERIDO EN LA FIESTA

que Naila pudiera subir y sentarse a su lado. Con pocos y rápidos golpes de remo alcanzó el tronco. Colocando la canoa a lo largo de éste, indicó a Naila que saltara sobre él y que amarrara una cuerda bien resistente a las ásperas raíces.

Naila obró según lo que se le había ordenado, pero al saltar sobre el tronco, éste perdió su escaso equilibrio, se tumbó y se dio vuelta en un instante. Naila se aferró de la raíz más cercana y desapareció bajo el agua.

Bajo el peso de la fatalidad

Cuando el tronco se dio vuelta y Naila desapareció debajo del agua, Ladaj, el jefe, quedó esperando completamente confiado. Ni la creciente ni la correntada podían aturdir a un *dayak* que se hallara en medio del río. Podían constituir un peligro para los botes, pero nunca para la gente, cuando el embarcadero estaba tan cercano y el agua llena de canoas.⁴

A cada instante, el Jefe esperaba ver aparecer a su hija en la superficie del río. Se apartó del tronco y miró, ampliando continuamente su campo de observación, pues la corriente, en su rápida marcha, lo estaba llevando río abajo.

Entonces volvió la espalda al árbol, abandonó su canoa y se zambulló en el río. El gran tronco se balanceó en la corriente enfurecida y desapareció tras la curva situada debajo de la gran casa de Ladaj.

Después de algunos minutos angustiosos, Ladaj elevó un gran clamor. Nadó hacia un lado y hacia otro con desesperación frenética, pero toda su búsqueda resultó infructuosa. Estaba cerrando la noche y no había luna. Todos los hombres más fuertes de la aldea se arrojaron al agua a la vez que las mujeres dejaban oír sus lamentos en el embarcadero. La madre de Naila saltó a su propia canoa y llamó a su hija con gritos desgarradores, mientras remaba hacia uno y otro lado en la densa oscuridad.

Todo fue en vano. Uno por uno fueron regresando al embarcadero. Hubo quienes lograron capturar la canoa del Jefe y llevarla hasta la orilla, pero nadie encontró a Naila.

Las tinieblas se habían asentado en el embarcadero. Las mujeres subieron la escalera de troncos seguidas por los hombres, y todos entraron en la Casa Grande. Ladaj, el jefe, fue el último en subir. Permaneció durante largo rato sobre el oscilante embarcadero contemplando el remolino formado en la crecida corriente.

Parecía imposible que Naila pudiera haber sido arrastrada por la avenida de las aguas torrentosas. Seguramente el cocodrilo blanco debía de haber estado observando y esperando por allí, y se la había llevado. Cuanto más pensaba en ello, tanto más se convencía. El espíritu de la joven *kayán* se había vengado... del modo más cruel.

Sintiéndose dolorosamente miserable, el jefe Ladaj ascendió la escalera y entró en la casa. Toda

su gente se había reunido en la galería abierta. Las mujeres trajeron lámparas de aceite que colocaron sobre el piso. Los hombres se sentaron de la manera en que acostumbraban a hacerlo cuando se reunían para comentar todos los acontecimientos, tanto buenos como malos. Comenzaron a conversar mientras las mujeres lloraban quedamente tras de ellos.

–Ya lo ven –empezó Malik–, es precisamente así como les he dicho. Ha regresado el espíritu de la joven *kayán* y se ha devorado a la hija del Jefe.

–No es posible que se haya ahogado –intervino uno de los aldeanos–. Naila sabía nadar como un pez y su padre estaba junto a ella.

–Este puede ser nuestro castigo por haber permitido que viniera Puyi, ese maestro, e hiciera sus encantamientos en nuestra aldea. No debemos olvidar eso –arriesgó otro hombre.

–Puyi, el maestro, vino el día de la fiesta, como ustedes recuerdan. Él fue quien preparó el remedio para la herida de Sawa; él nos libró de un gran bochorno, y quizá de muchos problemas –gimió Ladaj.

–Supongo que desearás que ese maestro vuelva para decirnos qué debemos hacer para quitarle tu hija al cocodrilo –dijo Malik lanzando sobre el Jefe una mirada fulminante.

–Sí; exactamente eso es lo que estoy pensando –respondió el jefe Ladaj–. Mañana por la mañana, dos de ustedes remontarán el río en una canoa

hasta la aldea de Sidang, y traerán consigo a Puyi. Él no podrá sacar a mi hija de la boca del cocodrilo, pero quizá pueda decirnos qué hemos de hacer con ese animal.

Ladaj prestó atención al angustioso lamento que provenía de su habitación y sintió su propio corazón transido de dolor.

Esa noche, nadie durmió en la aldea. El estrépito de los tambores y de los *gongs* ensordecía a todos; y entre cada golpe se esparcían por el aire caliente y húmedo los lamentos de los aldeanos.

Una mujer corría desde un extremo hasta el otro de la gran casa como si hubiera perdido el juicio. Su cabello se agitaba a sus espaldas, y con cada brinco profería un lamento totalmente desproporcionado con su estatura y su edad. Se trataba de la anciana madre de Malik, dirigente de los lamentos y princesa del llanto. La gente enviaba a buscarla en toda ocasión aflictiva acaecida en las aldeas del río, pues la naturaleza la había dotado de la capacidad de gemir y chillar como ninguna otra persona de los alrededores. Ninguna procesión fúnebre que se dirigiera río arriba dejaba de contar con su presencia. Se sentaba siempre en la canoa que presidía la procesión, y el eco de las riberas del río magnificaba sus gritos aterradores.

Ahora, en el frenesí de la ira y del dolor, gritaba al río, a las montañas y al cielo que Naila, la hija del Jefe, había muerto llevada por los espíritus del río.

Ladaj, el jefe, no pudo descansar ni consolar a su

esposa. La pobre mujer se mesaba los cabellos, y se balanceaba hacia atrás y adelante, abandonada a su desenfundada y terrible aflicción. La débil lámpara de aceite esparcía su pobre luz en la habitación interior de la gran casa. Ladaj echó una mirada sobre la estera en la cual Naila, su hija, había dormido durante toda su vida. Ahora estaba vacía. Afuera, el río corría rugiendo en medio de las tinieblas.

Pensó en la gran fiesta de los espíritus y recordó cuán bella había estado Naila, adornada con todas las joyas de su madre, mientras servía vino a los jefes.

Pensó en todo el tiempo que habían dedicado para preparar la fiesta, en todo el trabajo que les había costado y la cantidad de arroz que les había insumido... y, sin embargo, ino había sido suficiente! Los espíritus todavía seguían airados. En toda su vida, el jefe Ladaj jamás se había sentido tan impotente.

Sí, no le quedaba otro recurso que ir a buscar a Puyi. Debía enviar a dos de sus hombres bien temprano a la mañana siguiente para que lo trajeran. Malik se opondría, pero él no era el jefe. Él, Ladaj, tenía el poder en sus manos.

Precisamente antes del amanecer cesaron los lamentos y los tambores quedaron acallados. Ladaj durmió durante un corto período. Pero ya estaba en pie con los primeros rayos del sol y se dirigía a la orilla del río. Durante la noche había caído una llu-

via suave, pero el río igualmente estaba volviendo a su nivel normal. Los grandes troncos ya no luchaban por hallar lugar en su cauce y el agua ya no estaba tan barrosa. Nadie más se había levantado. El dolor, la aflicción y los furiosos lamentos habían dejado exhaustos a todos.

Mientras observaba el río, Ladaj trazó un plan. Él mismo iría y traería a Puyi, el maestro.

¿Por qué no? Después de todo, ¿quién tenía mayores derechos de hacerlo que él?

Sin esperar más y sin decir una palabra a nadie, desató su canoa y comenzó a remontar la corriente. La lucha contra las rápidas aguas le resultó beneficiosa. Pronto comprendió que debía estar atento al remo, si es que quería dominar su dolor y los problemas que afectaban a su aldea.

Por eso, cuando la mañana se insinuaba tras las montañas, Ladaj ya estaba remando furiosamente en dirección de la aldea de Sidang. Cuando llegó al embarcadero de troncos situado debajo de la gran casa donde ahora residía Puyi, vio que todos sus habitantes estaban en movimiento, listos para iniciar las tareas del día. Pero entonces sucedió algo extraño: el cacareo de las gallinas, los ladridos de los perros y las disputas de los niños se apaciguaron. En lugar de todo ese bullicio, llegó a sus oídos la melodía de un canto.

Sin esperar, Ladaj amarró su bote al embarcadero y subió corriendo la escalera de troncos hasta que su cabeza llegó al nivel del piso y pudo mirar hacia la galería interior de la gran casa. Allí, bajo el

abrigo del amplio alero, se habían reunido todos los aldeanos y cantaban un hermoso canto. Puyi estaba de pie frente a ellos, y agitaba sus brazos mientras los dirigía en el canto con su voz clara y dulce, y con una sonrisa en sus labios. Todos los que estaban sentados parecían felices.

El jefe Ladaj se detuvo por unos instantes, mientras observaba y escuchaba. Luego entró en la galería. Puyi se volvió y lo vio. Inmediatamente cesó el canto. El maestro se acercó para recibirlo.

—Entra, entra. Sabemos qué es lo que te trae por aquí. Hemos oído los tambores de tu aldea y estamos listos para ir hacia allá.

Ladaj se sentó entonces en el círculo y refirió de qué manera su hija había sido llevada por el cocodrilo espíritu, el cocodrilo blanco en el cual habitaba el vengativo espíritu de la joven *kayán*, esperando castigar a quienes la habían maltratado.

La gente de la aldea de Sidang se compadeció de Ladaj, pues también ellos habían perdido algunos familiares, devorados por cocodrilos en años anteriores. Sabían de su sufrimiento. Las mujeres se lamentaban, y los hombres se reunieron a su alrededor dirigiéndole palabras compasivas. Puyi entró en su habitación, y salió trayendo su remo corto y un paquete con sus escasas pertenencias.

—Estoy listo —dijo—. ¡Salgamos!

—¿Viajaré en mi bote? —le preguntó a Ladaj en el embarcadero.

—No, entra en el mío —dijo el Jefe—. Deseo con-

versar contigo, y quiero que te quedes algunos días con nosotros. Ya nos encargaremos de traerte de regreso a la aldea de Sidang.

Tanto Puyi como Ladaj remaban furiosamente, de modo que el bote se deslizaba por el agua con pasmosa velocidad.

Ninguno de los dos habló mucho. Ambos estaban demasiado ocupados en la conducción del bote a través de la rápida corriente. Solo cuando llegaron al embarcadero de Ladaj y comenzaron a amarrar la canoa fue que Puyi preguntó:

–¿Qué piensa Malik en cuanto a la desaparición de Naila?

–Oh, piensa que fue obra del cocodrilo blanco. Todos nosotros también creemos que es así. Malik cree que ese cocodrilo estaba siguiendo a Naila desde la primera vez en que llegó a nuestro arroyo.

–¿Y sigue viniendo todavía? –preguntó Puyi.

–No; y eso también es extraño. Acostumbraba venir todas las noches. Pero desde que planeamos la fiesta, no lo hemos vuelto a ver con tanta frecuencia.

–Ese es un detalle extraño –coincidió Puyi–. ¿No tienes idea del lugar en que ese cocodrilo tiene su guarida?

–El Gigante Blanco no debe de tener guarida. Los cocodrilos comunes del río tienen bajo el agua la entrada de sus escondrijos; quizá sean cavernas profundas que se hallan bajo las riberas del río. ¿Quién lo sabe? Malik afirma que el espíritu cocodri-

lo no debe de guarecerse en ninguna parte. ¿Cómo podría tener una guarida?

–Bueno –dijo Puyi mientras se rascaba la cabeza–, si el gran cocodrilo blanco se llevó a la niña, debe tenerla en alguna parte. ¿Desde qué punto venía el cocodrilo cuando nadaba hasta el arroyo de ustedes? Tú debes de haberlo notado.

–Siempre venía desde río abajo, y cuando abandonaba nuestro arroyo se dirigía río arriba. Pero, ¿quién sabe qué costumbres tenga un cocodrilo espíritu? Tal vez haya estado tratando de engañarnos.

Los guerreros de Sidang, que habían seguido a los dos hombres río abajo, también amarraron sus canoas al embarcadero. Todos juntos subieron hasta la galería de la gran casa, donde la gente de Ladaj se había reunido hablando animadamente. Cuando llegaron el Jefe y Puyi, Malik detuvo bruscamente las palabras que estaba vociferando airadamente, y dirigió una feroz mirada al maestro. Se sentó y rehusó decir una sola palabra más, como si estuviera cavilando en algún gran mal.

–Estamos planeando dar muerte al cocodrilo blanco –explicó uno de los aldeanos; pero Ladaj lo interrumpió.

–Todos ustedes saben que los cocodrilos siempre sacan a su víctima después de tres o cuatro días, y golpean el cuerpo contra un duro banco de arena. Después de eso, se comen la carne –razonó, mientras se estremecía al percibir una horrible molestia

que le retorció el estómago.

Aún estaban hablando, cuando se oyó un clamor que provenía del río. Botes llenos de guerreros se acercaban desde ambos extremos del río. Habían oído el mensaje de los tambores y venían para luchar contra el cocodrilo asesino.

La galería de la gran casa de Ladaj muy pronto se atestó de hombres impetuosos que aullaban, impacientes, por salir de caza. No sirvió para nada hacerles notar que el cocodrilo culpable no podría ser descubierto durante tres o cuatro días. Ladaj no pudo detenerlos. Toda esa energía salvaje debía ser rápidamente encauzada, pues de otro modo podía estallar en una pelea y ocasionar serios problemas.

-Vayan todos -ordenó el Jefe sobreponiéndose a su dolor-. Dispérsense y busquen al cocodrilo blanco. Pero no deben atacarlo enseguida; deben tratar de descubrir hacia dónde se dirige, así podrán saber en qué banco de arena deben esperarlo.

Con furiosos alaridos, los guerreros se lanzaron hacia la escalera de troncos, saltaron en sus canoas y se esparcieron por todas direcciones chillando, maldiciendo y remando como si los siguieran todos los demonios del río Tatau.

Malik entró en su habitación y cerró la puerta. El jefe Ladaj y Puyi se sentaron solos en la ahora silenciosa galería. El sol casi estaba en el cenit.

-Háblame más de la magia de tu Dios -pidió Ladaj.

Puyi le contó nuevamente acerca del gran poder de

Dios y de su gran amor. Finalmente, el Jefe le pidió que cantara aquel himno que finalizaba diciendo:

“Dios está conmigo en todas partes; estoy seguro, siempre seguro”.

—A mi hija le gustaba ese canto —recordó tristemente el jefe—. Después de tu primera visita a nuestra aldea, Naila volvió a repetirlo varias veces. ¿Qué significa?

—Significa que Dios siempre está a nuestro lado y que nunca debemos tener temor.

—¿Te parece que no hay motivo para temer, cuando un cocodrilo se apodera de una niña? —preguntó Ladaj.

—La vida que vivimos aquí y ahora debe acabar en algún momento, ¿no es verdad? —reflexionó el maestro dirigiendo al Jefe una mirada bondadosa.

—Sí, es cierto —admitió Ladaj.

—Pero tenemos otra vida; una vida que nos da Dios y que nada puede arrebatárnosla. Esa vida es la más importante. Todos los que aman a Dios y creen en él, tendrán esa vida que no tiene fin. Todo lo que nos sucede se debe a que Dios lo permite. Nuestras vidas están seguras en sus manos.

—Ven —le dijo el Jefe poniéndose de pie—. Ven, deseo que le expliques a la madre de Naila todo lo que me has dicho a mí.

Sin decir nada más, Ladaj condujo a Puyi hasta su habitación de la Casa Grande. Así transcurrió el día, entre lamentos y consuelos. Cuando comenzó a soplar una fresca y reconfortante brisa, el jefe Ladaj colocó una de sus manos sobre el hombro del maestro,

y dijo:

–Hay consuelo en mi corazón. ¡La magia de Dios es buena!

Ya cercana la noche, todos los guerreros regresaron a la aldea de Ladaj. Habían visto a muchos cocodrilos que tomaban sol en las orillas del río con sus bocas bien abiertas, en tanto que ciertas aves entraban en sus fauces cavernosas para librarlos de insectos y pequeños crustáceos adheridos a las mucosas. Sí, habían visto docenas de cocodrilos... pero no al monstruo blanco.

Todos esos hombres estaban cansados, y dispuestos a sentarse con el fin de prestar atención a las palabras de Puyi.

–Gente de la aldea de Ladaj y ustedes, hombres de las grandes casas del río, les traigo un mensaje del Dios que hizo todas las cosas. Del Dios que también hizo los cocodrilos y que puede dirigirlos para que hagan aquello que él desea. Ese Dios puede evitar que los cocodrilos hagan aquello que no deben hacer.

Malik salió de su habitación y ocupó su sitio en el círculo. Su lapidaria mirada se fijó en el maestro, luego en el jefe Ladaj y finalmente en los integrantes del círculo; pero a pesar de ello, no pronunció palabra.

–Así como ustedes, yo también creo que el cocodrilo blanco se llevó a la hija del Jefe –siguió diciendo Puyi–. Debemos seguir la búsqueda hasta que lo encontremos. ¡Debemos acabar con ese asesino! Y

si se ha comido a la niña, también llegaremos a saberlo.

El Jefe sabía que Puyi estaba diciendo la verdad, pues toda vez que los *dayaks* habían matado un cocodrilo que había devorado a algún ser humano, hallaron brazaletes, aros de metal o collares en el estómago del saurio. En cierta oportunidad, hasta encontraron un trozo de pesada cadena.

—No teman, amigos míos —animó Puyi—. El Dios que nos creó permite que perdamos a nuestros amados, pero también tiene poder para llenar nuestro corazón de consuelo. Si creemos en él, tendremos paz.

Todos los hombres que estaban sentados en círculo permanecieron callados. El Jefe había apoyado la cabeza en sus manos.

En ese momento, a todos los que estaban en la galería les llamó la atención el suave rumor de un chapoteo que provenía del río. Malik saltó sobre sus pies y corrió hasta la baranda de la galería.

—¡Miren! —señaló—. El cocodrilo blanco ha vuelto a nuestro arroyo esta tarde, y ahora regresa nuevamente al río. ¡Mientras ustedes han estado sentados como tontos atendiendo la melosa charla de este maestro, el cocodrilo ha escapado!

Entonces, todos se levantaron y corrieron para ver. Notaron la forma enorme del Gigante Blanco que surcaba las olas, río abajo, más allá de la aldea.

El árbol de los espíritus de fuego

El tronco, desequilibrado por el peso de Naila, hundió sus raíces en el agua. La jovencita, que se había tomado de ellas, comprendió instantáneamente que debía librarse de su apoyo para poder llegar a la superficie. Pero la rápida corriente le había soltado los cabellos, y estos, al enredarse en las raíces, hicieron la lucha tan difícil, que Naila, durante unos pocos y desesperados segundos, casi cedió al terror.

Luchó por librarse de la masa de raíces, y tiró hacia un lado y otro. Al hacerlo, se arrancó algunos mechones. Se abrazó al áspero tronco. Poniendo en juego cada músculo y todo el conocimiento que tenía acerca del agua, finalmente logró librarse y mantener la cabeza sobre la superficie. Aspiró el aire a pleno pulmón mientras permanecía aferrada aún al

tronco. Cuando se recobró un poco, se afirmó en la parte superior del árbol flotante.

Se estaba acercando la noche, y Naila vio que ya había doblado la curva del río más inmediata a su aldea. No había ninguna canoa a la vista. A sus oídos llegaba el rumor del río, pero no se percibía ninguna voz, ningún sonido que denunciara la presencia de seres humanos. Naila comprendió que debía mantenerse aferrada al tronco si no quería ser arrastrada por la crecida corriente. Luchó y se esforzó, hasta que pudo echarse atravesada sobre el tronco y descansar en esa posición durante unos momentos.

El tronco todavía flotaba cerca de la costa, pero las aguas lo arrastraban con tanta rapidez y tanta violencia, que era vano todo esfuerzo para dominarlo. Naila pensó zambullirse y nadar hacia la orilla. Era una nadadora excelente y no temía al agua, pero las tinieblas ya habían bajado sobre el río y le impedían distinguir si la ribera era un acantilado o una masa de suaves helechos. En ninguno de los dos casos se podría llegar a tierra. Por lo tanto, al no estar segura de poder afirmar sus pies en la costa, no se atrevió a abandonar el tronco, el que seguía avanzando en medio de la oscuridad.

En esa zona del río Tatau crece un árbol que florece durante la estación lluviosa. Sus flores son pequeñas, apenas un puntito insignificante, y casi no se las puede distinguir a unos pocos pasos de distancia. Sin embargo, esos capullitos atraen a las

EL ÁRBOL DE LOS ESPÍRITUS DE FUEGO

luciérnagas que abundan en dicha región. Cuando la noche desciende sobre la selva, esos árboles destellan con millones de lucecitas titilantes.

Naila conocía esos árboles luminosos; los había visto a menudo cuando cruzaba el río en la canoa de su padre. Como todos los *dayaks*, los temía terriblemente porque atraían incontable número de minúsculos espíritus de fuego.

El tronco flotante, con su única pasajera, ya había doblado tres curvas del río. Naila levantó la vista y vio uno de esos árboles luminosos, cuyas ramas pendían sobre las aguas. Las luces danzantes brillaban débilmente en la oscuridad. Calculó la distancia y observó la dirección que llevaba su tronco; se dio cuenta de que pasaría precisamente debajo de aquel árbol. Su corazón latió desordenadamente. ¿Se atrevería a tocar ese árbol habitado por espíritus? Solo le quedaba un instante para decidirse.

El enorme tronco llegó hasta las brillantes ramas, y arrancó algunos vástagos y varias ramitas; luego, siguió río abajo, pero Naila ya no se encontraba sobre él. Tomándose de las ramas más delgadas, que se hundieron en la crecida corriente, trepó como lo hacen los monos y se acomodó en una bifurcación del tronco. Su presencia causó gran inquietud a los pequeños espíritus de fuego, pero Naila no les hizo caso.

–¡Estoy a salvo, a salvo! –exclamó en alta voz, e inmediatamente le pareció que las palabras del canto de Puyi le llegaban en medio de la oscuridad:

“Dios está conmigo en todas partes, estoy seguro, siempre seguro”.

Con ese sentimiento en mente, se apoyó en las ramas y descansó mientras el río seguía rugiendo debajo de ella.

Mientras reposaba, su mente reconstruyó las escenas de la fiesta. Pensó en la mano herida de Sawa y en la inesperada visita de Puyi. En esa ocasión, el maestro declaró que había ido a la aldea llamado por “los tambores de Dios”. Un nuevo pensamiento conmovió entonces a la niña. En tal caso, ese Dios debía hallarse en todas partes y estar enterado de todas las cosas. ¡Nadie podía huir de su presencia!

Comenzó a lloviznar suavemente. No hacía frío, pero de todas maneras aquel lugar no era cómodo. Durante toda esa larga y húmeda noche, dio vueltas y más vueltas tratando de hallar una posición adecuada para poder descansar. La mañana, gris aún, la encontró pegada a las ramas del árbol de los espíritus de fuego. Poco después dejó de llover, y salió un sol resplandeciente y hermoso sobre la selva mojada, y sobre el furibundo río.

Naila pensó que, indudablemente, alguien iba a venir y la hallaría allí. Miró a su alrededor y vio que ese lugar le resultaba conocido. Cerca de la orilla, había una meseta alta que no pudieron cubrir las aguas de la inundación. La reconoció como el claro, ahora abandonado, en el que Malik, el brujo, había sembrado arroz en la estación anterior. En aquella

EL ÁRBOL DE LOS ESPÍRITUS DE FUEGO

ocasión, la cosecha se presentaba muy buena, pero, precisamente antes de dedicarse a recogerla, Malik había recibido dos malos augurios en un solo día: un ave de mal agüero se le había cruzado en el camino que conducía hacia la plantación y una serpiente manchada se había deslizado por la senda delante de él. Ningún *dayak* era capaz de pasar por alto tales advertencias; Naila estaba segura de ello.

También recordó que Malik había pronunciado una maldición sobre ese lugar con el fin de que ninguno de los habitantes del río se atreviera a acercarse a él. Quizás aún estuvieran por allí las ramas y las piedras que eran señal del tabú.

La niña movió sus piernas entumecidas y trató de planear lo que podía hacer en la situación en que se hallaba; seguir sobre el árbol no tenía sentido. Por otra parte, no la dejaba en paz el desanimador pensamiento de que, probablemente, ningún bote se acercaría hasta ese lugar debido a la maldición que Malik había pronunciado sobre él. Todo viajero pasaría junto a la ribera opuesta y nadie podría ver el árbol de los espíritus de fuego desde una distancia tan grande.

Pero también tuvo un pensamiento más consolador. Sabía que cuando un *dayak* tiene una plantación de arroz, siempre construye en un lugar un reparo de bambú y de hojas de palmera, para poder descansar durante las horas calurosas del día y hasta para poder dormir durante las noches, a fin de vigilar su sembrado. Malik también debía de haber

construido una choza por allí. Naila escudriñó desde las ramas, pero no pudo divisar ninguna señal de la choza, sino solo un par de palmeras de cuya médula se extrae el *sagú*, una fécula muy nutritiva. El viento agitaba su follaje denso y húmedo. Sin embargo, sabía que en algún lugar debía de estar la habitación. Se decidió: bajaría del árbol a fin de ir y explorar los alrededores.

El río, todavía crecido, rugía salvajemente debajo de ella. El tronco del árbol se hallaba sumergido en el agua debido a la crecida. No sabía cuán profundo era el brazo de agua que la separaba de tierra firme, ni podía calcular su velocidad, pero debía arriesgarse a cruzarlo. Sujetó firmemente sus cabellos y se deslizó por el inclinado tronco. Se zambulló y nadó sin dificultad hasta alcanzar tierra.

Ahora se hallaba en el límite de un arrozal abandonado. Como había supuesto, se trataba del que Malik había cultivado el año anterior. La densa plantación se había convertido en un matorral, en una masa empapada de tallos oscuros. En diversos sitios vio los brotes de *padi*, de arroz, que nunca habían sido cosechados.

Luego descubrió la choza, o *lankau*, como la llaman los aborígenes. Se hallaba en un claro y a la sombra de las palmas de *sagú*.

—Ahora estoy segura. Hasta tengo casa —se dijo Naila—. Y, si está arruinada, ya sabré cómo repararla.

Muy resuelta y con su espíritu más calmado, se acercó a la cabaña, que estaba fundada sobre ocho

robustas estacas. Las paredes de bambú partido no se hallaban muy dañadas, pero el techo estaba hecho pedazos en el suelo. Naila calculó rápidamente la cantidad de hojas de palma de *sagú* que le harían falta para fabricar un techo nuevo. Teniendo tan cerca aquellas palmeras, no le iba a costar mucho trabajo techar una choza tan pequeña. Había ayudado muchas veces a su madre en la construcción de techos; sabía cómo había que sujetar las hojas a las paredes con trozos de lianas.

—Ahora, lo único que me hace falta es un cuchillo —se dijo—. Y como Malik se fue tan rápido de este lugar, ahuyentado por los malos augurios, es posible que haya dejado alguno por aquí.

Buscó por todas partes. Levantó el techo caído y rastreó los desechos de la choza con sus pies desnudos. Finalmente subió la escalerita de bambú y entró en la cabaña. Allí descubrió el cuchillo. Estaba herrumbrado y tenía la punta quebrada, ipero era un cuchillo! Todos los cuchillos de Malik eran buenos; él mismo los forjaba. Este se hallaba clavado entre la pared de bambú y uno de los postes.

Con el cuchillo de Malik en sus manos, Naila fue asaltada por una intensa nostalgia de su hogar. ¿Qué estarían haciendo sus padres en esos instantes? ¿Qué suposiciones se harían acerca de la suerte corrida por su hija? ¿Procurarían hallarla? Sin duda podían llegar hasta ella en cualquier momento. ¿Y cómo podría indicarles el lugar en el que se encontraba?

–¡Oh, si tan solo tuviera un tambor! –suspiró Naila.

Casi cinco kilómetros de selva virgen la separaban de su aldea. Ningún *dayak* había abierto jamás un paso tan extenso en la espesura; solo abrían cortas sendas que los conducían hasta los huertos situados en las riberas del río. El río era la única ruta que conocían. No acostumbraban internarse en la selva.

“Cuando bajen las aguas, podré situarme en la playa –pensó Naila–. Entonces, quizás, alguien podrá verme. Es la única esperanza que me queda”.

Acarició su cuchillo. Meditó en su valor. Con esa arma, podría vivir varios días en la soledad del claro. Lo hundió en la tierra una y otra vez, para quitarle parte del herrumbre. Era un cuchillo curvado, tan largo como el antebrazo de un hombre. Tenía forma elegante, era bien equilibrado y aún conservaba su filo. Indudablemente, Malik lo había desechado por que tenía la punta rota.

En la choza, Naila encontró también una piedra lisa sobre la cual se podía afilar un cuchillo como ése. Con energía nacida de la esperanza, la joven-cita puso manos a la obra, puliendo, afilando y dando nueva forma al extremo quebrado del arma.

Mientras llegaba a sus oídos el áspero sonido producido por el cuchillo frotado contra la piedra, cedió nuevamente al sentimiento de su afligente soledad. Se puso en pie de un salto y echó a su alrededor una mirada desafiante.

–Si los espíritus buenos me ayudan –exclamó en

EL ÁRBOL DE LOS ESPÍRITUS DE FUEGO

medio de la solitaria floresta-, pediré a mi padre, el gran jefe Ladaj, que les presente ricas ofrendas.

Pero después de formular esa promesa, cuando se sentó nuevamente junto a la piedra de afilar, sintió una extraña debilidad y la convicción de que había hecho algo malo. Una vez más, recordó el canto de Puyi:

“Dios está conmigo en todas partes; estoy seguro, siempre seguro”.

La selva no estaba vacía: Dios estaba allí. Dios estaba en todas partes y debía ser más grande que todos los espíritus. ¿No le había dicho Puyi que Dios era el Autor de todas las cosas? Entonces, no debía dirigirse a los espíritus, sino a Dios. Con el cuchillo afilado entre las manos, Naila alzó sus ojos al cielo lleno de sol, y clamó:

–¡Oh, Dios, tú que estás en todas partes! ¡Yo creo en ti! ¡Te necesito! ¡Enséñame cómo debo mostrarte mi gratitud!

Entonces, le pareció que un velo de protección se tendía entre ella y los peligros de la selva. Se sintió inundada de valor, y comenzó a cortar hojas de palmera cantando el himno que había aprendido de Puyi.

Ahora, el canto de las aves silvestres, el parloteo de los monos y el zumbido de los insectos le parecían más amistosos. Pronto encontró las fibras que le hacían falta para coser las hojas de palmera. Sujetó las hojas y las cosió de modo que la parte más gruesa y dura de las nervaduras formara la

cumbrera del techo, y las hojas dobladas y apretadas una contra la otra, quedaran formando un largo fleco hasta tocar las paredes. Como no encontró lianas, empleó ciertas raíces largas y flexibles con el propósito de ajustar el techo de hojas a las paredes. Sus dedos hábiles habían acabado de techar la mitad de la chocita cuando vio que el sol se estaba poniendo. Entonces, se dio cuenta de que tenía hambre.

Se sentó en la escalerita de la cabaña y pensó qué iba a comer. Sabía que el *sagú* era un alimento nutritivo, pero lo detestaba; ya tendría tiempo de comerlo cuando se le acabaran otras posibilidades. Cerca de la choza crecía un grupo de bananos, pero la fruta aún estaba verde. Solo un elemento le ofrecía esperanza de hallar alimento aceptable: el deteriorado tocón de una palma de areca. Pero el sol ya se estaba poniendo, y Naila se sentía muy cansada y no tenía voluntad para hacer nada más.

En la choza, encontró unas esteras viejas enrolladas. Las más externas estaban húmedas y enmohecidas. Pero la del centro se podía usar. Naila la extendió sobre el piso de la choza, debajo de la parte techada, y se acostó para descansar. Las contingencias de la noche anterior la habían fatigado. No estaba acostumbrada a cubrirse con mantas, por lo tanto no las extrañaba, y los mosquitos no la molestaban. Pronto, se durmió.

Al día siguiente despertó temprano, y su primer pensamiento fue de gratitud porque durante la

noche no había llovido. Se quedó acostada largo rato sobre la estera mientras pensaba en su padre. ¿Qué iba a hacer él en ese nuevo día? ¿Vendría a buscarla? Naila se incorporó movida por un repentino temor. ¿Y si su padre pensaba que se la había llevado el cocodrilo blanco? ¡Entonces, ni siquiera intentaría buscarla! Pero no, ¡por supuesto que no! Su padre buscaría al cocodrilo blanco.

A pesar de todo, este pensamiento desanimador no logró que Naila se olvidara de su estómago. Estaba hambrienta. No había comido nada desde la antevíspera. Desde su *lankau*, vio que entre los árboles, en dirección opuesta al río, destellaba el agua. Se abrió camino entre los matorrales y llegó hasta la orilla de un arroyo. Siguió su curvado lecho hasta que descubrió el punto en que desembocaba en el Tatau formando un ángulo agudo. Trató de recordar el nombre del arroyo, y lo logró. Los *dayaks* lo llamaban Batú, porque en su desembocadura hay una gran cantidad de piedras enormes. Y “*batú*”, en su lengua, significa “piedra”.

A pocos metros de la desembocadura del arroyo, encontró una roca chata, excelente para ser usada como lavadero. Se sumergió en el agua y se frotó la piel con una piedra redonda y áspera. Luego lavó su corta pollerita, tejida a mano, golpeándola y fregándola contra la roca chata. Finalmente, se vistió, a pesar de que su ropa aún estaba mojada. Entonces, para poder observar el río, apartó con sus manos las ramas de los árboles que pendían sobre el agua.

Precisamente en ese momento, entre las raíces de un gran árbol y en el lugar en el cual el arroyo desembocaba en el río, apareció lentamente una figura. ¡Era el cocodrilo blanco! Naila quedó petrificada. Parecía ser parte de la roca sobre la cual estaba de pie. Ni siquiera pestañeó, ni se apartó del apoyo que le brindaban las ramas. Se quedó, expectante, hasta que el cocodrilo penetró en la corriente del Tatau y desapareció de su vista. ¡De modo que el Gigante Blanco vivía allí, en ese arroyo! ¡Y debía de tener su guarida debajo de sus ribe-ras!

Mientras caminaba hasta su choza, Naila pensa-ba. ¿Sería verdad que el espíritu de la joven *kayán* vivía en ese cocodrilo? Una cosa era cierta: la pre-sencia del saurio indicaba que nadie había podido cazarlo todavía, aunque muchos habitantes de su aldea lo debían de estar acechando.

Naila tomó su cuchillo y comenzó a cortar el tocón de la palma de areca. Era un tocón bastante grande. Malik debía de haber sido el que había cor-tado la palmera durante la época de cultivo del año anterior. El tocón estaba completamente podrido, de modo que no le costó voltearlo, y menos aún partirlo a lo largo. Con un grito de alegría, se arro-dilló junto a una de las mitades del tocón y comen-zó a revolver la pulpa descompuesta con sus dedos.

Enseguida extrajo una gran larva amarilla de unos ocho centímetros de largo y muy gruesa para su longitud; este insecto hace las delicias de todo

EL ÁRBOL DE LOS ESPÍRITUS DE FUEGO

dayak. Tragó varios bocados y luego, con gran dominio propio, colocó la larva sobre un trozo de hoja de banano. Aunque tenía mucha hambre, Naila era una jovencita delicada, y no se iba a atracar de alimento.

Siguió desgarrando la pulpa descompuesta del tocón, y muy pronto tuvo sobre la hoja de banano una docena de grandes larvas amarillas. Entonces cubrió con dichas hojas la otra mitad del tocón que aún no había explorado y las sujetó con piedras.

Ascendió la escalerita que conducía a su choza y se sentó en el peldaño más alto. En sus manos tenía el delicioso desayuno que le había proporcionado el tocón de la palmera. Fue comiendo las larvas una a una. Cuando acabó, se dirigió al arroyo Batú para beber un poco de agua fresca.

Un profundo misterio develado

Mientras Naila se procuraba el sustento en el huerto abandonado de Malik y se preguntaba si alguien vendría a rescatarla, en su hogar ocurrían muchas cosas.

En la aldea de Ladaj se hallaba Puyi. Durante dos días, los guerreros de ésta y de otras aldeas del Tatau se habían agotado remando furiosamente en ambas direcciones del río. El jefe Ladaj les había ordenado que vigilaran constantemente todos los bancos de arena existentes en ambos márgenes del río. Pero a Puyi le parecía que los hombres pasaban más tiempo gritando desatinadamente, blandiendo sus lanzas y realizando gestos amenazadores, que vigilando dichos bancos. Eso era lo que en realidad debían hacer si deseaban capturar al astuto cocodrilo.

Pensamientos angustiosos afligían al joven maestro. Se daba cuenta de que todos los pobladores del Tatau consideraban al cocodrilo blanco con temor

supersticioso. Aparentaban tener gran deseo de cazarlo, pero Puyi dudaba de que tuvieran el valor para atacarlo en caso de que lo encontraran. Le temían, porque pensaban que en él habitaba un espíritu.

Puyi creía que Naila había sido atrapada por un cocodrilo, pues el río bullía con la presencia de saurios de todos los tamaños. Estaba convencido de que la jovencita no se había ahogado. Un *dayak* no podía ahogarse, a menos que alguien lo mantuviera sumergido por la fuerza.

Era la tarde del tercer día de la desaparición de Naila. Ni el Jefe ni Puyi habían salido de caza con los guerreros. Ladaj prefirió quedarse, a pesar de que sus hombres estaban seguros de que ese día o el siguiente iban a encontrar al cocodrilo culpable.

–No podría soportar la visión de mi hija entre los dientes del cocodrilo –lamentó Ladaj–. Y tampoco quisiera verla arrojada en algún banco de arena.

Puyi comprendía que el Jefe se había quedado por otra razón más. Vacía de hombres la aldea, el ambiente estaba tranquilo y había tiempo para hablar más de Dios, de su poder y de su gran amor. El Jefe había aceptado la “nueva magia” con una fe casi infantil, y Puyi notaba que tanto él como su esposa estaban más consolados.

El sol había llegado al cenit, y los dos hombres se habían apoyado contra la baranda de la galería externa en la que las mujeres estaban moliendo arroz, tejiendo esteras y canastos y atendiendo a

sus bebés.

–¡Miren! –gritó Ladaj señalando el agua con su índice tembloroso:

¡El cocodrilo blanco estaba remontando la corriente a solo pocos metros del embarcadero! Puyi quedó asombrado al notar el tamaño del animal. Tanto él como Ladaj profirieron una exclamación de sorpresa. Todas las mujeres y los niños se acercaron para verlo.

Mientras lo observaban, el cocodrilo sacó la cabeza fuera del agua para sumergirse luego y desaparecer. Las mujeres comenzaron a llorar, atemorizadas. Los niños, aterrorizados, se pegaron a sus madres.

–Ya lo ves –dijo Ladaj–. Esta es una guerra entre los cocodrilos y los *dayaks*. ¿Qué haremos ahora?

Puyi no sabía qué responder. No era nada extraño ver asomarse a un cocodrilo fuera del agua aun cerca de las aldeas. Pero el color claro de este era muy raro, y su tamaño excedía al de todos los cocodrilos que el maestro había visto hasta entonces.

La madre de Naila abrazó llorando a su hijito Djili, se acuclilló sobre el piso de bambú y empezó a mecerse enloquecida de dolor.

–¡Ya verán! –advirtió la madre de Malik, la mejor plañidera de todas las aldeas de los contornos–. ¡Ya verán! Ese cocodrilo volverá mañana a esta misma hora. Nos está pidiendo algo.

–Oh, yo no pienso de ese modo –dijo Puyi–. Los cocodrilos no saben diferenciar las horas.

–Los cocodrilos pueden ver el sol –insistió la anciana–. Y el pueblo de los cocodrilos está airado contra el pueblo *dayak*. Ya lo verán. Ese cocodrilo volverá mañana.

Cuando los hombres regresaron al atardecer, dijeron que no habían visto al cocodrilo blanco a pesar de haberlo buscado por todas partes; tampoco habían descubierto nada tocante a la niña perdida.

–Sin embargo, el Gigante Blanco estuvo hoy aquí cuando el sol llegaba al mediodía –les informó Ladaj–. También recordarán que vino anoche a nuestro arroyo.

Malik, que había dirigido a los guerreros en la búsqueda de ese día, tomó la palabra.

–Se trata de un espíritu cocodrilo que está airado contra nuestra aldea. Jamás lo encontraremos en ningún banco de arena; jamás podremos matarlo con una lanza. Volverá una y otra vez a nuestra aldea hasta que Ladaj, el Jefe, cierre sus oídos a la magia de este extranjero.

Sin añadir más nada, el hechicero se dirigió hacia su habitación con paso majestuoso, y cerró la puerta.

Puyi observó a Ladaj.

–Pasa al frente y enséñanos algún canto –le pidió Ladaj–. La magia de tu Dios me ha cautivado, y no puedo retroceder a pesar de todo lo que diga Malik.

Animados por las palabras del Jefe, los aldeanos se sentaron y escucharon a Puyi mientras les hablaba de los animales que Dios había creado para que

lo obedecieran.

Les habló de un hombre llamado Daniel, a quien sus enemigos habían arrojado dentro de una guarida de leones. Los *dayaks* nunca habían visto a un león, pero conocían a los gatos monteses. Puyi les explicó que los leones eran una especie de gatos enormes que podían matar fácilmente a un ser humano, y que a menudo lo habían hecho. Pero Dios protegió a Daniel, que pasó toda una noche en compañía de las fieras sin sufrir el menor daño.

Les contó la historia de Jonás y del gran pez. Sus oyentes podían formarse la idea de un pez desconocido, pues en el río solían verse algunos bastante largos, cuyas bocas también eran muy grandes; podían imaginarse a un pez de tamaño suficiente como para que en él cupiera un hombre. Jonás era un hombre de Dios, pero había tratado de huir de su Señor. Entonces Dios envió tras él a ese gran pez que, al verlo, lo tragó y lo llevó a la playa.

También les habló de otro hombre de Dios que tenía hambre y no podía conseguir alimento por hallarse solo en el desierto. Unos cuervos enviados por Dios le trajeron comida, y no solo una vez o dos, sino durante muchos días. La gente comprendió el relato de los cuervos, pues en su territorio también había ciertas aves grandes y negras como aquellas.

Les contó también que Jesús, cuando estuvo en la tierra, hizo que un hombre hallara, en la boca de un pez que había pescado, una moneda que le hacía

falta, y que no poseía.

–Como ven –dijo Puyi concluyendo sus relatos–, si Dios puede amansar a un león, si puede emplear a un pez para llevar de regreso a un hombre, si puede ordenar a las aves que alimenten a alguien que tiene hambre y enseñar a otro pez dónde encontrar dinero, también puede dirigir a los cocodrilos, pues él es quien los ha creado.

Un murmullo recorrió toda la rueda. A la gente le agradaban los relatos, pero más les gustaba cantar. Entonces, Puyi les enseñó los mismos cantos que los habitantes de la aldea de Sidang ya habían aprendido. Los guerreros de Sidang cantaban con voces claras y recias, orgullosos de poder unirse al maestro en la producción de música tan admirable.

Luego, todos se fueron a dormir y la aldea quedó sumida en el silencio. Pero Puyi estaba preocupado y no podía conciliar el sueño. Aunque había vivido siempre en zonas tropicales en las que abundaban los cocodrilos, había nacido y se había criado en una aldea de montaña, en la cual dichos animales eran desconocidos. No sabía mucho acerca de ellos y necesitaba conocerlos más, mucho más.

Comprendía que los relatos que había presentado a la gente ese atardecer habían servido también para consuelo de su propia aflicción. Seguramente Dios debía dominar a todos esos seres que pululaban en los ríos de la selva. ¡Pobre Naila! Apenas se atrevía a pensar en ella. Después de haber pasado una hora en oración y meditación, el maes-

tro desarrolló su estera en el sitio acostumbrado en la galería interior.

Al día siguiente, todos los botes partieron una vez más para explorar el río. Ladaj también salió. Pero Puyi permaneció en la aldea. Malik no le habría permitido acompañar a los guerreros. El maestro esperó con gran ansiedad que el sol llegara al mediodía.

Nuevamente se hallaba en la galería en compañía de todos aquellos que, como él, se quedaron en la aldea. Entonces, vio que algo se movía en el agua. Precisamente bajo la superficie se agitaba algo. Allí, junto al embarcadero de troncos y casi en el mismo punto en el cual había aparecido el día anterior, asomó el cocodrilo blanco y se pudo ver toda la extensión de su pálido cuerpo sobre la superficie. Una vez más levantó la cabeza como si quisiera pronunciar una palabra de advertencia para la aldea de Ladaj. Luego, desapareció.

Puyi quedó mudo. Se alegró mucho de que Ladaj no se encontrara en su casa, pues no habría podido contestar las apremiantes preguntas del Jefe. ¿Qué significado podía tener todo eso? Puyi jamás había visto cosa semejante. Había nacido en un hogar cristiano y se había educado para ser maestro cristiano. No creía en maldiciones ni en presagios; no creía que los espíritus de los muertos regresaran para atormentar a los vivos. Sin embargo, ¿por qué ese cocodrilo regresaba vez tras vez a la aldea?

El maestro se sentó sobre su estera y quedó pen-

sativo. La madre de Malik había dicho el día anterior que el cocodrilo vendría otra vez. ¿Cómo pudo saberlo? Ciertamente el Dios del cielo debía tener dominio sobre esa criatura. ¿Y por qué los guerreros no permanecieron en la aldea, si sabían que el cocodrilo iba a volver? Puyi quedó convencido de que ninguno de ellos deseaba hacer frente al que llamaban cocodrilo espíritu.

A su alrededor todos estaban en actividad. Las mujeres corrían en busca de agua para preparar la comida; el murmullo de su conversación llenaba el aire. Los hombres más ancianos que quedaron en la aldea comenzaron a construir una balsa. Tenía alrededor de un metro cuadrado, y para que flotara sin inconvenientes la estaban haciendo de bambú. Unían los trozos con lianas, a fin de que la balsa quedara firme.

Muy pronto, Puyi descubrió qué estaban haciendo las mujeres. Se dedicaban a preparar tortas y alimentos de toda clase. Tenían la intención de hacer una ofrenda al cocodrilo. El maestro quedó asombrado al ver cuán seguros estaban de que el Gigante Blanco volvería al día siguiente.

Y así sucedió. El cocodrilo regresó a la misma hora, exactamente como lo había hecho los días anteriores. No solo sacó la cabeza fuera del agua, sino también se volvió en dirección de la aldea y abrió su enorme boca como si quisiera dar una orden. Luego, volvió a hundirse en las aguas.

Las mujeres echaron apresuradamente la balsa

con alimentos en el agua, y los hombres la empujaron con sus remos en dirección de la corriente, donde quedó flotando.

Puyi corrió hasta el embarcadero, desató uno de los botes, se introdujo en él y remó río abajo. No podía comprender lo que había visto, pero estaba decidido a descubrir algo más acerca del cocodrilo. ¿Había venido realmente a pedir alimento? Si era verdad, entonces, ¿cuál era el motivo? ¿Podría tener tanta inteligencia un cocodrilo? ¿Podría imaginar que, si volvía repetidas veces a la aldea, la gente le iba a ofrecer comida? ¿Y podía ser de su gusto la que le daban? Puyi no podía responder ninguno de estos interrogantes, pero tenía el propósito de descubrir todo lo que le fuera posible.

No había remado mucho, cuando se dio cuenta de que el gran cocodrilo estaba nadando debajo del agua. Iba delante de Puyi, y se movía a la par de la pequeña plataforma flotante cargada de alimentos. El maestro remaba suavemente, sin quitar la vista de la balsa, que dobló la gran curva del río más inmediata a la aldea de Ladaj, continuó descendiendo y pasó dos curvas más. Entonces Puyi descubrió lo que parecía ser la desembocadura de un arroyo que arrojaba sus aguas en la corriente principal, y formaba con ésta un ángulo agudo.

Ahora, el cocodrilo estaba junto a la balsa. Parecía empujarla un poco con su boca. Puyi no podía distinguirlo, pero la balsa se dirigía hacia la desembocadura del arroyo. Sin duda, al cocodrilo le agrada-

daban los alimentos de los seres humanos, y por tal motivo había guiado la balsa hasta ese lugar tranquilo para poder gustarlos en paz.

Puyi ya había visto lo suficiente. Miró a los alrededores, pero el cocodrilo había desaparecido. El maestro regresó satisfecho, porque había podido comprobar todo aquello con sus propios ojos. Difícilmente habría dado crédito a las palabras de otra persona: itan extraña le había parecido la conducta del cocodrilo! Llegó a la conclusión de que esos animales eran más inteligentes de lo que el hombre pensaba.

De regreso en la aldea, comprobó que los cazadores habían vuelto con su habitual informe de fracaso. Puyi comenzó a hacer preguntas cuidadosas al Jefe y a los hombres más ancianos.

–Sí –respondieron–. Los cocodrilos frecuentemente vienen a pedir alimentos; pero lo hacen solo cuando los espíritus están airados, cuando los cocodrilos quieren devorar a alguna persona.

–Pero es que ya ha desaparecido una persona –les recordó Puyi.

–¿Quién sabe? Quizá deban desaparecer otras más –fue la respuesta.

El Jefe preparó un rollito de nuez de betel y habló:

–Ya han visto que el Gigante Blanco quería alimento. Ahora, es posible que no vuelva más.

Puyi quedó meditando largo rato en los acontecimientos de ese día. Pero, a pesar de todo, su fe fue

aumentando.

–Sin duda, Dios se halla en este lugar –se dijo–. Todo lo sucedido debe ser parte del plan de Dios. Han llegado a este lugar hombres de casi todas las aldeas del río; ahora todos han sabido de Dios. ¿Habrían podido conocerlo si los hechos hubieran ocurrido de otro modo? Probablemente, no.

Aunque esos pensamientos lo animaban, Puyi se estremecía cada vez que recordaba a Naila. ¡Pobre niña, atrapada por ese terrible cocodrilo en medio de la creciente y de la oscuridad! ¿Por qué ocurrió tan terrible accidente? ¿Por qué el cocodrilo había venido a pedir alimento? Puyi no se lo podía explicar, pero también lo aceptaba como parte del plan de Dios.

Esa tarde, el cocodrilo blanco volvió una vez más al arroyuelo que corría junto a la aldea. Malik lo descubrió. Se lanzó dentro de la casa blandiendo su cuchillo, y a los gritos ordenó que todos salieran y lo ayudaran a matar al cocodrilo.

–No –dijo el jefe Ladaj–. Hoy hemos presentado una ofrenda de paz al Gigante Blanco. ¿Iremos ahora a darle muerte? Tú mismo nos has dicho que ninguna lanza es capaz de herir a ese cocodrilo espíritu. Sabes que no matamos a ningún cocodrilo a menos que veamos a algún *dayak* entre sus dientes. No estoy seguro de que ese cocodrilo se haya llevado a mi hija; ninguno de nosotros puede estarlo hasta que se descubra su cuerpo. ¿Vamos a provocar más ira entre el pueblo de los cocodrilos y

crearnos así mayores problemas?

–¡Eres un tonto! –chilló Malik, y su rostro se contrajo de furia–. Ya has caído en las redes de esta magia nueva. ¡Echa a este maestro de tu casa antes de que el mal espíritu del río venga a maldecirte!

Puyi no esperó a que el Jefe respondiera al estallido de Malik. Descendió la escalera que conducía hacia el río. Se detuvo en la ribera del arroyo. Aun a la pálida luz de las estrellas, se podía distinguir la forma descomunal del cocodrilo en la corriente poco profunda. ¡Cocodrilos, cocodrilos, cocodrilos y el evangelio de Dios! ¿Qué tenían que ver los unos con el otro?

Algo semejante a la admiración fue naciendo en la mente de Puyi con respecto a la criatura salvaje que yacía en la corriente. Durante largo tiempo, el maestro permaneció a corta distancia del saurio, pero este no se movió. Ahora, Puyi estaba convencido de que ese cocodrilo no era un asesino sediento de sangre.

Un descubrimiento horroroso en el cañaveral

La mañana siguiente a su arribo al arroyo Batú, Naila se dedicó a techar la otra mitad de su cho-cita. Mientras trabajaba, dirigía frecuentemente su mirada hacia el río. La única esperanza que tenía de poder salir de allí era que pasara algún bote y que sus ocupantes la vieran. Pero desde el día en que Malik encontró aquellos malos augurios en esa zona y la maldijo, los *dayaks* evitaban pasar cerca, y Naila lo sabía.

Además, su piel bronceada y su pollerita tejida de color castaño se confundían con la vegetación, y no era posible que alguien pudiera distinguirla desde cierta distancia.

Después de haber ajustado en el techo la última hoja de palma, la jovencita se dirigió hacia la ribera del río. El agua había bajado, y el banco de arena situado en el límite del arrozal abandonado de Malik había quedado al descubierto. Allí Naila vio las varas clavadas y las piedras que constituían el distintivo tabú de su tribu. Atemorizada, corrió vivamente en dirección contraria; por nada del mundo

UN DESCUBRIMIENTO HORROROSO EN EL CAÑAVERAL

iba a pisar ese lugar prohibido. A nadie le estaba permitido tocar un tabú, excepto a aquel que lo había colocado; y Naila sabía que Malik siempre pronunciaba maldiciones tan abarcales como le fuera posible. Se dirigió hacia su *lankau*, la choza que se hallaba junto al arrozal.

El tiempo de las lluvias marcaba la estación en la cual fructificaban los árboles de la selva; por lo tanto, Naila determinó seguir el curso del Batú en busca de árboles frutales. Le hacía falta un canasto, pero no lo había en ninguna parte de la vieja choza. Al fin, se dirigió hacia el arroyo llevando como único elemento de carga su pollerita tejida.

Halló abundante fruta, pero esta había crecido en la parte más alta de los árboles. Naila trepó a uno de ellos y llenó su pollera de una fruta de color rojo oscuro, muy sabrosa, llamada *rombotan*. Hizo cuatro viajes desde su choza hasta los árboles, con el fin de aprovisionarse. Luego, segura ya de que tenía suficiente fruta para unos pocos días, se sentó y saboreó su segunda comida en la soledad del claro.

Al día siguiente, cuando Naila iba a bañarse, pensó que si llegaba hasta la desembocadura del arroyo podría ser vista por el ocupante de algún bote que pasara por el Tatau. Mientras se hallaba de pie sobre una roca chata, llegó a sus oídos un bullicio que le era familiar: los gritos de caza de su gente.

Nadando, vadeando y deslizándose entre las

grandes rocas, Naila llegó finalmente hasta las raíces del árbol junto al que había visto desaparecer el cocodrilo blanco. En el río y a buena distancia de ella, distinguió varias canoas que remontaban rápidamente las aguas. Los gritos de Naila no llegaron hasta sus ocupantes. Ellos mismos hacían demasiado bullicio, y ni siquiera miraron en dirección de la niña.

Naila regresó al claro, extrajo las orugas que habían quedado en la otra mitad del tocón de palmera y se desayunó con ellas. Cuando se acercaba la tercera noche de su permanencia en la soledad, Naila miró con interés las palmas de *sagú*.

–Tendré que comerlo –se dijo, para animarse–. Pero no lo haré esta noche.

Al quinto día de su llegada al arrozal abandonado de la curva del arroyo Batú, Naila se levantó temprano, después de haber pasado la noche en vela. La hija del Jefe tenía hambre a pesar de haber comido algunas frutas y bayas silvestres. Se dirigió al arroyo para tomar su baño matutino, y miró por todos lados para descubrir si el cocodrilo blanco estaba por los alrededores.

Pero esa mañana no apareció ningún cocodrilo, y Naila regresó a su choza sintiendo más que nunca el peso de su soledad.

–Si debo vivir aquí mucho tiempo, podría hacer algunos recipientes de bambú para traer agua –dijo en voz alta.

Observó los alrededores con el propósito de ver

si hallaba algún grupo prometedor de dichas cañas. Había visto un gran monte de bambú altísimo cerca del río, pero se hallaba junto al banco de arena prohibido. Naila comenzó a preguntarse si el tabú del banco de arena comprendía también el monte de bambú. Estuvo meditando largo rato, y llegó a la conclusión de que dicho grupo de cañas nada tenía que ver con el tabú. En consecuencia, se abrió paso entre una hierba alta que le llegaba a la cintura, llamada *lalang*, y con su cuchillo cortó un magnífico trozo de bambú del tamaño preciso para hacer recipientes para agua.

Arrastró la caña hasta su choza, y la cortó en trozos que llevó al arroyo. Los puso bajo el agua y los sujetó con piedras. El bambú debe dejarse en remojo varios días hasta que desaparezca su verdor; entonces, se lo puede secar y emplear.

—Podría cortar otra caña —se dijo Naila, mientras afilaba su cuchillo en una piedra que se hallaba bajo su *lankau*—. Hasta podría machacar algunos trozos de bambú para achatarlos; y luego podría construir una pequeña galería en mi casa. El bambú formaría un piso resistente.

Una vez más, se dirigió al monte de bambú pasando entre la hierba *lalang*. Había brotes de toda edad. Algunos eran antiguos y de color amarillo; otros, más nuevos, estaban verdes. Varios vástagos crecían entrelazados en graciosa confusión. En medio del monte de bambú yacía un viejo tronco, y los brotes nuevos se habían enredado alrede-

dor de él. Ese tronco debía de hallarse allí desde hacía largo tiempo.

Naila subió sobre el tronco, pero resbaló y cayó, quedando con uno de sus brazos cruzado sobre él. ¡El tronco era un ser viviente! Naila no gritó; no hizo ningún movimiento apresurado. Tan grande era el temor que la asaltó, que le parecía que avanzaba con lentitud desesperante en dirección de su choza; en realidad, sus pies volaban sobre el áspero suelo. Naila corría sin proferir sonido alguno. Hubiera preferido morir en silencio antes de despertar a ese temible durmiente. Trepó hasta su choza y se ocultó en el rincón más oscuro.

Por fin recobró la serenidad y pudo pensar con más calma en su nuevo problema. Se trataba de una gran serpiente, una de las variedades que habita en los pantanos del pueblo *dayak*. Naila sabía que una serpiente como esa puede matar a un ciervo o a un hombre con un solo estrujón de su poderoso cuerpo. Luego, tritura a su presa enroscándose alrededor de ella. Finalmente, cubre el cuerpo con barro y lo traga entero. Si el animal es grande, la serpiente tarda largo tiempo en tragarlo; pero eso no la afecta, pues jamás tiene motivo para apresurarse. Después de una comida como esa, queda aletargada durante un mes y a veces más.

Cuando se despierta, el hambre la impulsa nuevamente a cazar. Así es como vuelve a hacer presa del primer animal que pueda proporcionarle comida suficiente.

–¡Oh, Padre mío! –gimió Naila ansiosamente–. ¡Oh, Padre, moriré en la boca de la gran serpiente!

Pero, en ese momento, las palabras del canto de Puyi volvieron a iluminar su mente.

–Dios hizo a la serpiente –se dijo, pensativa–. Sí, Dios hizo a la serpiente, y Dios está aquí. Estoy segura; estoy segura.

Naila tenía mucho conocimiento acerca de los animales selváticos. Sabía que después de haber comido puede observarse un abultamiento en el estómago de la pitón. Ese bulto permanece allí durante largos días, hasta que el animal devorado queda totalmente digerido. La serpiente se despierta cuando el bulto desaparece y solo entonces se dedica nuevamente a la caza. Naila comprendió qué debía hacer. Debía volver y observar a la serpiente, a fin de descubrir si en su cuerpo había o no un abultamiento.

Aferrándose a su nueva fe en el Dios que se halla en todas partes, se dirigió hacia el monte de bambú. Esta vez, observó detenidamente a la pitón. Era notorio que la serpiente había permanecido en ese mismo sitio durante muchos días; a su alrededor, habían crecido nuevos vástagos de bambú. Algunos eran muy largos e increíblemente fuertes. Y en el cuerpo de la serpiente se podía ver un abultamiento no muy grande, pero del tamaño suficiente como para infundirle a Naila cierta tranquilidad. La serpiente no despertaría hasta pasados unos pocos días; dos o tres, a lo sumo. El único modo de com-

probarlo consistía en regresar cada mañana para hacer ese mismo examen.

Mientras volvía a su *lankau*, Naila notó que iba recobrando el valor. La serpiente no se iba a despertar ese día. Mientras tanto, ella quizá podría idear algún modo de regresar a su hogar.

–Si tan solo pudiera permanecer continuamente en la desembocadura del arroyo, indudablemente alguien llegará a verme –se animó.

Se dirigió al arroyo, y siguió su curso hasta la desembocadura. El agua del río había bajado y corría impetuosamente. También las aguas del arroyo habían mermado su caudal. Naila estaba de pie junto a las raíces del árbol donde, según pensaba, el cocodrilo blanco tenía su guarida. Tomándose de las raíces con gran cuidado, Naila apoyó sus pies firmemente en las piedras del arroyo y se estiró todo lo que pudo para observar las bocas rocosas donde el Batú se unía con el río Tatau.

Era de tarde, y los grandes árboles arrojaban su sombra sobre el lugar en que Naila se encontraba esperando. La niña se tomó de una enredadera y avanzó un paso más. En ese momento, vio que algo había encallado en una roca aguda, precisamente en la desembocadura del arroyo; también oyó el ruido de unos remos en la corriente. El sonido era débil y pronto se extinguió.

Naila casi perdió su apoyo: la enredadera. ¡El objeto detenido en la roca era una balsa llena de alimentos para los espíritus! Apenas podía dar cré-

dito a sus ojos. ¡No era posible que fuera real! Seguramente la estaban rondando los malos espíritus de ese lugar, y le hacían ver objetos inexistentes.

–No. Yo confío en Dios –afirmó en voz alta, y se sacudió para volver a la realidad.

Se llenó de valor y, soltando la enredadera, se metió resueltamente en el arroyo y se aferró de la balsa cargada de alimentos. Estaba segura de que alguna aldea de la parte superior del río la había llenado de comida y la había dejado ir a la deriva con el fin de evitar alguna calamidad; quizás hasta la habían lanzado al agua los habitantes de su propia aldea. Esa balsa estaba destinada únicamente a los espíritus. No tenía, por lo tanto, el fin de aliviar el hambre de niñas perdidas en la selva, en medio de cocodrilos y serpientes. Era tabú.

A pesar de que en su mente bullían todos esos pensamientos, sus manos estaban ocupadas guiando la balsa por las aguas del arroyo, y sus pies buscaban sitios seguros para afirmarse entre las rocas que se encontraban bajo la superficie. Si llegaba a resbalar o a caer, podría perder la balsa. Calculó cuidadosamente cada paso hasta que alcanzó las raíces del árbol que se hallaba a la entrada de la cueva del cocodrilo. Pero en ese momento no debía pensar en él; debía poner toda su atención.

–Yo no soy un espíritu –afirmó Naila en voz alta, pues quería advertir a todos los espíritus que sabía exactamente lo que estaba haciendo–. Yo no soy un

espíritu, pero tengo mucha hambre, y confío en Dios, que es más grande que todos los espíritus.

Prestó atención. Pero no le llegó ninguna respuesta desde la selva. Solo se oía el zumbido de innumerables insectos que danzaban a la luz del sol y las voces de las aves que se llamaban unas a otras desde las copas de los árboles.

Sacó la balsa del agua y trasladó todos los alimentos hasta su *lankau*. No se sentó a comer hasta que acabó de transportar la última migaja.

A pesar de tener mucha hambre, no comió con avidez. Se sirvió solo lo suficiente para calmar los reclamos más angustiosos de su estómago. Además, comió aquellos alimentos que, por su naturaleza, podían descomponerse más pronto. Luego, guardó lo que le restaba.

Después de ese refrigerio, aseguró la puerta de su choza con trozos de hojas entretejidas y zarpas, y se dispuso a dormir. Se sentía mejor que en los días pasados, y dejó de preocuparse momentáneamente por la amenaza que constituía la pitón dormida en medio del monte de bambú. Cuando despertó al día siguiente, ya estaba saliendo el sol.

Se dirigió hacia la puerta de su *lankau*, quitó la protección que había apilado delante de ella la noche anterior y contempló la mañana esplendorosa. En su corazón nació una inmensa gratitud. Sí, Puyi tenía razón; Dios está en todas partes, y los que confían en él están seguros siempre. Corrió hasta el arroyito para bañarse, y luego volvió a

comer del delicioso alimento preparado para los espíritus.

El naciente amor que sentía hacia Dios y su antiguo temor de los espíritus batallaban en su mente: comprendía que únicamente un Dios omnipresente y omnisciente pudo haber enviado a Puyi a su aldea el día preciso de la fiesta. Sin embargo, todas las supersticiones de su tribu parecían agolparse para batallar contra su nueva fe.

Nuevamente reunió valor y se dirigió hacia el monte de bambú, con el fin de observar a la serpiente. El bulto no era tan grande como el día anterior, pero todavía era visible; el reptil no se despertaría ese día y quizá tampoco el siguiente. Naila partió con cierta tranquilidad y se dedicó a sus labores.

Dio vuelta las cañas que se estaban remojando en el arroyo. Luego, empezó a cortar una palmera de *sagú* con la intención de preparar un poco de ese alimento que aborrecía, a fin de aumentar sus provisiones para que le duraran algún tiempo más.

Así fueron pasando los días. Cada mañana, Naila iba a visitar a la serpiente dormida en medio de las cañas. Luego, cuando se aseguraba de que ese día el reptil no iba a despertar, tomaba su baño y procuraba localizar al cocodrilo blanco.

Finalmente, llegó una mañana en la que Naila, al examinar a la pitón, notó que comenzaban a castañetearle los dientes. No podía descubrir el menor abultamiento en el cuerpo del enorme reptil; hasta le pareció ver que el animal daba señales de inquietud.

tud. Aunque todavía estaba profundamente amodorrada, era indudable que se estaba despertando.

Naila voló hasta su *lankau*, abrumada por el mismo terror que la había sobrecogido cuando vio a la serpiente por primera vez.

Casi desfallecía de miedo. Luego, le pareció como si una mano tranquila y cálida se apoyara en su corazón, y recordó a Dios. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Se sentó sobre su estera, y cantó una y otra vez el himno que había aprendido de Puyi:

“Dios está conmigo en todas partes; estoy seguro, siempre seguro”.

Ya avanzada la tarde, volvió a investigar. ¡La serpiente estaba despierta! Había movimiento en la hierba. Unas aves estaban rezongando en las alturas; una ardilla parloteaba y retozaba entre las ramas. Todos los pequeños seres de la selva lo sabían.

Ese era el día de la serpiente. Naila recordó la noche en que había llegado a ese lugar; esa noche temible en que se refugió en el árbol de los espíritus del fuego.

–Volveré a ese árbol –exclamó.

Cruzó el claro a grandes pasos y se precipitó hacia el árbol. El sol se estaba ocultando. Trepó por su tronco inclinado sobre las aguas del río. Del monte de bambú le llegaban sonidos espantosos: fuertes sacudidas y una voz terrible. ¡Era la voz de un demonio! Naila estaba segura de ello. ¡Ah, cuán insensata había sido al comer el alimento de los

espíritus! Sin duda, esa comida estaba destinada al rey de los demonios, cuya ira ella acababa de despertar.

Los sonidos fueron aumentando de volumen. La jovencita llegó a la bifurcación de las ramas, donde había pernoctado hacía diez días. Las horas fueron pasando en silencio, interrumpido en distintas ocasiones por los sonidos horribles provenientes del monte de bambú.

Al cabo de cierto tiempo, Naila oyó otro sonido, un sonido familiar: golpes de remos en la corriente. Un bote se acercaba desde río abajo; quizá viniera en él alguien del fuerte. Al pensar que había gente tan cerca de ella, Naila lanzó un grito de angustia que atravesó la noche, y que el eco reprodujo en los bancos más lejanos del río.

Gritó nuevamente, una y otra vez, pero la única respuesta que obtuvo fue los espantosos sonidos provenientes del grupo de cañas. El bote se había alejado ya. Naila pensó que no era nada extraño, pues los sonidos provenientes de ese lugar considerado maldito bastaban para atemorizar a los más valientes guerreros.

Dejó de gritar, y se acurrucó en el refugio que le ofrecía aquel árbol amigo. Sabía exactamente qué iba a ocurrir en los minutos siguientes: puesto que, en su desesperación, Naila había gritado, la pitón podía ubicar ahora el lugar en el que se había ocultado. Vendría, la vería, y entonces...

Naila se tomó fuertemente con ambas manos de

NAILA Y EL COCODRILO BLANCO

una enredadera que crecía en torno del árbol. La enredadera había formado un arco, una especie de ojal que le ofrecía un asiento más o menos cómodo. Con temor de resbalar y caer, Naila se deslizó por él, y allí quedó esperando que llegara el día.

Asesinato frustrado

El Jefe despertó muy temprano el día siguiente al de su discusión con Malik. Bajó corriendo hasta el río y se bañó rápidamente. Salió del agua y se secó con cierta parsimonia mientras disfrutaba de la luz del sol, que le daba un calor agradable.

Aun después de estar listo para regresar, Ladaj quedó en el mismo sitio, como si vacilara en volver a la casa. Sabía que Malik estaba furioso; era posible que el hechicero se hubiera pasado la noche en vela preparando algún maleficio contra el maestro. El Jefe se preguntaba si los encantamientos de los espíritus y los maleficios demoníacos podrían dañar, o no, a Puyi.

El remolino que se había formado frente al embarcadero ya no era tan grande ni tan poderoso como en días pasados. Pero la corriente circular atrapaba algunos pequeños objetos: hojas, ramitas, flores muertas, juntándolos lentamente y formando un aro de desechos flotantes.

Algo que giraba en el remolino llamó la atención del Jefe. Lo observó y, cuando vio que se acercaba un poco a la costa, lo atajó y lo acercó aún más con un palo.

El objeto era la figura de un hombre toscamente tallada en un trozo de madera blanda. Tenía el tamaño del antebrazo de Ladaj: era un maleficio que seguramente produciría terribles calamidades a quien lo tocara, y también a la persona que él simbolizaba.

La figura representaba a alguien vestido. El tosco tallado daba la apariencia de una camisa, de unos pantalones cortos y de un casco para el sol. No había ninguna duda. ¡La figura tenía la semejanza de Puyi! Ladaj la acercó un poco más, la dio vuelta con su palo y prosiguió su examen. Vio que en el pecho de la estatuilla había clavado algo semejante a una pequeña lanza.

El Jefe empujó el encantamiento hacia la corriente y lo vio girar hasta que finalmente desapareció en el río. Malik debió de haber quedado despierto toda la noche para preparar ese maleficio. Quería librarse del maestro y había determinado destruirlo con encantamientos. Todos los habitantes de la zona sabían que una figura como esa, dejada a la deriva con las ceremonias y maldiciones debidas, producirían sin remedio la muerte de aquel a quien representaba.

El Jefe resistió a su primer impulso de gritar y advertir a toda la aldea lo que estaba ocurriendo, y

presionar para que Malik realizara sus encantamientos más poderosos a fin de contrarrestar la maldición que pesaba sobre Puyi; una semana antes, Ladaj habría procedido de ese modo. Ahora, en cambio, se detuvo, esperó y meditó.

Sabía que su gente había tomado afecto a Puyi y gustaba de sus relatos y sus cantos. Además, la magia nueva, procedente de Dios y que se halla en todas partes, había cautivado su propio corazón. La magia de Puyi era fuerte, posiblemente más fuerte que todos los encantamientos demoníacos. Y ahora se presentaba una oportunidad para comprobarlo: si a Puyi le sucedía algún mal, alguna desgracia, habría que convencerse de que las costumbres antiguas de su tribu eran mejores, y que Malik estaba en lo cierto.

En ese momento, se le ocurrió algo más. En vista de lo que había descubierto, trataría de que la estera de dormir de Puyi estuviera dentro de su propia habitación. No permitiría que el maestro siguiera durmiendo en la galería exterior. Si la maldición se debía cumplir por intervención de los demonios, que se cumpliera; pero estos no debían ser ayudados por manos humanas. El Jefe estaba decidido a que Malik no pudiera hacer nada más.

Arriba, en la galería de la casa, se oyó una melodía. Ladaj comprendió que Puyi había reunido a la gente para adorar a Dios con cantos. Su corazón se llenó de ánimo. Esa nueva costumbre de recibir el día cantando y adorando al Dios invisible le era muy

agradable. Subió la escalera y ocupó su lugar en el círculo.

Buscó con la vista a Malik. El hechicero estaba allí. Se había sentado con los demás, y su mirada parecía la de un gato satisfecho por haber atrapado una presa. Observaba intensamente al maestro.

Ladaj contempló el rostro alegre de Puyi, mientras guiaba a la gente en el canto. ¿Tendría conciencia de que lo amenazaba la muerte?

Cuando la gente se dispersó para dirigirse a sus tareas matutinas o para bañarse, el Jefe habló con Puyi.

–Hoy hace cinco días que desapareció mi hija. Después de este día, queda poca esperanza de que mis hombres descubran al cocodrilo. Ya ha pasado demasiado tiempo.

–Sí, es cierto –Puyi parecía estar pensando–. Ven conmigo. Cruzaremos el río e iremos a la aldea de Sawa. Quiero ver si su brazo se está curando.

Cuando se hallaban remando en medio del río, el jefe Ladaj no pudo dominar por más tiempo su ansiedad.

–Dime, maestro –preguntó–, tu Dios ¿puede proteger a un hombre de los encantamientos de los demonios?

–Oh, en mi pueblo hay gente que también hace encantamientos –respondió Puyi a la vez que daba fuertemente un tirón al remo–. Pero quienes confían en Dios no pueden sufrir daño: Dios es más poderoso que todas las hechicerías y todas las mal-

diciones.

Ladaj se acomodó en la proa del bote y dio un fuerte tirón a su remo. En poco tiempo, llegaron a la aldea de Sawa.

El joven jefe se hallaba debajo de la casa; estaba dando indicaciones a dos hombres que construían un bote excavando un gran tronco. Se acercó para recibirlos, y Ladaj vio que su brazo izquierdo estaba envuelto en hojas de banano tiernas y limpias.

Al ver al maestro, Sawa quitó las hojas de banano y le mostró su brazo vendado. No había tocado las vendas desde el día de la fiesta en que ocurrió el accidente. Las vendas estaban blancas y limpias.

–Nadie las ha tocado –aseguró Sawa orgullosamente.

–¿Te duele? –preguntó Puyi.

–Muy poco.

–Bien. No permitas que nadie toque tu brazo hasta que yo venga y te quite las vendas.

El jefe Sawa sonrió.

–Nadie lo tocará –dijo, y se volvió para preguntar al jefe Ladaj–. Los guerreros ¿han encontrado al cocodrilo que se llevó a tu hija?

–Todavía no –respondió Ladaj–. Ya han pasado cinco días y nadie ha descubierto nada. Ha transcurrido demasiado tiempo. Me parece que no la encontrarán.

Sin atender a las palabras de Ladaj, Sawa se dirigió a Puyi.

–Mi gente me ha dicho que tú llegaste desde la

aldea de Sidang el día de la fiesta para curar mi brazo quebrado. ¿Es cierto?

Puyi asintió.

–Me dijeron también que nadie fue a llamarte. Que viniste por haber oído los tambores de tu Dios. ¿Es verdad?

–Es verdad –respondió Puyi–. Los tambores de Dios suenan en nuestra mente y nos advierten del peligro, o nos dicen lo que Dios quiere que hagamos.

–Yo he estado escuchando –dijo Sawa–. Todo el tiempo he tratado de escuchar esos tambores. Y los he oído. ¿No los estás oyendo ahora?

–¿Qué quieres decir? –preguntó Puyi, colocando su mano sobre el hombro del joven–. ¿Qué te dicen los tambores de Dios?

–Me dicen que el Dios a quien tú adoras debe tener interés en mí. De otro modo, ¿para qué te habría hecho venir en mi ayuda?

–Oh, eso es muy cierto –contestó Puyi, palmeándolo–. No hay duda de ello. Dios te tiene mucho afecto.

–Bueno. Yo no sé nada acerca de Dios, excepto lo que me han contado los habitantes de la aldea de Sidang. Y me agradecería saber más –Sawa miró al maestro, y sonrió–. Entonces, podría escuchar mejor los tambores de Dios. Deseo oírlos todo el tiempo.

Sawa los precedió en el camino hasta la casa y reunió a toda su gente. Puyi les contó la historia del

poder y del amor de Dios.

Cuando los relatos y los cantos finalizaron, Sawa descendió con sus visitantes hasta el embarcadero. Mientras Puyi desataba el bote, Sawa le habló:

–¿No es extraño que los tambores de Dios no te hayan dicho nada acerca de la hija de Ladaj? ¿No ama Dios a Naila y a su padre así como me ama a mí?

Puyi quedó un momento en suspenso con su remo entre las manos, mirando sorprendido a Sawa.

–Trataré de escuchar mejor –afirmó el misionero, y luego entró en el río.

–¿Qué quiso decir Sawa? –preguntó Ladaj cuando se hallaban en medio de la corriente–. Parece que supiera algo que nosotros no sabemos.

–Quizá sepa algo –respondió Puyi seriamente–. A veces, los que conocen a Dios desde hace mucho tiempo se vuelven sordos, en tanto que los que han oído su voz hace poco prestan tanta atención, que pueden recibir más comunicaciones.

Durante todo el viaje de regreso, Puyi parecía sumido en profunda meditación. Cuando llegaron a la aldea, el Jefe vio que el maestro sacaba de su atado un pequeño libro de tapas negras. Puyi permaneció leyendo durante largo rato en la galería exterior.

Por la tarde, los cazadores volvieron con las mismas noticias desalentadoras. Los ocupantes de uno de los botes se detuvieron en el Fuerte Tatau, don-

de el gobierno tenía un puesto en el río, y de allí trajeron una carta para Puyi. Todos se reunieron a su alrededor cuando la abrió.

–¡Son buenas noticias! –dijo Puyi, mientras doblaba la carta y la colocaba nuevamente en el sobre–. El gobierno nos dará unas tierras muy buenas en las cuales podremos edificar una casa para adorar a Dios. Podrán usarla todos los habitantes de este río, y aun los de otros.

–¿Dónde se encuentra esa tierra? ¿Dónde? ¿Dónde? –preguntaban todos, muy excitados.

–No estoy muy seguro. Vamos a leer de nuevo –Puyi volvió a desdoblar la carta–. Dice que el terreno se halla sobre esta ribera del río, en la curva donde desemboca un arroyo llamado Batú. ¿Saben dónde queda?

Sí; todos lo sabían. Se hallaba tres curvas río abajo, no muy lejos de allí, a mitad de la distancia que había desde la aldea hasta el Fuerte Tatau. El año anterior, Malik había sembrado arroz en ese lugar, pero había allí tantos malos espíritus y aves de mal agüero, que el hechicero jamás cosechó su arroz, y desde entonces nadie había vuelto a pisar esas tierras. Era un lugar maldito. Ningún *dayak* iba a volver a él.

–Los hombres que vendrán para edificar la casa de Dios no temen a los malos espíritus o a las aves agoreras –les aseguró Puyi–. Ya lo verán. Los malos espíritus no permanecen en el lugar donde la gente ama y adora a Dios.

Les explicó que vendrían otros maestros, y que

ASESINATO FRUSTRADO

antes de mucho la casa estaría edificada. Hablaron del tema hasta bien avanzada la noche. Estaban tan interesados, que a nadie se le ocurrió ir a ver si el cocodrilo blanco había vuelto a visitarlos.

Esa noche, Ladaj insistió para que Puyi llevara su estera hasta la habitación en la que vivía el Jefe con su familia.

-No tengo miedo -le dijo Puyi.

-Yo tampoco tengo miedo de los malos espíritus ahora -respondió Ladaj-. En cambio, temo a los hombres malos. Debemos estar atentos y procurar evitarlos.

Puyi se rió de la advertencia, pero trasladó su estera hasta ponerla junto a la de Ladaj.

Esa noche, nadie vio la sombra que se deslizó furtivamente hacia la galería exterior. Nadie vio el reflejo de la pálida luna sobre la hoja de un cuchillo. Nadie vio que ese cuchillo quedó suspendido un momento sobre el lugar, ahora vacío, donde había dormido un hombre las noches anteriores.

Nadie vio nada. Pero alguien oyó unas maldiciones apagadas y una respiración agitada. El jefe Ladaj se dio vuelta sobre su estera, se sentó y aguzó el oído a fin de percibir los débiles sonidos. No le hacía falta ver para saber qué había pasado.

Al día siguiente, todos los guerreros de las aldeas, que habían pasado cinco días buscando al cocodrilo asesino, celebraron una reunión final con todos los hombres de Ladaj, y llegaron a la conclusión de que no había esperanza de atrapar al cul-

pable. Algunos pensaban que no habían sido lo suficientemente atentos, y que el saurio se les había escapado. La mayoría afirmaba que los malos espíritus habían arrebatado a Naila sin dejar rastros.

Ladaj les dirigió palabras agradecidas y los despidió. Uno a uno fueron desatando sus botes y se diseminaron río arriba y río abajo, en dirección de sus aldeas. Esa tarde, el jefe envió a varios de sus hombres hasta el Fuerte Tatau con el propósito de que compraran sal y aceite, pues las muchas visitas que habían tenido últimamente habían agotado las provisiones de la aldea.

Al anoecer, los hombres aún no habían regresado. Ladaj supuso que habrían decidido pasar la noche en el fuerte y regresarían al día siguiente.

Pero, precisamente antes del amanecer, se produjo un gran tumulto en el embarcadero. El Jefe y Puyi descendieron corriendo la escalera, mientras los demás se levantaban de sus esteras, temerosos, para ir a ver qué acontecimiento terrible podría estar ocurriendo. Los hombres que habían ido al fuerte la tarde anterior saltaron de sus botes temblando de terror. Tal era el miedo que los embargaba, que no era posible comprender qué decían.

Finalmente, después de que el Jefe los hubo contado y comprobado que ninguno de ellos estuviera herido, los condujo hasta la galería exterior. Ordenó a las mujeres que encendieran luces, y les trajeran alimentos y bebidas. Al fin, uno de los hombres se recobró lo suficiente como para referir lo que les

había sucedido.

–Salimos del fuerte cuando ya era bastante tarde –comenzó–. El río estaba calmo, de modo que nos pareció que el viaje iba a ser agradable. Remamos hasta que llegamos cerca de la curva donde el arroyo Bátú se une al Tatau –recordó, estremeciéndose como si tuviera frío–. Ya saben que allí generalmente nos mantenemos junto a la orilla opuesta, debido a los malos espíritus. Pero recordamos la carta que ayer recibió el maestro. Dice que en ese lugar se va a edificar una casa para Dios; por eso, esta vez no temimos y se nos ocurrió pasar junto a la ribera maldita para observarla.

El hombre volvió a estremecerse, y sus dientes castañetearon. Pero el Jefe lo calmó y lo animó a que prosiguiera su relato. En ese momento llegó Malik, se sentó y observó a los hombres.

–¡Qué tontería! ¿Cómo se les pudo ocurrir eso? –reconvino–. Sobre ese lugar pesa una terrible maldición, y en la entrada del arroyo Batú habitan multitud de espíritus.

–Sí –afirmó el hombre retomando su relato–. Descubrimos que eso es cierto. Nos hallábamos a poca distancia del lugar, cuando oímos una lucha terrible que mantenían los malos espíritus entre sí. También oímos una voz espantosa que venía desde la costa: la voz de la gran serpiente, la reina de los pantanos. La oímos una y otra vez. Yo quería huir, pero mis compañeros decían que solo se trataba de una serpiente; por eso remamos hasta acercarnos

más a la costa, y entonces...

Los ojos del hombre giraron dentro de sus órbitas, y un violento temblor se apoderó de él. No podía seguir hablando.

El Jefe se volvió a los otros dos hombres.

–Díganos qué sucedió luego –ordenó Ladaj airado–. Ninguno está herido. Todos están aquí, seguros en la Casa. Han podido regresar. ¿Qué les pasa? ¿Son tontos, o cobardes, o ambas cosas?

–Es que, además, oímos que otra voz respondió a la de la serpiente –continuó otro de los hombres–. Y reconocimos esa voz. Era la voz de Naila, la hija del Jefe.

Esta declaración dejó atónitos a todos los que se hallaban en la galería. Por un momento, a Ladaj le pareció como si un dardo venenoso atravesara su corazón. Echó una mirada alrededor del círculo débilmente iluminado, y vio un terror mortal reflejado en cada rostro. Aun Malik se retorció y jadeaba, pero de sus labios no salió una sola palabra. De un salto Puyi se puso de pie, y exclamó:

–¡Vamos! ¡Tomen sus remos! –instó, mientras corría en busca del suyo.

–¡Espera! –ordenó el Jefe–. Tú no debes ir. Mi hija está muerta. ¿No lo sabes acaso? Está muerta, y su espíritu es el que profiere esos gritos en la noche.

Puyi regresó, se puso frente al Jefe, y le dijo:

–Tu hija no está muerta. Vive. Está sola, allí en la curva del arroyo Batú. Ha estado allí dura



días.

–¿Cómo puedes decir tal cosa? –conminó Ladaj–.
¡No puede ser verdad! ¡No puede ser verdad!

Entonces, el maestro miró a todos, y sonrió.

–Me lo están diciendo los tambores de Dios –dijo–.
Si hubiera prestado más atención, me lo habrían dicho antes, hace cuatro días.

Puyi esperaba.

–¿Ninguno de ustedes viene conmigo? ¿Debo ir solo? –preguntó mirando a Ladaj, el jefe, y luego al río, en el que comenzaban a reflejarse las primeras luces del día.

En ese momento, se oyó una voz procedente del embarcadero. Todos los que se hallaban en la galería comenzaron a gritar. Pocos instantes más tarde, la cabeza del jefe Sawa asomó sobre el último peldaño de la escalera. Su rostro brillaba de gozo. Se unió al grupo, y sonrió a todos aquellos rostros atemorizados. Llevaba su brazo izquierdo vendado y doblado sobre su pecho.

–He venido –dijo– con dos de mis hombres. Están en mi bote, listos.

Entonces, Puyi se acercó con su remo entre las manos y saludó a Sawa.

El jefe Ladaj se puso de pie y corrió a buscar su remo. Los tres hombres salieron dejando boquias abiertos, temerosos y sorprendidos a todos los circunstantes.

El bote de Sawa era grande y espacioso. Sin pronunciar palabra, comenzaron a remar; por lo tanto,

Sawa permaneció en medio del bote con sus ojos fijos en el río.

Cuando la luz del día ya era más franca, el bote dobló la primera curva del río y avanzó hacia la siguiente. Al llegar a la tercera, los hombres avanzaron hacia el banco de arena de las bocas del arroyo Batú. En ese momento, descubrieron que Malik los había seguido, solo, en su botecito. Remaba con todas sus fuerzas, y logró adelantárseles. Finalmente atracó su canoa sobre la arena de aquel lugar maldito.

Final feliz

Naila, suspendida del lazo formado por la enredadera en el árbol de los espíritus del fuego, pensaba que esa noche no acabaría más de pasar. Ya había transcurrido el tiempo de la floración, y las luciérnagas, los pequeños espíritus del fuego, ya no venían al árbol con sus antorchas. La creciente producida por las copiosas lluvias había barrido las riberas del río Tatau. Las aguas se habían abierto paso hacia el océano con furia arrolladora. Ahora, habían decrecido y corrían mansamente.

La noche habría sido agradable y semejante a otra cualquiera, si no hubiera sido por dos cosas: Naila se hallaba completamente sola en aquel árbol cercano al lugar maldito; ya había permanecido durante diez días en esa zona alejada de todo contacto con seres humanos. Además, en el monte de bambú se desarrollaba una encarnizada lucha. La gran pitón de los pantanos se sacudía, se enroscaba y forcejeaba procurando librarse de los vástagos de bambú que la habían aprisionado mientras dor-

mía. La voz horrible de la serpiente, un silbido agudo y penetrante, y el estallido de las cañas bastaban para pasmar de terror a cualquier ser viviente.

Horas antes, cuando Naila había oído el golpeteo de unos remos en la corriente y había gritado, animada por una repentina esperanza, comprendió que sus gritos no solo habían revelado su posición a la serpiente, sino también habían asustado y ahuyentado a los ocupantes del bote. Y, ¿quién podía culparlos de su huida?

Más desanimada que nunca, se aferró de la enredadera que pendía de las ramas del árbol y esperó, temiendo que en cualquier momento la malvada pitón fuera a arrebatársela de su refugio.

Pero el tiempo fue transcurriendo sin que se produjera lo que Naila temía. De vez en cuando, volvían a oírse los ruidos provenientes del matorral de bambú, producidos por el forcejeo del pesado cuerpo de la serpiente. Sin embargo, procedían siempre del mismo lugar; no se acercaban. Esta circunstancia hizo comprender a Naila que la pitón había quedado aprisionada entre la espesa maraña de bambú. Mientras permanecía amodorrada digiriendo a su víctima, habían crecido renuevos que se habían enredado en torno de ella. ¿Podían los vástagos de bambú ser más fuertes que la gran serpiente? Apparentemente, lo eran.

El corazón agitado de Naila volvió a latir normalmente, y su respiración anhelosa se fue calmando. Los recuerdos de su hogar, de su padre, su madre y del pequeño Djili llenaron su mente. Se acordó de

FINAL FELIZ

Puyi, de su canto y del Dios a quien adoraba el maestro. Rememoró el modo extraordinario en que Puyi había llegado a su aldea y auxiliado al jefe Sawa cuando este se fracturó el antebrazo el día de la fiesta. En aquella ocasión, que a Naila ahora le parecía muy lejana, el misionero dijo que había sido llamado por los "tambores de Dios".

Animada por este pensamiento, la niña pronunció la segunda oración de su vida:

-Oh, Dios del maestro Puyi, ibate tus tambores de modo que alguien los oiga y venga a buscarme!

Después de haber orado, pensó quién sería capaz de oír esos tambores, puesto que, para percibir su mensaje, había que prestar atención con el corazón y con la mente, no con los oídos. ¿Cómo podrían abrirse los oídos del corazón? ¿Quién podría percibir esos mensajes con su mente? Sin duda, Puyi tenía esa capacidad. Él los había oído una vez, y podría captarlos nuevamente. Bastaba con que una sola persona los oyera. Esa única persona podría guiar a toda una aldea hasta la curva del arroyo Batú.

Naila se consoló con estos pensamientos, y quedó dormida. Cuando despertó, el este comenzaba a teñirse con las primeras luces del amanecer. La fresca brisa agitó sus cabellos y acarició su rostro. Naila miró hacia el matorral de bambú, pero no oyó ningún ruido, ninguna voz.

Ya no tenía miedo: el Dios que podía aprisionar a la gran serpiente con los dedos verdes del bam-

bú, podría hacer cualquier cosa. Indudablemente, él le había enviado la balsa con alimentos destinados a los espíritus. Sintiéndose segura, Naila decidió bajar del árbol y regresar a su *lankau*, pero se detuvo y prestó atención. Un sonido familiar llegó hasta sus oídos. Alguien remaba rápidamente en el río. ¡Se estaba acercado un bote! ¡No, eran dos botes! Los golpes irregulares de los remos así lo indicaban. Naila se deslizó de la enredadera y trepó casi hasta el extremo de una rama, que se dobló bajo su peso. Entonces, pudo ver el primer bote cuando emergió de las sombras y dobló la curva del arroyo Batú.

Naila concentró todas sus fuerzas en un gran grito de gozo que llegó hasta la ribera opuesta. Todos los hombres que iban en el bote levantaron sus cabezas, y la niña pudo reconocer a su padre, al maestro y al joven jefe Sawa, que iba sentado en el medio, con su brazo vendado cruzado sobre el pecho y con una expresión de paz en su rostro.

Pero en ese momento su atención se centró en padre. Cuando Ladaj levantó la cabeza al oír el grito de su hija, pareció que toda la luz de la naciente mañana se había concentrado y estallado, luminosa, en su agradable rostro.

Naila apenas se fijó cuando Malik enfiló con gran velocidad su botecito sobre el banco de arena.

El bote de Sawa se precipitó bajo el árbol, y un instante más tarde Naila se hallaba entre los brazos de su padre. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra, pero la respiración agitada de ambos era

FINAL FELIZ

clara evidencia de la alegría que los embargaba. A Naila le parecía que toda la selva, el río y el cielo se agitaban en una oleada de alivio y de placer.

En ese momento, volvieron a producirse los sonidos aterradores que habían mantenido tan afligida a Naila la noche pasada.

—Es la gran serpiente —informó—. Ha estado durmiendo en medio del bambú, y ahora las cañas la han aprisionado.

Los remeros amarraron prestamente su canoa. Malik fue el primero en pisar el banco de arena. Inmediatamente quitó las señales del tabú que había dejado allí hacía meses. Luego, todos los hombres descendieron del bote y fueron a ver a la pitón. Naila los siguió.

Al ver que el reptil no se podía mover pues lo sujetaban firmemente los vástagos de bambú, Malik se llenó de repentino valor y dirigió el ataque. Todos cayeron sobre la serpiente y, con sus lanzas, pusieron abrupto fin a sus dificultades. Luego, comenzaron a cortarla en trozos. Ninguna exquisitez agradaba más a los *dayaks* que la carne fresca de serpiente; y allí había suficiente cantidad como para abastecer a dos aldeas.

A pesar de haber sido ahuyentado de ese lugar por aves de mal agüero en el arrozal, el hechicero fue a visitar su vieja choza, la misma que Naila había reparado. Inspeccionó el nuevo techo, observó los restos de la palma de la cual la niña había extraído orugas para alimentarse. Encontró su

cuchillo, ahora afilado y brillante, y lo examinó. Al final, descubrió la balsa de bambú que había transportado alimentos para los espíritus. No la tocó. Se acuclilló en el suelo, a su lado, y la estudió como si quisiera adivinar lo que había sucedido con ella.

Luego, regresó al banco de arena donde los hombres estaban cortando el cuerpo de la serpiente, y los ayudó a cargar los trozos de carne en los botes. Los distribuyeron equitativamente entre ambos, pues la pitón era grande y muy pesada.

Mientras todos se hallaban trabajando, les llamó la atención un murmullo que partía de las bocas del Batú. El cocodrilo blanco nadaba por el arroyo. Cuando llegó a las raíces del árbol tan conocido por Naila, se metió entre ellas y desapareció.

–¡Esto lo explica todo! –exclamó Malik, con un suspiro de alivio.

–¿Explica qué cosa? –preguntó el jefe Sawa.

–Que el cocodrilo blanco tiene su guarida aquí, en las bocas del arroyo Batú, y por esa razón empujó la balsa de los espíritus hasta aquí. Eso determinó que Naila pudiera encontrarla tan fácilmente –respondió el hechicero.

–¿Estás seguro de lo que dices? –le dijo Puyi, con una sonrisa.

–Naila se atrevió a comer el alimento que ofrecimos a los malos espíritus –dijo Malik, con más asombro que enojo. ¿Cómo pudo haberlo hecho?

–¡Tenía tanta hambre! –respondió la niña– y recordé cómo Puyi nos había hablado de su Dios y

FINAL FELIZ

nos había dicho que Dios es más poderoso que todos los cocodrilos y todas las maldiciones del mundo. Por eso, me atreví a comer.

En ese momento, Naila recordó la oración que había pronunciado en el árbol de los espíritus del fuego. Se volvió a los demás, y preguntó:

–Ustedes oyeron los tambores, ¿verdad?

–¡Los oímos! –le dijo Sawa.

La respuesta del joven jefe dejó maravillada a la niña. ¿Sawa también había llegado a creer en Dios?

–Puyi y yo hemos oídos los tambores –prosiguió Sawa, mientras sonreía al notar su turbación.

Malik miró a todos extrañado. ¿Cuándo dejarían de decir insensateces?

–Naila no tenía ningún tambor aquí –dijo–. ¿Cómo pudo cualquiera de ustedes oír sus mensajes?

Ladaj y Naila decidieron regresar a la aldea con Malik; Puyi, en tanto, lo hizo con Sawa y sus hombres.

Cuando los dos botes rodearon la curva más inmediata a la aldea de Ladaj, Naila vio que el embarcadero de troncos estaba lleno de gente. Allí debía de hallarse cada uno de los habitantes de la Casa Grande, pero sus ojos buscaron únicamente a quienes más deseaba ver: a su madre y a Djili, su hermanito.

Mientras los botes se iban acercando, Naila se puso de pie en el que viajaba. Un clamor de asombro partió del grupo reunido en el embarcadero. Nadie podía creer que Naila regresara sana y salva.

Pocos instantes más tarde, la jovencita se había unido a su madre en un estrecho abrazo. Todos subieron hasta la casa, y Naila oyó que Puyi y Sawa conversaban.

–Es algo que me resulta muy asombroso –decía Puyi–. No puedo comprenderlo, pero veo que Dios puede usar a un cocodrilo tan bien como a un cuervo.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó Sawa, en tanto que los demás aldeanos se apiñaban alrededor de los dos hombres, deseosos de no perder una sola palabra del diálogo.

–En el libro de Dios –comenzó Puyi– hay un hermoso relato que nos habla de un hombre muy bueno. Ese hombre, cierta vez, quedó solo cerca de un arroyo, posiblemente uno semejante al Batú. Y no tenía alimentos. Por eso, Dios envió a unos cuervos para que cada mañana y cada tarde le llevaran comida. En esa región había muchos cuervos, y supongo que Dios los usó por ese motivo. Pero vemos que también puede emplear a los cocodrilos con el mismo fin.

Luego, Puyi les contó de qué modo había seguido al cocodrilo blanco hasta la desembocadura del Batú, aquel día en que los aldeanos echaron a la deriva la balsa cargada de alimentos a fin de aplacar a los malos espíritus.

–Ese día llegué hasta el lugar donde se encontraba Naila, pero estaba sordo –reconoció– y no oí los tambores de Dios. Si no, hubiera comprendido en

FINAL FELIZ

ese mismo momento que nuestra amiguita se hallaba en la curva del arroyo Batú.

El jefe Ladaj se sentó junto a su hija, y contó a todos cómo el Dios que está en todas partes cuidó de ella en aquella tierra maldita, librándola de la pitón que podría haberla devorado.

Malik también se había sentado en medio del grupo, pero no hizo más que un solo comentario:

–Ese cocodrilo blanco tiene su guarida en la desembocadura del Batú.

–Entonces, no es un cocodrilo espíritu –concluyó uno de los hombres–. Debe de ser un cocodrilo común, como otro cualquiera.

Luego, Naila tomó la palabra, y refirió cómo el tronco flotante la había arrastrado llevándola tres curvas río abajo, y cómo había logrado librarse de él tomándose de las ramas del árbol de los espíritus luminosos. Contó de qué manera había vivido esos diez días en el arrozal abandonado de Malik, y cómo había descubierto la balsa y comido los manjares preparados para los espíritus.

–Ahora sé que Puyi dice la verdad –afirmó Naila–. Dios está en todas partes. Él me salvó en esa tierra maldita. Él es más fuerte que todos nuestros temores.

Sawa también habló. Levantó su brazo vendado para que todos lo vieran, y dijo:

–El Dios viviente, que habita en todas partes, fue quien salvó mi mano. Él llamó al maestro Puyi en el momento en que más lo necesitaba. Me hallaba

ebrio e imposibilitado. Pero sé que él cuidó de mí, y desde ahora en adelante solo adoraré al Dios de Puyi.

Así fue como el poder de los malos espíritus recibió un tremendo golpe de parte de los pobladores del río Tatau. Tal como Puyi les había dicho, pocas semanas más tarde surgió una nueva aldea en la curva del arroyo Batú.

Transcurrieron varios meses. En el lugar donde había estado la choza de Naila, se edificó una escuela. Cerca de ella, se levantaron las paredes de una hermosa casa de adoración, cuyo techo se alzaba en dirección del límpido cielo tropical. Y sobre una colina cercana al árbol de los espíritus del fuego abrió sus puertas un pequeño hospital, dedicado a ofrecer ayuda a todos los enfermos que había en las aldeas del río.

Vinieron más maestros, y la luz del evangelio de Dios brilló en medio de las tinieblas del río Tatau, desvaneciendo las crueles supersticiones que habían mantenido atemorizada a la gente durante muchos años.

Naila fue una de las primeras àlumnas de esa escuela. Allí aprendió a leer, a escribir, a cantar, a coser. Aprendió todas aquellas cosas que las niñas de su edad aprenden en las escuelas de cualquier parte del mundo. Después Djili, su hermanito, asistió también a la misma escuela juntamente con los hijos del jefe Sawa.

Entre las muchas personas que se detenían en la

FINAL FELIZ

escuela y en el hospital, se hallaba Malik. El hechicero era el que pasaba más tiempo observándolo todo, y parecía ser el más curioso. Poco a poco, comenzó a aceptar que la magia de Dios era más poderosa y mucho mejor que la que él practicaba.

Cierta tarde, después de haber regresado de la escuela, Naila se sentó en la galería exterior de su casa y se puso a leer al Nuevo Testamento. El sol se estaba poniendo. Sus rayos teñían las montañas del norte con magníficos colores, y destellaban sobre la tranquila superficie del río. Nada perturbaba la paz del atardecer ni alteraba la belleza de la escena. En ese momento, un leve sonido llegó a oídos de Naila. La niña se levantó y corrió hasta la baranda. El cocodrilo blanco acababa de entrar en el arroyo que corría al pie de la Casa Grande.

Naila no gritó ni llamó a nadie, porque a ninguno le importaba ya con cuánta frecuencia viniera a visitarlos el cocodrilo; ahora, ya nadie le temía. La paz perfecta del atardecer se confundió con la paz perfecta que había en el corazón de Naila.

NOTA DE LA AUTORA

El cocodrilo blanco hizo no solo las cosas registradas en este relato, sino también muchas otras más. Pero son tan extraordinarias, que temo que nadie las creería si las hubiera escrito.

La pitón fue cazada en un monte de bambú que luego llegó a ser propiedad de la misión de la Iglesia Adventista. Yo misma ayudé a poner en condiciones el matorral de bambú más o menos un año después del incidente que acabo de relatar. Mientras mi esposo permanecía en la aldea, el cocodrilo vino a pedir alimento. Lo vio, y quedó tan asombrado como nuestro amigo Puyi.

Quizás el cocodrilo blanco viva todavía en su guarida, en la desembocadura del arroyo Batú, pero nadie le teme ni piensa en hacerle daño.

NAILA **Y EL COCODRILLO** **BLANCO**



Cuando apareció el enorme cocodrilo blanco en el arroyo cercano a la villa, Malik, el brujo, dijo que la villa había sido maldecida y que el jefe tenía que hacer un gran sacrificio para salvarlos. Naila, la hija del jefe, era lo que quería el cocodrilo...

El maestro cristiano no tenía miedo del cocodrilo, y le contó a la gente acerca del Dios de los cielos, que es más poderoso que todas las maldiciones del mundo.

¿Se habría comido el cocodrilo blanco a Naila?

¿Vería el padre de Naila a su hija otra vez?

Descúbrelo en *Naila y el cocodrilo blanco*.



Ediciones New Life

ISBN 978-950-769-139-3



9 789507 691393